

La Serie Universitaria de la Fundación Juan March presenta resúmenes, realizados por el propio autor, de algunos estudios e investigaciones llevados a cabo por los becarios de la Fundación y aprobados por los Asesores Secretarios de los distintos Departamentos.

El texto íntegro de las Memorias correspondientes se encuentra en la Biblioteca de la Fundación (Castello, 77. Madrid-6).

La lista completa de los trabajos aprobados se presenta, en forma de fichas, en los Cuadernos Bibliográficos que publica la Fundación Juan March.

Estos trabajos abarcan las siguientes especialidades: Arquitectura y Urbanismo; Artes Plásticas; Biología; Ciencias Agrarias; Ciencias Sociales; Comunicación Social; Derecho; Economía; Filosofía; Física; Geología; Historia; Ingeniería; Literatura y Filología; Matemáticas; Medicina, Farmacia y Veterinaria; Música; Química; Teología. A ellas corresponden los colores de la cubierta.

Edición no venal de 500 ejemplares, que se reparte gratuitamente a investigadores, Bibliotecas y Centros especializados de toda España.

Estos trabajos fueron expuestos por sus autores en el Seminario de «Lenguaje en periodismo escrito» organizado por la Fundación Juan March los días 30 y 31 de mayo de 1977.

Fundación Juan March



BIBLIOTECA FJM

FJM-Uni 37-Len
Lenguaje en periodismo escrito /
Lenguaje en periodismo escrito (

1031729



Biblioteca FJM

Fundación Juan March (Madrid)

SERIE UNIVERSITARIA



Fundación Juan March

Lenguaje en periodismo escrito

Fernando Lázaro Carreter
Luis Michelena Elissalt
Robert Escarpit
Eugenio de Bustos
Víctor de la Serna
Emilio Alarcos Llorach
Juan Luis Cebrián

FJM
Uni.
37
Len
37

Fundación Juan March
Serie Universitaria

37

Lenguaje en periodismo escrito



Fernando Lázaro Carreter
Luis Michelena Elissalt
Robert Escarpit
Eugenio de Bustos
Víctor de la Serna
Emilio Alarcos Llorach
Juan Luis Cebrián



Fundación Juan March
Castelló, 77. Teléf. 225 44 55
Madrid - 6

Fundación Juan March (Madrid)

*La Fundación Juan March no se solidariza
necesariamente con las opiniones de los
autores cuyas obras publica.*

Depósito Legal: M-27956 - 197
I.S.B.N. -84 - 7075 - 059 - 3
Ibérica, Tarragona, 34. - Madrid-

Los trabajos contenidos en el presente volumen fueron expuestos por sus autores en el Seminario de "Lenguaje en periodismo escrito" organizado por la Fundación Juan March los días 30 y 31 de mayo de 1977. Al Seminario, dirigido por el profesor Lázaro Carreter, asistieron 25 periodistas (directores, subdirectores o redactores jefe en su mayoría) de distintos periódicos, revistas y agencias españolas. Todas las ponencias fueron seguidas de coloquio.

I N D I C E

	Página
I. EL LENGUAJE PERIODISTICO, ENTRE EL LITERARIO, EL ADMINISTRATIVO Y EL VULGAR <i>por Fernando Lázaro Carreter</i>	7
II. LAS LENGUAS ESPAÑOLAS Y EL PERIODISMO ESCRITO . <i>por Luis Michelena Elissalt</i>	33
III. RESPONSABILIDAD SOCIAL DEL LENGUAJE PERIODIS- TICO <i>por Robert Escarpit</i>	55
IV. SIGNIFICACION Y CONNOTACION POLITICAS EN EL LENGUAJE PERIODISTICO <i>por Eugenio de Bustos</i>	71
V. LENGUAJE DEL RELATO PERIODISTICO <i>por Víctor de la Serna</i>	95
VI. LENGUAJE DE LOS TITULARES <i>por Emilio Alarcos Llorach</i>	125
VII. RELACION LENGUAJE-IMAGEN EN EL PERIODICO . . . <i>por Juan Luis Cebrián</i>	149

**EL LENGUAJE PERIODISTICO, ENTRE EL LITERARIO,
EL ADMINISTRATIVO Y EL VULGAR**

por

Fernando Lázaro Carreter

Catedrático de Lengua Española de la

Universidad Autónoma de Madrid

Los conceptos 'lenguaje periodístico' y 'lenguaje literario' son amplios y vagos porque se refieren a esas entidades tan complejas llamadas periodismo y literatura. Tendremos que proceder por vía intuitiva, describiendo sin pretensiones de exactitud a qué queremos referirnos. Excluyo, por supuesto, de mi exposición el periodismo radiofónico, cuyas características singulares merecerían un tratamiento aparte. Y, dentro del destinado a la lectura, apenas si me referiré, y sólo para algún cotejo, a los semanarios. Voy a centrar mi exposición en el lenguaje de los diarios que aspiran a ser "independientes" y "de información general", aunque la posibilidad de ambas aspiraciones sea tan justa y frecuentemente puesta en duda, que quepa el barrunto de que me he fijado como objetivo una entelequia. No entraré en ello: aludiendo a esas dos notas de independencia y objetividad informativa, sabemos todos a qué periódicos nos estamos refiriendo, y hasta podemos titularlos mentalmente con una cabecera concreta, muchos de ustedes, con aquélla que diariamente sacan a la calle con su esfuerzo.

Confieso no tener otros títulos para hablar de estas cuestiones que los de ser voraz consumidor de prensa, y lector con una enojosa deformación profesional que me obliga a fijarme en cómo está escrita. De esos dos hábitos he extraído unas cuan-

tas y breves reflexiones para someterlas a su opinión, con el temor de que las hallen demasiado obvias o en exceso erradas. Pero si nos proporcionan materia de discusión, habrán cumplido su finalidad.

Aun habiendo limitado el campo de observación como he dicho, todavía resulta muy extenso y heterogéneo. Porque un periódico consta de muchas secciones bien diferenciadas por sus contenidos, lo cual es lógico que conduzca también a diferencias en el lenguaje. Me ocuparé, más precisamente, de la *noticia* (y de su importante variedad moderna, la *noticia-comentario*, según luego aclararé), tal como suele aparecer en nuestros diarios. Querría introducir aquí una advertencia: presentaré a ustedes algunos ejemplos ante cuyo idioma he de manifestar tal vez reservas; son textos auténticos, aunque no señale su procedencia. Debe quedar bien entendido que son sólo eso, ejemplos útiles para mi argumentación, y su mención en nada afecta ni al respeto, ni, en algún caso, al afecto que siento por los periódicos de que proceden.

Hoy veo la *noticia* y la *noticia-comentario* cercada en su presentación lingüística por tres vecindades invasoras, quizás amenazantes para el tipo de prensa "independiente" y "objetiva" a que quiero referirme. Son, por el orden en que aludiré a ellas, la del lenguaje literario, la del lenguaje administrativo y la del lenguaje de base oral, que muchas veces tiende claramente a la vulgaridad. Estas tres fronteras delimitan un espacio en el cual, a mi juicio, debe moverse con holgura el idioma de los periódicos, sin ceder a las tentaciones de los vecinos, que no dejan de tener a veces fuerte encanto. Como disponemos de poco tiempo, y este se utilizará mejor si lo empleamos en contrastar ideas, paso a examinar directamente la primera frontera: la que indudablemente corre entre los lenguajes literario y periodístico.

Por supuesto, al hablar de lenguaje literario no me refero a pomposidades, exornaciones y afeites sobreañadidos al len

guaje, ya felizmente desterrados de la prensa, sino a ciertos recursos que, sin ser esos tan artificiosos, parecen más propios de la literatura que del periódico. Al decir esto, planteo una cuestión tal vez conflictiva, porque estoy oponiendo el escritor al periodista, y ello tal vez produzca disensiones. ¿Cómo?, se dirá; ¿es que un periodista no es un escritor? Evidentemente, sí; al menos, nada impide que lo sea, por cuanto escribir es su oficio, y hacerlo bien su deber. Con la palabra *escritor* me estoy refiriendo aquí al creador literario. George Steiner ha dicho de modo muy intuitivo que "la literatura es lenguaje liberado de su responsabilidad suprema de información (...); las responsabilidades supremas de la literatura, su razón de ser ontológica se encuentran fuera de su utilidad inmediata y de su verificabilidad" (1971: 158-9). Podemos concluir, por ello, que las responsabilidades del periodismo están en las antípodas de la literatura, puesto que son la información, su utilidad inmediata y su verificabilidad.

Se trata, en efecto, de dos procesos comunicativos muy diferenciados, en todas las funciones de la comunicación. He aquí algunas de las oposiciones de más bulto que pueden establecerse:

- 1º. Al escritor no le urgen necesidades prácticas inmediatas; en el periodista, son acuciantes.
- 2º. El escritor se dirige a un receptor universal, sin rostro; el periodista, aunque el periódico tenga vasta audiencia, escribe para receptores bastante concretos, cuyo núcleo suele ser fiel y escasamente variable.
- 3º. El mensaje literario actúa sin límites de espacio y tiempo; el periodístico pierde eficacia y se desvanece fuera de las precisas coordenadas espaciotemporales que definen la actualidad.
- 4º. Al lector de literatura no suelen guiarle necesida

des utilitarias, bien al contrario de lo que le ocurre cuando se convierte en lector de prensa informativa.

59. A diferencia de lo que sucede con las obras literarias, las cuales actúan en situación de lectura su mamente diversa para cada lector (como resultado de la falta de un contexto necesariamente compartido por el emisor y el receptor), el periodista y sus lectores viven por fuerza en unas mismas circunstancias de espacio y tiempo. Prácticamente, ca da día reanudan el contacto comunicativo interrumpido el día anterior.
69. El periodista no puede desentenderse del desciframiento que se haga de su escrito, por el carácter pragmático de sus mensajes. Ha de esforzarse en eliminar por su parte los que en Teoría de la Comunicación se llaman *ruidos*, es decir, las perturbaciones en el circuito. Tales perturbaciones son, por el contrario, elementos de gran importancia pa ra la existencia de la comunicación literaria.
79. Por fin, a la altiva y a veces dramática soledad del escritor, que cuenta teóricamente con toda la libertad que quiera tomarse como único límite a la hora de escribir, cada periodista compromete con su labor a los otros periodistas con quienes cola bora para confeccionar el diario. También, pues, por este lado ve mermada su libertad, ya que traba ja solidariamente.

Así, actúan de modos muy distintos los escritores y los periodistas, aunque muchas veces coincidan las firmas de unos y otros en un diario. Escribir en la prensa no da patente de periodista, como se puede ser periodista toda la vida, sin que, por

ello, se haya procedido nunca como escritor. Tal vez esté estableciendo diferencias demasiado tajantes, porque suelen ser necesarias para la argumentación, aunque la experiencia enseña que muchas dicotomías metodológicas, una vez establecidas, están destinadas a su neutralización.

Todos estos contrastes pueden reducirse a la conclusión de que el redactor de un diario está sometido a servidumbres que no constriñen al creador literario. Con sus decisiones embarca a sus compañeros y a la empresa; y no es libre por eso y porque ha de atender a una clientela que impone fuertes condiciones al periódico. Este ha de ajustarse lo más posible a sus expectativas. De no ocurrir así, si el periódico procede a contrapelo de sus clientes, pueden suceder tres cosas: que consiga imponerse (suceso más bien raro), que congregue otra nueva clientela (acontecimiento también infrecuente) o que, como es normal, fracase. De ahí la delicada situación en que el periodista se encuentra ante su empresa, ante sus compañeros y, en definitiva, ante sus lectores, cuando por ejemplo su conciencia política está en conflicto con la expectativa que favorece a su diario.

¿Qué es lo que esperan el comprador, el suscriptor de un "periódico independiente de información general"? Ante todo, la información, que convierte a los periodistas en afanosos cazadores de bites. Pero también una tonalidad informativa en que la posible animación literaria del estilo no sobrepase ciertos límites, tras los cuales irrumpen demasíadamente las opiniones personales del redactor. Sin embargo, durante los últimos años se ha impuesto en la prensa europea y, por tanto, en la española, la *noticia-comentario* a que antes me refería, la cual favorece esa irrupción. Efectivamente, la televisión y sobre todo la radio han ganado varias horas a la prensa en la difusión de las noticias. Lo normal es que sepamos ya "qué ha pasado" cuando abrimos los periódicos. Y estos han tenido que defenderse de esa competencia presentando cada vez más abiertamente las noticias con una orientación interpretativa. Es precisamente el sentido global de esas

orientaciones, día tras día, lo que define la personalidad de los distintos diarios. En ese sentido unitario, que no puede o no debe faltar, busca el lector la confirmación de sus expectativas, tanto o más que en el viejo e imprescindible editorial o artículo de fondo. Advertiré de paso que, muchas veces, el desajuste entre el editorial y la orientación global de las noticias induce a fuertes perplejidades, por cuanto en definitiva produce desorientación.

Por estas razones, el periodista no es ya una persona que escribe con los ojos. Ha de movilizar partes importantes de su propia e irreductible individualidad. La provisión de noticias se delega crecientemente en órganos especializados como son las agencias, que proporcionan el qué, quién, cómo, dónde y cuándo; y el cuerpo de redactores de un periódico pueden concentrar sus esfuerzos en las que juzga más importantes o más chocantes y transgresoras de la normalidad. No sólo para ampliarlas o precisarlas, sino para comentarlas. Y en la medida en que toda glosa implica un compromiso, y los compromisos han de rubricarse, se va imponiendo la firma al pie de los trabajos periodísticos como presencia de una personalidad. Esta tendencia a firmar, relativamente moderna en la prensa europea, obedece, pues, a motivos internos profundos, y no sólo a un deseo de exhibir el nombre por parte del periodista. Para poner un ejemplo no español, hallo en el *Corriere della Sera* del 9 de abril cincuenta y siete unidades informativas firmadas, frente a cuarenta y nueve anónimas; pero estas constituyen menos de la cuarta parte del material impreso, y se refieren a cuestiones de interés bastante particular. En la prensa española, la tendencia se manifiesta con variable intensidad y se va generalizando.

Pues bien, en la medida en que aumenta, el periodista se ve tentado a poner de relieve su personalidad mediante el relieve del lenguaje. Y sin darse cuenta, casi inexorablemente, puede llegar a olvidarse de que no es un escritor (según las precisas condiciones que hemos atribuído a éste), y a echar mano, por

tanto, de recursos típicamente literarios. Al tener que orientar la noticia, le resultan insuficientes las escuetas posibilidades idiomáticas que consiente lo que Harald Weinrich ha llamado el *mundo del relato*, y ha de apelar a las mucho más complejas del que ese lingüista denomina *mundo del comentario*. Si el primero, el del relato, se caracteriza por una actitud relajada del "espíritu del discurso", la actitud tensa constituye la "nota general de la situación comunicativa no narrativa". Porque, siempre según Weinrich, en ella, en la que corresponde al mundo del comentario, el hablante (en nuestro caso, el periodista) "está comprometido; tiene que mover y tiene que reaccionar, y su discurso es un fragmento de acción que modifica el mundo en un ápice y que, a su vez, empeña al hablante (al periodista) también en un ápice". Por eso, concluye, "el discurso no narrativo es, por principio, peligroso" (1964: 49).

Y es peligroso, añadimos nosotros, porque el comentario constituye, en mayor o menor medida, una forma de parcialidad. Y esa parcialidad es, para el periodista, comprometedora, no sólo para él, que estará dispuesto a arrastrar el compromiso, sino para su periódico. De ahí el tiento exquisito con que ha de afrontar la literarización de sus escritos, en la cual recaerá necesariamente en virtud de la intensidad semántica de las palabras que elija, del tipo de imágenes que emplee, y del grado de epicidad que infunda a su relato.

Porque siendo éste fundamentalmente narrativo, el tono literario y los recursos expresivos ante los que habrá de definir se son los correspondientes al género épico. Pero la épica, cuando se manejan noticias de hace pocas horas, puede ser un instrumento de persuasión y de definición ideológica, capaz de chocar fuertemente con las que hemos llamado expectativas del lector. He aquí el riesgo de traspasar o difuminar esa frontera. La épica poética ha solido exaltar hechos remotos y se ha dirigido a receptores prácticamente identificados con el punto de vista del cantor. No ocurre igual con el periodista sensible a esa tentación,

que puede encontrar fuerte resistencia a su punto de vista entre los lectores, muchos de los cuales tal vez le demanden mayor con- ten- ción, porque no desean ver invadida su autonomía de juicio. No olvidemos que un periódico resulta siempre de un pacto entre redactores, empresa y público, y que es éste el que se encuentra en situación más fuerte para imponer condiciones. En tal sentido sue le decirse muy justamente que el diario pertenece a sus lectores; y la posesión se les puede arrebatar lo mismo por una acción empresarial que por un exceso de protagonismo por parte de la redacción.

La más fuerte dosis de literarización épica, única a la que voy a referirme como ejemplo y porque es hoy la más importante, se encuentra en los semanarios de partido o de ideologías, y crece en proporción directa a su marginalidad. Ello no quiere decir que los redactores de esa prensa creen siempre individualmente: muchas veces, si carecen de talento, se limitan a repetir clichés idiomáticos forjados por escritores u oradores ideólogos, quién sabe si lustros o decenios antes.

Por tener ante los ojos muestras que nos permitan avanzar por lo concreto, he aquí unos cuantos rasgos épico-literarios que se observan en el estilo de uno de esos semanarios marginales correspondiente a abril de este año. En ellos puede observarse có mo el idioma es tensado al máximo, tanto en el léxico como en las imágenes. Hay aquí una actitud decididamente literaria, por cuanto los redactores buscan acuñaciones lingüísticas sorprendentes, exaltantes, que, con independencia de su acción inductiva y del contagio emocional que produzcan, llamen la atención sobre sí mis mas. Por eso son literarias. Y son épicas porque giran en torno a una única concepción de los conflictos sociales como lucha sin cuartel, como acción destructora contra un enemigo. Veamos algunos de esos rasgos:

- a) Empleo masivo de sustantivos y verbos de significado bélico: *lucha, combate, conquista, movilización, acción directa que desmantele la estrategia actual*

del *enemigo*, es decir, de la burguesía. Que *aplaste* la *resistencia* e impida que nadie *alce* el desacuerdo entre las sindicales. Se trata de "*golpear* a la burguesía con el *potente puño* de la unidad", de "*romper* los puntos clave del proyecto de Estado fuerte", de aumentar "*nuestra combatividad* frente a la Monarquía y el Capital", de mantener "*un combate permanente*", aunque los trabajadores "*hayan sido desarmados* por sus direcciones políticas".

b) En la misma línea, entra la denuncia de las tácticas dispersivas que emplea el enemigo, a las que sólo puede hacerse frente cerrando líneas. De ahí que se degraden vocablos como *reforma*, *compromiso*, *transacción* o *pacto*, y se invoquen en cambio, con recursos lingüísticos variados, la *unidad* y la *coordinación*; hay que "*estrechar* al máximo la alianza revolucionaria", como por ejemplo, cuando ante la convocatoria parcial de una acción que debía ser conjunta, "las fuerzas reunidas decidieron retormarla de forma *unitaria*". Todo cuanto atente contra la *solidaridad* será *maniobra*.

c) En una tensión bélica, no hay lugar para los matices, y en el lenguaje, los adjetivos y los adverbios presentan siempre su máxima gradación elativa. Por ello, hay que exigir "*la más amplia libertad* de prensa y *propaganda*"; "los partidos obreros y nacionalistas deben negarse *en redondo* a ceder *un solo ápice*", puesto que son "*órganos soberanos* de la representación *directa* de los trabajadores".

d) La hipérbole épica entra a raudales en este estilo: "Miles de campesinos *inundaban* las carreteras con sus tractores"; "La situación económica *desearga en tromba* sobre los trabajadores los expedientes de crisis".

e) Abundan los sintagmas constituidos por *verbo + nombre*, en los cuales el verbo sufre un traslado topológico que implica la invitación a un esfuerzo: hay

que "*forjar* la movilización", "*reforzar* el proceso de afiliación", "*fraguar* la unidad", "*tensar* las fuerzas de las clases", etc.

Si examinamos ahora la situación desde la otra vertiente, es decir, desde la prensa de derecha extrema, hallaremos idéntica presión literaria de lo épico, que acentúa en nuestros días la nota de 'traición' del Gobierno. De ahí que a este se le atribuyan *señuelos, actos desleales, deshonestidades, quiebras en las posturas de fidelidad, sometiendo a poderes ocultos, tolerancias, vergonzantes ayudas, entregas, complicidad, habilidades, claudicaciones, utilización del nombre del Caudillo...*; y que se le achachen acciones donjulianescas, como *destruir solapadamente* la obra del Estado, *dar paso* a los dinamiteros, *colaborar* con las fuerzas enemigas, *liquidar arteralmente* el Movimiento Nacional, etc., etc. En uno y otro caso, lo épico-literario impregnando lingüísticamente mensajes claramente beligerantes.

Creo que los periodistas deben tener una extremada familiaridad con esta prensa radical, cuyo carácter preferentemente comentador constituye un caldo de cultivo privilegiado para la literarización del estilo; y que debe conocerla a fondo para adquirir aquel punto de contención necesario que impida conducir su periódico, si es que quiere ser independiente o, lo que es tal vez condicionante mayor, si es que se dirige a lectores poco deseosos de recibir la información en una clave heroica, para no conducirlo, digo, hacia una orientación muy marcada de partido o de ideología. El caso es que no resulta difícil hallar hoy, en periódicos independientes, relatos-comentario con rasgos literarios del tipo que acabamos de ver. A veces, mucho más relevantes que en algunos semanarios de partido pertenecientes a la izquierda próxima mente parlamentaria. Me permito, a modo de ilustración, ofrecerles una muestra: algunos fragmentos de la noticia del Aberri Eguna tal como la presentaban un diario independiente, y *El Socialista* (15.4.1977) único periódico que me permito mencionar porque, en este caso, parece imprescindible.

La adopción de una actitud épica del redactor del primero es ya patente desde el comienzo, con la enumeración enfática de los obstáculos opuestos a los manifestantes encabezados con *ni* dificultades graves que, sin embargo, fueron vencidas por la de ci si ón multitudinaria de aquéllos:

- "*Ni* la prohibición gubernativa *ni* la nieve *impidieron* que *más* de 50.000 vascos se movilizasen el domingo..."

A renglón seguido, se detalla la importancia del primer obstáculo, que ha quitado alegría pero no importancia ni belleza al arrojado de los manifestantes; obsérvense los adjetivos y el giro consecutivo-elativo de la construcción verbal:

- "Los *rigurosos* controles de la Guardia Civil *cerraron de tal manera* los accesos a Vitoria, que no más de 5.000 personas lograron entrar en la ciudad".
- "Lo que pudo haber sido *una gran fiesta vasca* (...) se convirtió en una jornada de *incontenibles* manifestaciones, reprimidas con un rigor *inusitado* por la fuerza pública".

Nótese cómo mueve al redactor la vehemencia a veces alógica del estilo épico en el manejo de los adjetivos hiperbólicos, porque si las manifestaciones fueron *incontenibles* no pudieron ser *reprimidas*; y probablemente no fue *inusitado*, es decir, nunca antes usado, el rigor con que actuó la policía.

Pero he aquí cómo se produce *El Socialista* en lo que corresponde a esos párrafos del diario independiente:

- "El excesivo control policial y la negativa del P.N. V. a convocar a sus militantes *deslucieron* de alguna manera el (...) Aberri Eguna que se iba a cele-

brar en la capital de Alava el pasado día 10".

- "(A pesar de la prohibición) se siguió en pie con la convocatoria, *sin hacer caso* de la *extremada* vigilancia policial que se plasmaba en un *intenso* control de Vitoria (...). Por ello, el cálculo inicial de 40.000 personas se quedó reducido a 10.000 que sólo pudieron alcanzar la capital alavesa".

Veamos ahora la parte que precede a la acción combativa propiamente dicha, y que describe una de las dos fuerzas en conflicto. El relieve verbal de ciertos vocablos salta a los ojos en el periódico independiente:

- "Los vehículos de las brigadas antidisturbios aparecían *ostentosamente* estacionados en los puntos *neurálgicos* de la ciudad, que ofrecía así el aspecto de haber sido *tomada militarmente* (...). El *despliegue* resultaba más *espectacular* en la plaza de la Hispanidad (...). Una sección de la Guardia Civil a caballo (...) permaneció dispuesta para el *asalto* junto con una veintena de vehículos de la Policía Armada. El parque de la Florida, la plaza de la Virgen Blanca y la Avenida de la Independencia eran otros tres puntos *estrechamente* vigilados, *combinado* todo ello con los "jeeps" que *patrullaban* las calles y el helicóptero que sobrevolaba la ciudad".

Frente a tanta riqueza descriptiva, sobre cuya veracidad de contenido, al margen de su evidente y subjetiva literarización, quizá no quepa dudar, obsérvese el parco ascetismo formal que manifiesta el órgano P.S.O.E.

- "Al mediodía del domingo, momento fijado para la gran concentración, la plaza de la Hispanidad se encontraba fuertemente vigilada por las fuerzas del

orden. Se podía ver también a miembros del Cuerpo General de Policía circulando de paisano".

Ni una palabra más, es un escrito de aproximadamente las mismas dimensiones que el anterior. No es necesario profundizar ni prolongar el análisis, que está al alcance de cualquiera. Por mi parte, renuncio a pronunciarme acerca de la licitud o no licitud de ese modo de escribir: al fin y al cabo, arrastro una grave infección de literatura. Pero ¿acontecerá lo mismo con el lector que no comparta la óptica de este redactor -o de cualquier otro- de un diario independiente?

Y, sin embargo, el coloreamiento personal del estilo, anejo a la firma, es un logro del periodismo moderno, al que no parece ni posible ni conveniente renunciar. No hallo razones para proscribir una prosa que traduzca la extensa gama de disposiciones anímicas implicadas en el comentario, desde la ironía hasta la cólera, pasando por la emoción. Pero en hacer que esto resulte compatible con la "independencia" de su diario y con la expectativa de sus lectores, consiste la difícil maestría del periodista. Es imposible dar recetas para lograrla: escribir es "arte de particular juicio", como decía Fray Luis de León, y no cabe recomendar ni desaconsejar en abstracto. Si acaso, esta máxima de Gracián: "Saberse atemperar. No (...) se han de emplear más fuerzas de las que son menester; no haya desperdicios ni de saber ni de valer; no echa a la presa el buen cetrero más rapiña de la que ha menester para darle caza". En el concreto caso que hemos examinado, la noticia-comentario de un grave conflicto ciudadano, creo que está claro cómo una penetración de lo épico, tanto en el punto de vista como en el lenguaje, desplaza al periódico hacia la prensa ideológica, sacándole de la posición independiente que programáticamente ha adoptado.

Vengamos ahora a la segunda de las fronteras que me proponía recorrer en este intento apresurado de delimitar el lenguaje de ese tipo de periodismo, tal vez ideal, quizá ente de ra-

zón, según hemos dicho, que solemos llamar periodismo informativo independiente. Es la linde con territorios especializados que poseen subcódigos lingüísticos peculiares, de carácter técnico o tecnificado. Llamo de este último modo al que ha creado el mundo administrativo y político oficial, pero, muchas veces con fines que no son propiamente técnicos. Se ha tecnificado adrede para cegar a quien lo emplea con propósitos desvirtuadores y confundidores. Sus cultores tratan de controlar, con un idioma de prestigio sa apariencia, una realidad inquieta cuando no inquietante; intentan sustituir con una especie de liturgia de la palabra la vida y pasión cotidianas de la sociedad. Parece que, manejando vocablos y giros inusuales, se está actuando muy eficaz y científicamente sobre el cuerpo bullidor de los problemas. Y eso aumenta el distante prestigio de las autoridades, de los órganos administrativos, creando el espejismo de su perfecta solvencia, de su capacidad inalcanzable por el hombre común. El fenómeno se produce en todas partes, pero en España creció vertiginosamente cuando la llamada tecnocracia asumió todas las funciones políticas.

Se trata de un lenguaje formal, cuyo rasgo más constante es el rechazo de las palabras directamente inteligibles, buscando en cambio el tecnicismo, el extranjerismo, los calcos, los términos abstractos, los rodeos, los eufemismos, las voces misteriosas y solemnes y los estereotipos. Es el "lenguaje oficial" que todos conocemos, presente en los informes, notas y comunicados de la Administración. Y al cual una gran parte de la prensa sirve de tornavoz sin precauciones, lo estampa, lo imita y lo pone en circulación, sin caer en la cuenta de que, en su posición necesariamente mediadora ante el lector, no se pone del lado del lector, sino justamente de quienes desean no informarle. Ese subcódigo burocrático u oficialesco posee las propiedades que he dicho, y unas muestras elementales me ahorrarán más enojosos detalles. No se hablará, por ejemplo, de *problemas*, sino de *problemática*; ni de los *motivos* de una ley sobre la eliminación de residuos urbanos, sino de su *filosofía*. Tampoco se dirá que

"Las elecciones *son* un medio para *saber* qué *piensa* el

país",

sino que

"Las elecciones *constituyen* un medio para *auscultar* el país".

No se *hacen* tales o cuales cosas, sino que se *realizan*, *verifican* o *efectúan*. No *aparecen* señales de crisis, sino que *emergen* síntomas. Una medida no produce *efectos* sino *repercusiones*; y el momento carece de prestigio frente a la *coyuntura*. La Bolsa no *baja* continuamente: mantiene una *evolución descendente*; y de esta manera, las cotizaciones no *sufren pérdidas* sino que *experimentan* o se *anotan deméritos*. Las medidas tampoco se *proyectan*: se *programan*.

La permeabilidad que, en general, muestran los periódicos ante este tipo de lenguaje, es correlativa de la que manifiestan cuando han de informar sobre cuestiones propiamente técnicas. Lo normal es que no teman hacerse penumbrosos. Tremendo problema para el desarrollo español de centrales atómicas la que ha opuesto el presidente Carter prohibiendo la venta de plutonio. Un diario lo explicaba así a sus lectores, con una precisión terminológica digna de la mayor gratitud:

- "El plutonio 239, de radiación alfa, se obtiene en reactores ligeros del isótopo U 238 del uranio, pero luego puede servir, ya como combustible nuclear, dada la buena capacidad de sus núcleos para experimentar la fisión mediante neutrones lentos, ya como elemento explosivo de las bombas nucleares".

Quizá, si se quiere decir esto no haya más remedio que decirlo así, y tan piadosa receptividad tenga alguna justificación cuando se trata de subcódigos técnicos difícilmente traducibles. Pero ya no está claro por qué la prensa ha de ser tan porosa ante el discurso burocrático y administrativo, como en este caso que selecciono, entre un millón de ejemplos posibles, de un

diario reciente:

- "Ayer por la mañana *dieron comienzo* (por *comenzaron*) en el Ministerio de Comercio las *sesiones de trabajo* (por *reuniones*) de las Delegaciones española y mauritana *en torno a* (por *sobre* o *acerca de*) la cooperación económica entre los dos países (...). En la *primera sesión de trabajo* (por *reunión*) se *pasó repaso* (horror por *repasó* o *examinó*) a la situación actual de la *cooperación económica y comercial* (por *relaciones económicas*) hispano-mauritanas, *haciéndose especial hincapié* (por *insistiéndose*) en el aspecto *pesquero* (?). Como es sabido, España y Mauritania *firmaron*, a principios del pasado año, un acuerdo *en este terreno* (por *sobre esta cuestión*), que *hasta ahora no ha sido operativo*" (cortina de humo lingüística para decir a lo esotérico *que no se ha cumplido*).

La noticia termina con este meandro a manera de coda barroca:

"A este propósito, se trata de explorar las posibilidades para que el acuerdo vigente pueda aplicarse a plena satisfacción".

Por respeto al tiempo del lector y al espacio del diario, esas diecinueve palabras podían haber quedado en estas ocho: "Va a procurarse que el acuerdo se cumpla".

Pueden verse, pues, en tal lenguaje curialesco o burocrático las notas de ampulosidad, abstracción y rodeo gramatical antes señaladas. La perífrasis es uno de sus rasgos más constantes, y se manifiesta muy frecuentemente al preferir la construcción *verbo + complemento* (al igual que veíamos en la prosa épica, pero con otra intención) cuando hay un verbo que dice lo mismo más directa y llanamente: *proceder a una detención* por *detener*, *in*

troducir modificaciones por modificar, realizar gestiones por gestionar, establecer alianzas por aliarse. Perifrásticas son también las construcciones del tipo mecánica ideal por procedimiento; reserva crítica por sospecha, reticencia o aprensión; a lo largo y a lo ancho de toda la geografía española por en toda España; en el transcurso de una conferencia de prensa por en una conferencia de prensa; disconformidad personal por desacuerdo; postulados políticos de la oposición por programas o ideas de la oposición; alcanzar entendimientos parciales por lograr algunos acuerdos... Si hacen ustedes lo que yo he hecho, abrir un periódico por cualquier página, verán brotar a borbotones los ejemplos.

El subcódigo burocrático dispone además de un instrumento infalible de nebulización: el extranjerismo o el calco de vocablos y giros extranjeros. No voy a tratar de tal problema, da do que, en función del tiempo y de los objetivos de mi ponencia, no es el casuismo lo que interesa, sino el trazado de algunas ideas generales que sirvan de base de discusión. Pero, en este pun to, parece obligado aludir al hecho de que, al socaire de la tecnificación del lenguaje, tan tenazmente apoyada por la prensa, es tán entrando barbarismos, muchos de ellos de dificultosa intelección para el lector medio, y todos gravemente atentatorios contra la independencia del idioma. Ahí están *nominar, a nivel de, en base a, énfasis, sofisticado, rutinario, agresivo, ente, doméstico, reclamarse de, contactar, contemplar, instancias*, y tantas y tantas superfluidades más.

Henos, pues, ante cortinas de humo que la Administración lanza para hacerse umbrática y remota (en lo cual la sigue muchas veces el lenguaje de la oposición, pues se trata de un ins trumento de poder útil para todos cuantos lo ansían), y que constituyen, creo un buen tajo para el periodista, que, pienso, debe aplicarse a aventar tales nieblas y a hacer transparente la visión de sus lectores. No sé si, en este punto, existe siempre en la prensa aquella parcialidad a favor de los destinatarios que me he atrevido a fijar como parte fundamental de su misión. Mi impresión

de lector es que falta mucho que hacer en esta imprescindible tarea de disparar atmósferas lingüísticas enrarecidas.

Por fin, y ya para acabar, vengamos a otro problema importante: el de la tercera linde, aquélla que el idioma periodístico comparte con el idioma que no sé si llamar popular o vulgar, y que tal vez convenga denominar, más asépticamente, lenguaje de base oral. A simple vista, parece muy sugestiva la idea de que un modo de aproximación al lector consiste en imitar o usar confiadamente el estándar hablado. De esa manera, se piensa, quedan superadas las diferencias culturales, se llega a más público, y el hecho comunicativo alcanza mayor intensidad. En cierto modo, esa tendencia campechana circula en dirección contraria a la burocrática que acabamos de describir.

Para que puedan sacarse conclusiones debatibles sobre esta cuestión, convendrá partir sucintamente de un supuesto que hoy parece bastante bien establecido entre lingüistas y psicólogos. Y es que la lengua escrita (y, por tanto, la del periódico) posee una naturaleza muy distinta a la oral. Frente a un constante olvido de la primera por parte de los lingüistas, que la consideraban hasta hace poco mera transustanciación de la hablada, se afirma modernamente su naturaleza aparte por investigadores como Vigotsky, Vachek, De Mauro o Bolinger. De modo extremado pero no incierto, puede afirmarse que todo ciudadano instruido, para poder serlo, ha tenido que aprender dos lenguas, la hablada y la escrita. Porque aprender a escribir no consiste en aprender la escritura, sino en adquirir unas reglas gramaticales y un léxico más complejos, más rigurosos y, por tanto, más inviolables que los del código oral. Todos tenemos conciencia de esto, empezando por aquellos escritores cuyo patrono podría ser Juan de Valdés, que, por el hecho de proponerse escribir como se habla, reconocen la existencia de dos sistemas. Digamos, de paso, que ese ideal de reproducir con la escritura el curso de la lengua hablada, no lo han alcanzado más que los taquígrafos. Ahorro a ustedes, por exigencias de tiempo, los argumentos que podrían acumularse para pro

bar la radical diferencia de naturaleza que existe entre ambos tipos de lenguaje.

Pero no se trata sólo de buscar una comunicación más íntima lo que mueve a quienes oralizan el lenguaje periodístico. A muchos les impulsa también, si no me engaño, la convicción de que el idioma escrito formal constituye un atributo o un prejuicio de clase, concretamente de la clase burguesa, lo cual suscita aprensión y mueve a rebeldía incluso entre quienes redactan periódicos para una presumible clientela de esa clase. Pocas cosas parecen hoy más evitables que cuantas exhalan tufo burgués. Pero ¿es cierto que un lenguaje escrito ajustado a la norma escrita es propio, en el sentido de propiedad o posesión, de un sector social determinado? De hecho sí; sin embargo, no lo es de derecho ni de justicia, y no se ven las razones por las que ese lenguaje debe ser evitado, y no conquistado. Se me permitirá que, en este punto, apele al testimonio de pensadores marxistas que han combatido el espantajo de las dos lenguas, la del proletariado y la de los burgueses, en el cual siguen creyendo hoy muchos españoles. Para empezar, he aquí lo que escribía José Stalin hace más de un cuarto de siglo: "La historia nos enseña que una lengua nacional no es una lengua de clase, sino una lengua común al conjunto del pueblo, común a los miembros de la nación, y única para la nación (...). La lengua y la superestructura son nociones diferentes, y no le está permitido a un marxista confundirlas. (Hay camaradas equivocados) que estiman que, si la sociedad está desarticulada y no existe una sociedad única, sino solamente clases, no hay necesidad de una lengua única para la sociedad (...). Hubo entre nosotros, en un momento dado, "marxistas" que pretendían que los ferrocarriles con que nos encontramos tras la Revolución de Octubre eran ferrocarriles burgueses, que no debíamos servirnos de ellos los marxistas, que era preciso desmontarlos y construir ferrocarriles "proletarios". Esto les valió el apodo de "trogloditas". Es evidente que estos puntos de vista, de un anarquismo primitivo acerca de la sociedad, las clases, la lengua, nada tienen de común con el marxismo. Pero existen evidentemente, y siguen ocupan-

do las mentes de algunos de nuestros camaradas, (los cuales) se engañan gravemente cuando afirman que la existencia de dos culturas diferentes lleva a la formación de dos lenguas diferentes y a la negación de la necesidad de una lengua única" (1950: 24-25).

La cita es larga, y se me permitirá su extensión en gracia a su contundencia. Este punto de vista, el de la lengua única y, bien entendido, no degradada o avulgarada sino heredera de todas las riquezas y complejidades acumuladas por la historia, ha sido asumido por otros partidos comunistas, por ejemplo, el francés. Hace unos meses informé en el diario *El País* de los debates en la Asamblea Francesa acerca de una Ley de Empleo de la lengua nacional -que el P.C. deseaba ampliar y llamar Ley de Defensa-, durante los cuales pudieron oírse afirmaciones como ésta, emitida por el senador Cogniot: "La opinión democrática considera que la lengua es un depósito sagrado; su aprendizaje exacto y profundo constituye, en nuestro concepto, el primer objetivo de la enseñanza. La lengua es un factor poderoso de la conciencia nacional". Parece claro que este senador comunista no se estaba refiriendo a una lengua disminuída, próxima a lo que Berstein llama código restringido oral, sino a un idioma con todas sus articulaciones y desarrollos.

Otro testimonio, bien reciente, que recojo en la revista racionalista *La Pensée*, editada por los marxistas galos. En su número del pasado diciembre, Fijalkov y Simon escriben sobre "Clases sociales y aprendizajes de la lengua escrita"; moviéndose en la línea a que he aludido antes, llegan a la siguiente conclusión: "Sométida al tamiz de tal análisis, la oposición *lengua hablada/lengua escrita* cambia de contenido. La oposición no recubre ya la de *lengua popular/lengua burguesa*, o la de *lengua de la calle/lengua de la escuela*, sino la de *comunicación inmediata/comunicación diferida*, es decir, las situaciones en que el lector e interlocutor están presentes aquí y ahora, y aquéllas en que están separados en el tiempo y/o en el espacio". (1975:59-60). Esto sí es razonable; y el hecho de que una permita la comunicación en pres

cia, y la otra la que se establece en ausencia, es en buena parte responsable de que posean códigos tan diversos. Frente al abandono del código elaborado característico de la lengua escrita, muchos marxistas -como el parlamentario francés antes nombrado- oponen lo contrario: un movimiento de rescate, de apropiación de dicho sistema por parte de las clases populares. En esa misma revista se leen estas palabras de Denise François: el estado de hecho es, en Francia, esencialmente, que la igualdad de oportunidades lingüísticas está por conquistar, y que no puede ser conquistada en y por sí, sino sólo a través de otras conquistas sociopolíticas fundamentales que amortigüen el impacto ideológico actualmente dominante" (1976: 72). Dicho en otras palabras: la izquierda democrática francesa quiere realizar su transformación de la sociedad, entre otras cosas, para alcanzar una nivelación lingüística por arriba.

Yo ignoro si los sectores de la prensa española o los periodistas aislados que propugnan una oralización y, con ello, irremisiblemente, un avulgaramiento y una reducción del código lingüístico, son conscientes de estos planteamientos, y de otro hecho que tampoco puede desdeñarse: todo ciudadano, aunque no sea muy elevado su grado de cultura, posee un ideal de lengua que le gusta ver realizado. El simple acto de comprar un periódico de información general, y más si se titula independiente, caracteriza al comprador como una persona de cierta instrucción, que tal vez busca en el diario ciertos modelos de pensamiento y de expresión que a él, probablemente, le agradaría ser capaz de realizar. Me parece que no se cuenta bastante con esta pre-disposición psicológica, con esta expectativa del lector cuando, pensándose que se le atrae más, se le habla con guiños de connivencia, a la pata llana y sin miramiento.

Pero se me dirá que ese tipo de expresión cuenta con partidarios y que algunos periódicos o revistas logran éxito cultivándola. ¿Se ha analizado quiénes son sus lectores? ¿Pertenecen a las clases populares escasamente escolarizadas, a las que ese len-

guaje quiere captar, o son más bien gentes instruídas, muchas veces de extracción y educación burguesas, en quienes la rebelión contra su propia cultura se ha convertido casi en rito y norma de comportamiento? Porque no nos engañemos, la contracultura, en la cual actúa el desdén hacia el lenguaje elaborado, es una invención de la burguesía.

Ello no quiere decir que debe prescindirse de elementos de la lengua hablada, incluso de los pertenecientes a sus rasgos más vulgares. El empleo de tales elementos es habitual en la literatura, y no se ve bien cómo podría vedárselos el periodista sin caer en un estilo formal chato y tedioso. Contra lo que prevengo es contra su predominio. De ellos tendría que recordarse lo que recomendaba Mal Lara a propósito de los refranes: "Habemos de mirar en qué hablamos, en cuales escrituras cuadrarán mejor". El arte del periodista, como el del escritor, ha de contar con esas caprichosas variables que son la oportunidad y la dosis. Yo no me siento adecuadamente informado cuando leo en un diario madrileño:

- "Los socialistas catalanes de Raventós han elegido un método mucho más divertido y ameno (que el P.S. O.E.), con una verbena que durará como mínimo seis horas. A las siete de la tarde comenzará la juerga en el Pueblo Español (...). Alrededor de las ocho, y para darle al acto un poco de seriedad, se darán charlas sobre temas de actualidad (...). A las nueve de la noche, el guitarrista Menese comenzará su actuación, y a partir de ese momento comenzará "el bailoteo general hasta altas horas de la madrugada", tal como lo definió un joven socialista catalán".

Este estilo tal vez plazca a un rebelde desenfadado. Pero ya no es tan seguro que agrade a un lector medio, incluso poco ilustrado. Insisto en que es asunto de oportunidad, dosis y sobre todo gracia, para no caer en la patosería. El redactor del texto anterior ha utilizado, con todo, un recurso muy eficaz para

dar tonalidades populares a la prosa: el estilo directo, la reproducción literal de lo que otro dice, tal como lo dice. Eso y, menos, el diálogo, son recursos afortunados que el periodismo conoce desde antiguo para colorear eficazmente el estilo. Pero hace falta mucho tiento para introducir con oportunidad vocablos o giros como *juerga*, *dar un poco de seriedad* o *bailoteo*. Pueden degradar y orientar la información de modo poco "independiente". En cambio, cuando tales artificios se emplean diestramente, no son sólo válidos sino deseables. Contra lo que me permito prevenir es contra una coloquialización abundante y extemporánea de la noticia. Por supuesto, los periódicos de claro compromiso ideológico, sobre todo si promueven actitudes combativas en el proletariado, no hallarán mejor arma que esa aproximación decidida a su lenguaje, porque éstos no leen, o no leen sólo, para informarse, sino para reconocerse como correligionarios y combatientes, con sus atributos indisimulados, entre los que están una cultura y un idioma fundamentalmente orales. Es el sistema que siguen algunos periódicos revolucionarios extranjeros, como el italiano *Lotta continua*, verdadero modelo de la utilización del lenguaje coloquial, obrero, expresivo, y en el que se emplea constantemente ese recurso ya mencionado (y ya tan utilizado por algunos periodistas españoles): la introducción en estilo directo y entre comillas de los comentarios que un suceso merece a sus protagonistas y testigos (Violi, 1977: 116-133).

Ello parece lógico y natural. Cabe la duda sólo de si quien lee *Lotta continua* vería con idéntico gusto ese estilo hablado, vivísimo y no pocas veces desgarrado en otros periódicos de información general que también puede leer. Recuerdo lo que antes apunté: la expectativa de quienes frecuentan tales periódicos los modelos de expresión que tal vez quieran ver realizados, y la posible decepción si no los encuentran.

Volviendo, para acabar, a un punto importante, el de un lenguaje que no sea propio de clase social alguna, como ideal democrático, ¿no parece lógica la existencia de una prensa que

promueva la igualación idiomática en un nivel elaborado y, si se me permite la palabra, culto? Una prensa empeñada en una tarea social, claro es, que informe y contribuya a la justicia, a la verdad, a la convivencia en el seno de la comunidad, que, lejos de ser combatiente y épica, intente conducir a los ciudadanos por caminos razonables, aunque estos hayan de promover cambios radicales, ¿puede abdicar de su misión cultural, que empieza precisamente por el empleo de un lenguaje claro, neto, racional, coloreado sin exhibicionismo ni ramplonería, y que, en vez de abatir el idioma de todos, cuide y procure el desarrollo de ese instrumento de solidaridad ciudadana, forjado colectivamente a lo largo de tantos siglos?

REFERENCIAS

- Fijalkov J. y Simón, J., "Classes sociales et apprentissage de la langue écrite", *La Pensée*, n. 190, 1976.
- François, Denise, "Sur la variété des usages linguistiques chez les adultes", *ibid.*
- Stalin, *A propos du marxisme en linguistique* (1950), Paris, La Nouvelle Critique, 1951.
- Steiner, Georges, *Extraterritorial* (1971), Barcelona, Barral Editores, 1973.
- Violi, Patrizia, *I giornali dell'estrema sinistra*, Milán, Garzanti, 1977.
- Weinrich, H. (1964), *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, Madrid, Gredos, 1968.

II

LAS LENGUAS ESPAÑOLAS Y EL PERIODISMO ESCRITO

por

Luis Michelena Elissalt

*Catedrático de Lingüística Indoeuropea
de la Universidad de Salamanca*

El temor que siento, temor que nada tiene de color retórico, es el de no atinar con el blanco, con lo que mis consideraciones caerían fuera y lejos del campo de intereses que este seminario pretende cubrir.

Para explicar ese temor tengo que entrar en el terreno de las apreciaciones personales, terreno que es particularmente escabroso cuando esa persona no es otra que la del emisor de este pseudo-mensaje. Puesto que hay que hablar de limitaciones, me referiré al periodismo, en primer lugar, y tendré que confesar que no he tenido con la prensa periódica respetable y ortodoxa más relación que alguna que otra colaboración ocasional. Podría gloriarme de haber visto algunos productos míos, ya que no mi nombre, en el único periódico *impreso* que ha aparecido, sin las licencias oportunas, en una prisión franquista (1). También podría jactarme, puestos en ese camino, de haber publicado allá por 1946, nada menos que en el diario de la Santa Casa, una reseña de *La generación del 98* de Laín Entralgo que apareció (muy mutilada por cierto) en virtud de un acuerdo entre caballeros o entre amigos por el que el firmante se quedó con los emolumentos, si es este el

(1) El único según mis noticias. Me alegraría saber que ha habido otros casos.

nombre que en justicia les corresponde, y yo con el ejemplar de reseña.

Pero será mejor dejar estos detalles intrascendentes para las memorias que un día pueda escribir. Así pues, y a falta de un papel activo, sólo puedo llevar a mi haber la condición de lector de la que no me han apartado cerca de cuarenta años de mortal aburrimiento ni la misma lectura de *Redención*, periódico español no demasiado conocido fuera del círculo, no tan corto, de los iniciados. Tendré, por lo tanto, que contentarme con esa condición de "anaperiodista", paralela a la de "anapoeta" o creador en segundo grado que Unamuno otorgaba generosamente a los lectores de poesía o, al menos, a los lectores de sus propios poemas.

También me falta competencia especial, salvo acaso en un único caso, sobre "las lenguas españolas", que constituyen el primer término del título bipartito que me ha sido señalado. Parto del supuesto, natural en esta situación, que, entre las lenguas españolas, no se concede en este caso atención especial a la principal y hegemónica, además de oficial. En lo que sigue estará siempre presente, aunque sólo sea como inevitable telón de fondo, sin que vaya a ocuparme expresamente de ella. Otros, supongo, lo harán sin duda.

No puedo, ni quiero, evitar una cuestión de nomenclatura que, como todas las que sólo afectan directamente a palabras y nombres, no dejan de ser más molestas que las que tocan a *realia*. A esa lengua hasta ahora innominada, voy a llamarla castellano por parecerme que esa es, en este lugar y momento, la denominación más neutra, al menos para uso interno. Llamarla "español" o "lengua española" tiene, me parece -o, al menos puede tener, en cuanto se le quiera atribuir-, un matiz exclusivo: es la única lengua "española" (para algunos sería la única "lengua" española) o es por lo menos más española que cualquier otra. Y este exclusivismo, si a algunos puede molestarles y dolerles, puede también ser para otros motivo de satisfacción y de orgullo. En todo caso,

a mi entender, su imposición como único término oficial, tal como predominó demasiados años, no contribuyó precisamente a la pacificación de los espíritus (2).

No es muy desemejante, guardadas las proporciones, el caso de lo que Manuel Sanchis Guarner llama "la lengua del valencians". Para el lingüista, y hasta para el profano que conozca bien los hechos, esa lengua -con sus particularidades que, además, no son comunes en el País Valenciano, ni exclusivas de él- no es otra que la que todo el mundo, fuera del *domini*, conoce por catalán. Pero, quien no se sienta catalán, se resistirá a aceptar que su lengua lo sea, es decir, que sea llamada así. Nunca se habría discutido de esto de haber existido para la lengua una denominación, por decirlo así, no partidista: posiblemente, "lemosín" (3), por inadecuado que sea, habría servido.

Tomo como marco de referencia el territorio limitado por las fronteras del Estado español: no es, pues, decisivo ni acaso muy pertinente, dentro de ese marco, que fuera de él una lengua sea conocida como *espagnol*, etc. Porque esas fronteras no contienen dentro de sí todo lo que estamos mencionando. Todo el mundo sabe hasta qué punto las desborda el castellano, pero también las desbordan, en medida más modesta, el catalán y el vasco mis-

- (2) Todavía me parece menos justificado el trasplantar a siglos pasados una denominación que es entonces por lo menos imprecisa. No creo que este uso esté legitimado por *Orígenes del español* de don Ramón Menéndez Pidal. Una cosa es la calidad del texto y otra muy distinta el título.
- (3) Invocada por última vez, por cuanto sé, por Miguel de Unamuno, tan amigo de exhibir su sapiencia lingüística, en las Cortes constituyentes de la República. Cf. Joan Coromines, *El que s'ha de saber de la llengua catalana*⁵, Palma de Mallorca, Mol, 1972, p. 63 ss.

mo. En cuanto al gallego, variedad moderna del galaico-portugués, el problema más bien parece plantearse de manera opuesta: como una afirmación de personalidad diferenciada frente a su vecino meridional (4).

Volviendo a mis insuficiencias, diré que, como ya he a puntado, mi mayor desventaja para tratar del tema consiste en que, de las tres lenguas no castellanas -catalán, gallego y vasco- sólo de la última tengo un conocimiento suficiente, en particular por lo que toca al uso escrito y, dentro de éste, al periodístico. Y esta última es, precisamente, la más atípica, como creo que dicen médicos y congéneres, la menos representativa de una situación que, aunque muy diferenciada, tiene muchos rasgos comunes. Si no en el lingüístico, al menos en el aspecto jurídico.

Entre los rasgos diferenciales, no nos interesan directamente, ya que sólo se tocan manifestaciones escritas y escritos de carácter periódico, el número de hablantes, la extensión territorial, el grado de implantación o el nivel de competencia con la lengua oficial. Por lo tanto, aunque tengo opiniones propias -mejor o peor fundadas- sobre éstas y otras materias, puedo aplazar su expresión *ad kalendas Graecas*.

Quisiera, sin embargo, introducir aquí unas breves con sideraciones *pro domo*, que nada tienen que ver con mi condición de vasco, condición que ejerzo desde mi ya lejana juventud. No. Hablo ahora como historicista (y, por ello mismo, comparatista) en lingüística, modesto heredero de la gloriosa tradición neogramática. Acaso esto no sea superfluo en un momento en que la lingüística histórica en general y la comparativa en particular pare

(4) Véase Ramón Piñeiro, "Carta a don Manuel Rodrigues Lapa", *Grial*, núm. 42 (outubro-diciembre 1973), 389-402, discusión más amistosa que polémica, en la que ha mediado Joan Coromines, "Sobre a unificación ortográfica galego-portuguesa", *ibid.*, núm. 53, 277-282.

cen estar en baja, si no han alcanzado niveles ruinosos, en el mercado español y acaso en algún otro (5), ya que no en el norteamericano ni en el soviético.

Ahora bien, el parentesco genético entre lenguas -o el aislamiento, como contrapartida- no es algo, como trataré de mostrar, que tiene a lo sumo un interés teórico, al cual hay que añadir ineludiblemente un cierto poder explicativo en relación con las luces de la historia y las sombras de la prehistoria. Posee, además, un valor práctico muy estimable. En contra de lo que con alguna frecuencia se trata de sugerir, no es sólo lo que técnicamente se llama afinidad, el resultado de la aculturación por contacto, lo que pesa en la vida y en la muerte de las lenguas. También los orígenes, aunque no sean bélicos, pesan todavía en su destino.

Entre nosotros, es sabido que, mientras gallego y catalán son lenguas románicas -o, en terminología más figurativa, primos hermanos del castellano, del francés o del occitano (6), por limitarnos a los ejemplos más próximos en el espacio, la lengua vasca, pese a declaraciones recientes demasiado divulgadas, vive en un espléndido aislamiento, posición tan distinguida como incó-

(5) Es curioso que nuestros innumerables marxistas no parezcan caer en la cuenta de que el pensamiento de Marx, al menos para Karl P. Popper y otros, era, por decirlo de alguna manera, incurablemente historicista. Esto es todavía más cierto por lo que se refiere a Engels, que entendía bastante más de lingüística que algunos profesionales contemporáneos (*y de remilitari* más que muchos altos jefes).

(6) Dejo en manos de los gallegos la tarea de delimitar, aun por vía de metáfora, su parentesco lingüístico, más estrecho que éste, con portugueses y brasileños.

moda. Este aislamiento genético, y glosó aquí un texto propio aún inédito (7), nada tiene de excepcional en el conjunto de las lenguas conocidas, antiguas y modernas, pero es un hecho único en la Europa actual, hasta el Cáucaso y los Urales, así como en el norte de Africa. Al vasco no solamente le faltan parientes románicos próximos, sino también allegados indoeuropeos más remotos. En otras palabras, y sin salirnos de Europa, es extraño, en sentido genético, no sólo a las lenguas románicas, sino también a las germánicas y a las eslavas. Está más aislado, incluso, que el albanés en los Balcanes o, más cerca que el bretón en Francia o el galés en la Gran Bretaña que, aunque célticos, son idiomas inconfundiblemente indoeuropeos.

En el caso vasco, el aislamiento ha jugado, a la vez en favor y en contra de la lengua. Por su carácter "extraño" -no extraño en sí, sino en relación con las vecinas- podía haber sido suplantada por otra lengua: dentro de lo que sabemos de historia lingüística, el candidato más plausible ha sido el latín. No cabía, por el contrario, ni cabe todavía, que el vasco se confundiera con ellas, por pérdida y adquisición -como diría acaso V. Pisanode isoglosas. Pero, al mismo tiempo, el aislamiento le ha sido enemigo despiadado en cuanto que ha hecho difícil su empleo como lengua escrita, primero, y ha entorpecido después su cultivo, por falta de apoyo exterior.

Su caso no es, pues, comparable, pongo por ejemplo, al de algunas lenguas románicas que, por más que hayan estado aisladas geográficamente como el rumano, siempre han contado con modelos, extranjeros pero no extraños, con cuya ayuda han podido defenderse y hasta recobrar el terreno perdido en épocas de dejadez. Y, aunque se oye o lee con frecuencia que el cincuenta por ciento

(7) Este y otros trabajos salen ahora en el primer volumen del *Libro blanco del euskera*, preparado por Siadeco y la Academia de la Lengua Vasca, que sale ahora en dos lenguas, publicado por la Caja Laboral Popular.

(o el setenta y cinco, o cifras todavía más elevadas) del léxico vasco es de procedencia latinorománica, cálculos cuyos fundamentos nadie se cuida de explicar, sigue siendo un hecho insoslayable que, por suerte o por desgracia, el vasco es hoy día una lengua decididamente no románica.

Es que, si vamos al fondo de las cosas, no se trata de un punto o puntillo teórico que sólo podría afectar al autor de un diccionario etimológico, ya que no es cuestión de palabras, sino de gramática en el sentido más amplio, incluida la sintaxis, si consideramos ésta como *finis grammaticae* y no como una de sus partes. Cualquiera que sepa razonablemente bien castellano puede acceder sin mayor trabajo a la comprensión de los demás romances peninsulares -e incluyo aquí de lleno al portugués-, al menos en su forma escrita. Muy de otra manera, el vasco, hasta el vasco escrito (cuasi-) normalizado de hoy -"romanizado", además, según algunos de sus detractores-, no es comprensible ni para el mejor especialista en lingüística románica, sin una iniciación especial y más bien larga. El nombre de Hugo Schuchardt no tiene demasiados compañeros de lista.

Para probarlo, bastaría un ejemplo entre mil, y el que sigue es tan bueno como cualquier otro. La revista *Galeuzca (Galizia-Euskadi-Catalunya)*, que apareció en Buenos Aires entre agosto de 1945 y julio de 1946 (reimpresión ahora por Leopoldo Zugaza, Durango, 1977), sólo emplea, si no estoy muy equivocado, lo que algunos colaboradores de *Por Favor* llamarían, con perdón, "la lengua del Imperio". Saltan a la vista los motivos suficientes que justificaban esa política: el castellano, *Koiné* de la emigración republicana, era además válida para argentinos y otros lectores americanos, lo mismo que, si se quiere, para Jean Cassou y los hispanistas de afición o profesión.

Creo, sin embargo, que, al lado de estas razones en cierto modo externas, pesaron otras, de cortesía interna, y pesaron además de un modo decisivo. Así, Alfonso R. Castelao o Joa-

quín Xirau sabían que gallego o catalán eran lenguas en principio abiertas, si se prescinde de pequeños tropiezos y de la pérdida de algunos matices, mientras que Ildefonso Gurruchaga o Vicente de Amezaga, traductor de euskera del *Discours de la méthode* entre otras obras, sabían que lo que saliera de su pluma había de resultar ininteligible, salvo alguna excepción punto menos que milagrosa, para todos los colaboradores no vascos de la revista. Y, dado que catalanes y gallegos no podían prevalerse de la ventaja en cierto modo injusta que el azar de su "romanismo" les daba sobre los vascos, se llegó al acuerdo, más efectivo por tácito, de emplear una lengua común, que no era la de ninguno de los tres grupos.

Lo indicado basta y sobra para mostrar lo que el caso vasco tiene de específico y, por ello mismo, de no generalizable. Lo cual, unido a mi falta de conocimientos especializados en otros campos, hace que, por una elemental prudencia, vaya a limitarme a presentar de la forma más esquemática el orden en que se van dando en el tiempo las publicaciones en lengua vasca. Fuera de esto, me limitaré a señalar que la lengua vasca -en contraste, por lo que tengo entendido, con el gallego- tiene, a partir del período post-tridentino, una sólida implantación en la Iglesia, tanto en lo que se refiere a la predicación como a las publicaciones, implantación cuyas consecuencias son visibles hoy mismo. Naturalmente, no se podía pensar ni aun soñar, en un espacio católico, en una liturgia en lengua local, como se ha dado en Gales, etc.

Esta influencia se nota, por ejemplo, en el papel defensivo que asume el empleo de la lengua, ya desde las obras labortanas del siglo XVII, cuyo antecedente está en la reforma *in genere*, pero también en las versiones calvinistas de Leizarraga (La Rochelle, 1571). Aun sin un exceso de suspicacia, se cree observar esta misma reacción defensiva en bastantes otras ocasiones posteriores: frente a la Ilustración, al liberalismo, al socialismo, etc. Para el último me remito sólo a la respuesta civilizada de los textos vascos publicados por AVASC o *Gizarte-auzia* ("La

cuestión social") de Eguzkitza, que vio la luz en 1935. De todos modos, por decirlo de la forma más gráfica posible, Vilinch, a quien se supone más o menos liberal, no es un radical como Curros, y Mosén Cinto, aunque llevara sotana, es mucho menos clerical que Txomin Aguirre en su obra.

En nuestro caso, y volviendo a lo apuntado arriba, el orden de aparición viene a ser el siguiente:

- a) El libro, publicación aislada, aunque sea de muy pocas páginas.
- b) El "anuario", cuya periodicidad puede ser más frecuente. El primero entre nosotros fue, al parecer, *Escualdun laborarien adiskidea* ("El amigo de los labradores vascos"), que se debe al abbé Etcheverry de Ustaritz y vio la primera luz en 1848. Tal vez la fecha se deba a una casualidad, pero eso no es demasiado probable. (8)
- c) La revista "literaria" o "cultural", que sale cada mes o a intervalos aún mayores.
- d) El semanario, *cover term* que cubre también las revistas quincenales.
- e) El diario.

Sólo se tendrán en cuenta, al menos en principio, aquellas publicaciones en que la lengua vasca es vehículo único o, al

(8) Para subrayar la improbabilidad, obsérvese el curioso paralelismo con que, después de 1868 y de 1931, aparecen Manterola (véase Vicente Garmendia, *Vicente Manterola, canónigo, diputado y conspirador carlista*, Vitoria, Institución "Sancho el Sabio", 1975) y Antonio Pildain, también canónigo por entonces. Ambos coinciden en no ser ni carlistas ni nacionalistas vascos, sino, en el fondo de sus corazones, integristas a lo Oriol, diríamos ahora, o a lo "Operación Reconquista".

menos, dominante, aunque se diría que este último caso es muy poco frecuente. En revistas, el bilingüismo varía dentro de muy amplios límites que van de un máximo vasco en *Euskal-erría* o *Yakintza* a un mínimo en *Hermes* (9), sin contar las publicaciones que por razones de principio, generalmente tácitas, no han admitido una línea en lengua vasca.

Hay que añadir, para perfilar la imagen, que algunos diarios (en Bilbao, en Pamplona, en San Sebastián) tenían una sección o página vasca, o admitían al menos originales en esa lengua. Esto lo inicia probablemente el diario *Euskadi* (Bilbao, 1913) que contrató a un escritor conocido, Evaristo de Bustinza, como director de la sección.

Un observador sin mayores ilusiones tiene que caer en la cuenta, sin embargo, de que, aun en estos casos favorables, minoritarios en el conjunto de los diarios, se trata de diglosia, en la acepción en que el término suele emplearse hoy entre nosotros, más que de bilingüismo. Más que del mero predominio cuantitativo de una lengua sobre otra, se trata de la distribución de papeles entre ellas: la lengua local tiene una función subordinada y complementaria, manifiesta ya en el espacio que se le concede. La "página vasca" (*Euskal orria*, etc.) es una sección aparte, situada a menudo en página interior. Constituye, en otras palabras, una especie de ghetto en que estaban encerradas materias menos importantes, marginales, escritas por autores de menor consideración etc.

Debió de ser *El Día* de San Sebastián (1930-1936) el primero que, por influencia de José de Ariztimuño, rompió con es-

(9) Hay un estudio de J.-C. Mainer, *Regionalismo, burguesía y cultura*, Barcelona, A. Redondo, 1974, p. 125 ss., que parece un intento (de dos) de aplicar una especie de pauta previa, válida para el autor siempre que se pueda hablar de burguesía.

ta costumbre: bastantes artículos en lengua vasca aparecieron fuera de la judería, hasta en primera página. Eran, con todo, artículos de tema cultural en relación con la atención preferente que *El Día* concedía a la literatura en lengua vasca y en particular a la poesía, como modalidad más cultivada por entonces. Las noticias, como habrá pensado alguno, venían exclusivamente en castellano, a no ser que fueran estrictamente locales.

Por reducirnos ya a la prensa unilingüe, la situación anterior a julio de 1936 se puede resumir diciendo que entre nosotros la fase d), el semanario, sólo se había alcanzado en 1921 con *Argia* ("La luz") en San Sebastián, cuando en Bayona *Eskualduna* había nacido ya como respuesta inmediata al bilingüe izquierdista (estar a la izquierda es siempre algo relativo a lo que está a la derecha) *Le réveil basque*, 1886 (10).

Había, pues, un semanario, que duró hasta 1936, además de revistas religiosas como *Zeruko Argia* o *Jaungoiko-zale*. Diario no lo hubo más que en la guerra misma en que *Eguna* ("El Día") se publica en Bilbao (1936-37), es decir, hasta el discurso del nuevo alcalde.

El final de la guerra para nosotros (o, más exactamente, el fin oficial de las hostilidades anunciado en un parte famoso), supuso para el vascuence una situación *de iure* y *de facto* no muy distinta de la que disfrutaron o padecieron el catalán y el gallego. El fin mínimo a que aspiraba la política oficial era la desaparición de toda publicación impresa en lengua no castellana, con lo que no sobreviven más que los impresos clandestinos, editados dentro o fuera. Y téngase en cuenta que nos hallábamos en una

(10) *Eskualduna* sobrevivió a la ocupación, pero no a la liberación. Entonces fue sustituido por *Herria* ("El País"), que si gue publicándose hoy.

situación peor, si cabe, que los catalanes, que contaban al menos con gente catalanista, en sentido cultural y hasta político, que no perdió, sino que ganó, la guerra. Joan Estelrich, etc., no tienen paralelo vasco.

De cualquier modo, y sean cuales fueren los destrozos que a partir de entonces se han seguido causando ininterrumpidamente durante 40 años, el hecho curioso es que este intervalo, y me atengo exclusivamente al uso escrito de la lengua, parece haber mejorado su condición antes que empeorarla.

Ya el nacimiento de *Euzko-Gogoa* en Guatemala señala una nueva época, puesto que es la primera revista no religiosa, de carácter literario, escrita exclusivamente en lengua vasca que alcanza una cierta elevación, con colaboración abundante y variada. Sus precedentes, mucho más modestos, están en *Euskalzaile* (1879-99) e *Ibaizabal* (1902-3) obra de don Resurrección M^a. de Azkue. Más tarde vio la luz también en Bilbao *Euzko-Deya*, revista apenas estudiada, de contenido definidamente político, cuya segunda época empieza en 1921.

En el país mismo, *Egan*, pensado como revista bilingüe (entre sus fundadores o colaboradores están J.M. de Azaola, M. Ciriquiáin-Gaiztarro, Gabriel Celaya, Luis Martín Santos, Blas de Otero, etc.), sale sólo en euskera desde 1954, al arrimo de los Amigos del País y de la Diputación de Guipúzcoa. Las que siguen, *Jakin* y *Olerti* ("Poesía"), nacen a la sombra de conventos o de órdenes religiosas, sin que por ello tengan nada que ver en cuanto a orientación con las revistas que pudieron publicar las mismas u otras órdenes religiosas.

Una de las muchas paradojas de lo que se ha dado en llamar "nacional-catolicismo" permitió, aunque no sin un largo y difícil forcejeo, el resultado curioso de que, a medida que la cultura se iba secularizando en el País Vasco, se tuvieran que buscar nuevos órganos de expresión, que habrían tropezado, de in-

tentar crearlos de nueva planta, con obstáculos administrativos (11) invencibles en antiguas o nuevas revistas religiosas que se iban adaptando a nuevos usos. Así ha ocurrido con *Zeruko Argia* ("Luz del Cielo"), la más antigua por su origen remoto y capuchino, *Anaitasuna*, que fue "Hermandad" franciscana y no "Fraternité" revolucionaria, o *Goiz-Argi* ("Luz de lo Alto"), que hoy son revistas ante todo políticas, semanales y alguna quincenal. Fue una excepción *Agur*, ya desaparecida, que nació como subproducto de "La Gran Enciclopedia Vasca" de Martín de Retana.

Se consiguió, pues, al fin, y se mantuvo, frente a la tenaz resistencia de siniestros delegados de Información y Turismo, apoyados por moros leales, la posibilidad, si no el derecho, a convertirse en periódicos de información general. El resultado último es que hoy contamos con una prensa periódica en lengua vasca que, en conjunto, no admite comparación con su precedente de anteguerra. La mejor manera de compendiar las diferencias sería un paralelo, al que se presta la casi coincidencia en los nombres, entre *Argia* semanario de antaño y *Zeruko Argia* de hogaño, en el que resaltarían aspectos como los siguientes:

- 1) Este último, aun siendo "celestial" de título es laico respecto a *Argia*, cuya luz no llevaba aditamentos. No es que se eviten, si se tercia, los temas religiosos, pero no constituyen, ni mucho menos, el elemento central de la revista. *Politique d'abord* podría servir de lema a esta prensa de ahora, aunque la política no sea siempre del mismo color y se entienda en sentido muy amplio.

(11) Digo administrativos, porque una de las características de un sistema como el que hemos padecido, y seguimos todavía padeciendo, es que no hay distinción válida, que se pueda invocar ante un tribunal, entre legal e ilegal. Es legal lo que la Administración define como tal.

- 2) *Argia*, aunque iba cambiando en forma y contenido en los años inmediatamente anteriores a 1936, era, en el fondo, un suplemento de diarios escritos en castellano: de diarios y hasta de semanarios políticos. Concedía, pues, una atención preferente, casi exclusiva, a la vida local, al campo y a la pesca, etc., sin olvidar la formación religiosa del lector. No daba o comentaba información española o internacional, que podía hallarse en la otra prensa. Hoy, por el contrario, el periódico en lengua vasca tiene que ocuparse de todo, sea próximo o lejano, hecho que, más que posible, se ha vuelto necesario por la inexistencia de periódicos en castellano, "inexistencia" cuya significación trato más adelante de precisar.
- 3) Quien más quien menos, ha conseguido, aunque con medios muy modestos, dar a la publicación un formato adecuado en lo posible, con secciones fijas, etc.
- 4) Se tiende a prescindir de la colaboración ocasional, de aluvión, antes básica, y se cuenta con algún personal fijo. Parece que se intenta evitar el pluriempleo de que habla Ibon Sarasola: el escritor en lengua vasca, aun cuando fuera de hecho periodista, tenía que vivir de otro trabajo.
- 5) El antiguo predominio del clérigo sobre el seglar, sobre todo en la parte más "cultura" o "elevada", menos popular o rural, del periódico, ha desaparecido hoy. Claro que, si se ha de decir toda la verdad, el seglar de hoy, al menos el dedicado a tareas intelectuales, no deja de ser muy a menudo un "ex": ex-religioso, ex-sacerdote, ex-seminarista, ex-novicio. De aquí el riesgo, que ya ha sido señalado, de un nuevo clericalismo *à rebours*.

Es claro que el entusiasmo y el desinterés de algunos

hasta de muchos, no basta para explicar este cambio que ha de ser interpretado, en general, como una mejora. Ha contribuido a ello un cierto progreso cultural, definible como una ampliación de intereses: el mundo se hace más pequeño cada día, lo lejano nos toca de cerca, vemos que campos que antes parecían estancos se comunican estrechamente por muy diferentes canales, etc.

Pero todo esto de poco habría servido si esa prensa en lengua vasca no hubiera hallado un vacío, aunque no pudiera colmarlo. He dicho antes que, al menos hasta hace muy poco tiempo, no había prensa diaria en el País, porque lo que había, y hay, era, a pesar de los derroches de papel, una auténtica vergüenza pública. Además, de ser mudos, perros mudos, tenían como misión de sus amos amordazar a los demás. Encima de la mudez obligada de toda la prensa española durante el período que todos sabemos, nada podía publicarse en nuestro país que pusiera a la opinión sobre aviso acerca de influencias omnipresentes y subterráneas. Esto se conseguía con esquelas, ecos de sociedad y, para los vascófilos, deporte rural, folklore y arqueología. Exceptuaría de esta condenación a *El Diario de Navarra* con cuya línea política, dicho sea de paso, tengo muy poco en común.

A esto se reduce el temor, justificado en apariencia, que se está manifestando en las revistas vascas. A medida que el vacío se vaya llenando con semanarios y diarios bilingües (y bilingüe aquí, repito, significa predominio castellano o, como en *Enbata*, francés), las publicaciones en euskera no sólo perderán lectores, sino también algunos de sus mejores redactores, atraídos por retribuciones más altas.

Con todo, estas previsiones que encontraban apoyo en el hecho de *Goiz-Argi*, dando el primer paso atrás, se convertía de unilingüe en bilingüe (aunque con excepcional predominio vasco), no se han cumplido todavía. Hay, además, un síntoma curioso, difícil todavía de interpretar. Han aparecido ya dos semanarios bilingües, *Garaia* y *Berriak*, además del navarro *Punto y Hora de*

Euskal Herria, pero, aunque uno y otro contaban a priori con un importante apoyo popular, han tenido que cerrarse, acaso sólo por errores de planteamiento económico. No subsiste más que el primero con fecha y tercero en nuestra enumeración, antes quincenal y hoy semanal, independiente (lo que en nuestro contexto significa *abertzale* no partidista, tirando a la izquierda), el que de antemano habría parecido menos apto para sobrevivir.

Queda por ver si, cuando aparezcan los diarios ya enunciados, *Egin*, izquierda, y *Deia*, centro, bilingües, cambia la situación. Mi impresión personal es que, lejos de ello, la prensa en lengua vasca, al menos a nivel de semanario, ha adquirido ya una autonomía que le permitirá sostener cualquier competencia en el futuro inmediato y hasta mejorar sus posiciones. Lo que le está favoreciendo es el aumento del lector vasco: no el de la gente que habla y entiende la lengua oral, sino el de los "alfabetizados" que son capaces de leer en ese idioma y de sacar sentido de lo que leen. Incluso un diario (el *Erria* de que se ha hablado muchas veces parece una serpiente mar) unilingüe podría no ser una empresa necesariamente ruinosa.

Terminaré con unas consideraciones de orden lingüístico, necesarias en este contexto, y que hubiera multiplicado con gusto y sin trabajo, a no ser porque la explicación más somera de una situación compleja y mal conocida exigía una prolija introducción. El periódico, como el libro, necesita, además de tantas otras condiciones, de un tipo de lengua fijado (normalizado) y, en lo posible, unificado. Necesita disponer, además, y entramos en cierta manera en la *Textlinguistik*, de un elenco de modos de narrar, de describir, de comentar, etc., que permita realizar el quehacer periodístico con un mínimo de problemas y, como consecuencia, con un mínimo de improvisaciones. Estos problemas de "estilo" sólo pueden resolverse, y se están resolviendo, sobre la marcha. El establecimiento del tipo standard de lengua obliga, por el contrario, a una elección racional previa, basada en criterios objetivos en lo posible, que evite, dentro de un dominio di-

ridido dialectalmente, el *émiettement* o *éparpillement* de las variedades y hasta de los usos individuales (vamos, de los idiolectos, que no suelen ser unitarios).

La situación, lejos de mejorar, había ido empeorando a partir, al menos de 1880 y, sobre todo, después de 1900, a medida que se iba perdiendo la cohesión que mantenían las normas tradicionales, que no dejaban de ser normas por ser solamente dialectales o regionales. La Academia de la Lengua Vasca, fundada en 1918 con el principal objeto de establecer un modelo de lengua unificada, fue inoperante en este y otros sentidos. Más precisamente, fue inoperante en casi todo lo que se refería a decisiones de orden práctico, que se aplazaban en espera de una unanimidad imposible. El *gipuzkera osotua* de Azkue fue una muy importante tentativa personal que no alcanzó oficialidad alguna ni tuvo demasiados seguidores. La tentativa anterior de Arana-Goiri fuera de ortografía, se limitaba al vizcaíno. Pero sus puntos de vista radicales, en lo tocante a pureza léxica, pensadas para la totalidad de la lengua y no para una de sus variedades, seguían siendo un motivo de discordia, aunque cada vez menos virulenta, en 1936.

Después de la guerra, la Academia se encontró con que era, en medio de las ruinas, la única institución vasca que se extendía, por su naturaleza y composición, a la totalidad del País, uno y otro lado de la frontera. Además de esto, se encontró con que aquí, al no tener personalidad legal alguna, era una especie de entidad clandestina, tolerada o acaso mejor ignorada en el sentido inglés de la palabra.

Pero, en cuanto consiguió una cierta libertad de movimientos, la Academia, ante la gravedad de la situación, se vio obligada a pronunciarse sobre cuestiones centrales cuya resolución no admitía demora. Así en una muy controvertida -durante muy poco tiempo- declaración sobre el léxico en la que sólo se admitía lo que los carlistas en un tiempo llamaban la "legitimidad de ejercicio", frente a la "legitimidad de origen", título único pa-

ra los puristas.

Y, por fin, movida por necesidades urgentes (texto para la enseñanza, por ejemplo) y acosada por un amplio movimiento de escritores más jóvenes, la Academia dio en Aránzazu en 1968, a los cincuenta años de su fundación, el primer paso importante en el camino para establecer una forma unificada de la lengua escrita. Y, aunque la orientación allí tomada no carece de virulentos detractores, circunstancia lamentable pero imposible de evitar, ha tenido una acogida hasta inesperadamente buena en el conjunto del país.

Como soy parte interesada, me limitaré a señalar escuetamente algunos aspectos del proyecto en marcha que no siempre son conocidos por los no iniciados, que son también los no combatientes:

1. El llamado *batua* ("unificado") no es una creación libre o caprichosa. Tiene una base dialectal bien definida, central-oriental, guipuzcoano-navarro-labortana.
2. Se puede decir que preexistía a su explicitación sobre el papel, porque venía siendo usada ya, con ligeras variantes, por muchos escritores actuales. Tiene también el apoyo de autores clásicos, labortanos como Axular, navarros como Mendiburu y guipuzcoanos como Larramendi, sobre todo. Y no es que se desprecie a vizcaínos o suletinos, pero la forma de lengua elegida los deja por necesidad en una situación marginal.
3. No es que hayan proscrito los dialectos, que pueden tener su campo propio de empleo. Lo que se ha decidido es que no bastan: que junto a ellos debe haber, para ciertos usos, una forma *standard* de la lengua.

De hecho, y a pesar de todas las disputas, hay un notable acuerdo en la lengua empleada por todas las publicaciones pe-

riódicas en euskera a que me he referido: tipo de lenguaje, léxico, sintaxis. Los desacuerdos se limitan sobre todo a detalles, alguno de mayor entidad, por muy visible. Pero la coincidencia en la profundidad es por lo menos tan importante como la variedad en los detalles superficiales.

BIBLIOGRAFIA

Me limito a mencionar aquí un puñado de obras, ninguna de las cuales está escrita en lengua vasca, muy recientes en general, en las cuales podrá el interesado encontrar sin dificultad la bibliografía que podríamos llamar clásica.

Para generalidades:

José Miguel de Azaola, *Vasconia y su destino*, Madrid, Rev. de Occidente, que trata en especial de la lengua en II, 1 (1976), p. 86 ss.

Jacques Allières, *Les Basques*, P.U.F. ("Que sais-je", núm. 1668), 1977.

Para cuestiones más específicas y actuales, pueden verse:

Luis C- Núñez, *Opresión y defensa del euskera*, San Sebastián, Txertoa, 1977.

Ibon Sarasola, *Historia social de la literatura vasca*, Madrid, Akal, 1976 (traducción puesta al día del original vasco de 1971).

En qué consistía, en un primer momento, el proyecto de establecer una variedad normalizada de la lengua para ciertos usos

está explicado (está defendido, pero, ante todo, está explicado) en:

Fr. Luis Villasante, O.F.M., *Hacia la lengua literaria común*, Oñate, Ed. Franciscana Aranzazu, 1970. El padre Villasante es, desde hace años, presidente de la Academia de la Lengua Vasca.

Finalmente sobre periodismo en el País Vasco, sólo puedo citar una obra reciente:

Alfonso C. Sáiz Valdivielso, *Triunfo y tragedia del periodismo vasco (1900-1939)*, Madrid, Editora Nacional (sic!!), 1977. Se trata de una obra interesante, rebotante de anécdotas, nada sistemática y de muy poco valor en el aspecto que en esta ponencia se toca. Según don Ricardo de la Cierva, prologuista no tan inesperado, se trata de "un libro sorprendente". Lo es, sin duda, pero acaso no por las razones que ahí se apuntan.

III

RESPONSABILIDAD SOCIAL DEL LENGUAJE PERIODISTICO

por

Robert Escarpit

*Presidente de la Universidad de Burdeos 3
y colaborador de "Le Monde"*



Se puede admitir que el papel fundamental del periodismo es difundir informaciones. Así por lo menos lo define el sentido común. La consecuencia de tal definición es que la calidad principal del lenguaje periodístico tiene que ser su eficacia in-formativa.

Lo malo es que cuando hemos dicho eso, no hemos dicho nada más de lo que decían los médicos de Molière cuando afirmaban que el opio hace dormir porque tiene en él una virtud dormitiva.

Primero se necesita tener en cuenta la clase de lenguaje que se emplea en el periodismo. La prensa propiamente dicha se expresa a través de un lenguaje escrito, mientras la prensa radiofónica se expresa a través de la palabra hablada y la prensa televisiva a través de una mezcla de imágenes que ya no constituyen un verdadero lenguaje y de palabras a veces escritas pero en general habladas.

Esto quiere decir que en el primer caso se trata de un lenguaje de trazos fijos produciendo textos, en el segundo de un lenguaje de sonidos produciendo discursos y en el tercero de un lenguaje mixto en el cual la asociación del lenguaje de sonidos a secuencias de imágenes produce un discurso fono-icónico.

En realidad las cosas son aún más complicadas, ya que no existen, en ningún medio de comunicación, situaciones enteramente puras correspondiendo a una tipología absolutamente rigurosa. Es evidente que la televisión, a pesar de fundar su continuidad sobre la secuencia de imágenes, utiliza también el discurso fónico solo, en casos, por ejemplo, de comentarios fuera de campo sin el apoyo de una imagen pertinente; así como el texto cuando la pantalla sirve de soporte a la escritura para un anuncio o un comunicado. Es evidente igualmente que la radio, aunque fundamentalmente auditiva, puede reproducir textos cuando, por ejemplo, se lee al micrófono un aviso sin ninguna improvisación de parte del locutor.

Cabe decir que la influencia de la escritura en la radio es menor que en la televisión. Si tuviésemos que esbozar algo como una tipología de los medios de comunicación empleados por el periodismo, tendríamos que definir la prensa escrita y la prensa radiofónica como dos polos opuestos entre los cuales la televisión está buscando una situación intermedia que todavía no ha logrado encontrar.

Aunque nuestro tema sea la prensa escrita, era necesario aclarar estos puntos porque, como he dicho, en la comunicación nada es sencillo, nada es único. No podemos entender las responsabilidades del lenguaje de la prensa escrita si no nos referimos al ambiente informativo de esa misma prensa en el mundo actual. La prensa, incluso escrita, del siglo de la radio y de la televisión no usa el mismo lenguaje que la de los siglos anteriores, ni lo usa con el mismo concepto de su papel.

La escritura que hace medio siglo era prácticamente el único medio de difusión de la información, ahora no es más que uno entre muchos otros y los varios lenguajes periodísticos tienen una infinidad de formas. La que llamo un lenguaje de trazos, es decir la escritura, es un tema ya bastante amplio para ocuparnos algunos minutos.

Me permitiré recordar los rasgos esenciales de la escritura como medio de comunicación. El más importante es que la escritura es un sistema complejo en el cual funcionan separadamente, aunque con influencia mutua, tres distintos canales de comunicación, cada uno teniendo su finalidad propia.

Primero, la escritura es la codificación de la palabra en un código de trazos. Esa codificación permite pasar del canal acústico al canal óptico, de manera que se aprovecha una propiedad del signo óptico que, hasta fines del siglo pasado, no posea el signo acústico y que aún ahora goza solamente en forma parcial; es decir, la estabilidad en el tiempo. La grabación, en nuestros tiempos, permite conservar el signo acústico con menos disponibilidad que la escritura, pero en forma bastante satisfactoria cuando se trata de archivar la información. Hasta Edison eso fué un antiguo sueño de la humanidad y hasta cierto punto se puede decir que la escritura sirvió, entre otras cosas, como una especie de sistema de grabación de las palabras. Los primeros documentos escritos fueron grabados en piedra, sólo que lo que se grababa no eran sonidos, sino representaciones de objetos o símbolos. La codificación de los signos acústicos en trazos no funcionó en forma más o menos satisfactoria hasta la aparición bastante tardía de las escrituras fonéticas, sean silábicas o mejor alfabéticas. Al contrario de la grabación mecánica, la codificación de la palabra por la escritura no tiene ni mucha fidelidad ni mucha fiabilidad, y su rendimiento depende de los idiomas. En el caso del castellano, por ejemplo, la codificación escritural es casi perfecta, mientras que en inglés el código es fantásticamente polisémico, lo que, para un código, es un pecado mortal. Por ejemplo el trazo compuesto de las letras O U G H corresponde en inglés a nueve fonemas distintos. También hay el caso señalado por Bernard Shaw cuando explicaba que la palabra *fish* se debía escribir *ghoti*, ya que GH se pronuncia *f* como en *enough*, O se pronuncia *i* como en *women* y TI se pronuncia *sh* como en *nation*.

Dejándonos de chistes, se puede admitir que la primera

función de la escritura es reproducir un discurso, es decir una secuencia significativa de sonidos o, mejor dicho, de fonemas. Llamaremos a esa función la *función discursiva* de la escritura. Quiere decir que un periodista que escribe en un periódico es ante todo un locutor diferido que se dirige a una audiencia ausente. Su lenguaje entonces tiene que presentar una de las características de la conversación directa, lo que se puede también expresar diciendo que existe una retórica periodística. Una consecuencia es que el periodista tiene la responsabilidad básica de toda persona que hace uso de una retórica: el poder de manipulación. Ese poder lo tiene aún más y con más impunidad ya que no se trata de una conversación, sino de un monólogo. Un oyente siempre puede reaccionar, aunque fuera sólo con su mirada o su actitud. Los lectores no disponen de otro canal de contestación que del correo o a veces del teléfono, y conocemos todos la ínfima capacidad de esos canales.

No se limita a eso la responsabilidad del periodista. La codificación del discurso no es la única función de la escritura. También es una memoria informática, es decir un dispositivo material permitiendo fijar y luego recuperar un sinnúmero de informaciones que la naturaleza eminentemente efímera del discurso oral dejaría escapar. Es lo que llamo la *función documental* de la escritura. Aparte de ser la forma visible de discursos, un periódico es una memoria cuyo contenido se puede analizar aislando los datos más pertinentes, seleccionándolos y combinándolos a veces con tijeras y goma. Una revista de prensa no es más que una explotación informativa del documento periodístico. No todos los lectores preparan revistas de prensa, pero es evidente que rara vez se lee el periódico como se oye un discurso, o más sencillamente como se leen un poema o una novela. Más bien se lee el periódico como se explora una memoria, buscando lo que tiene alguna pertinencia con las preocupaciones del lector. Así es que el lenguaje periodístico tiene otra exigencia aparte de la retórica ya señalada: es la eficacia informativa. Eso supone primero que sea lo menos redundante posible, segundo que sea compatible con las preocupa-

ciones del lector, que se adelante a sus preguntas. Ambas exigencias pueden parecer enteramente contradictorias con la exigencia retórica, ya que la retórica normalmente recurre a la redundancia como manera de proteger el sentido del discurso contra los errores de percepción, contra las limitaciones de la memoria auditiva, y, lo que resulta aún más grave, contra las interpretaciones introducidas por la manera de pensar de cada lector individual.

Simplificando en forma extrema, se podría decir que la función discursiva se refiere ante todo a la comunicación misma como medio de influencia, mientras la función documental se refiere principalmente al tratamiento de la información.

Esto quiere decir que el lenguaje periodístico, aparte de la responsabilidad de manipulación retórica que comparte con cualquier otro lenguaje, tiene una responsabilidad específica de la escritura y la tiene en el más alto grado: es que abastece al público de la materia prima de la información. Aquí se precisa introducir una distinción entre las noticias y la información. Es verdad que empleamos a veces la palabra "informaciones" como sinónimo de "noticias", pero eso es un abuso de lenguaje. Una noticia es la relación de un acontecimiento. La información es lo que el lector saca de la relación. Claro es que el nivel de formulación de la noticia condiciona el tratamiento que recibirá en la mente del lector. Esa formulación puede ser cerrada y obligar a un tratamiento estereotipado, o bien puede ser lo más abierta posible y dejar lugar a una gran libertad de interpretación. La llamada objetividad, que consiste en dar todos los hechos, es un engaño. Lo es, primero, porque nadie podrá nunca dar todos los hechos en las páginas de un periódico que no tiene ni de lejos la capacidad de un ordenador. Siempre habrá un "portero", un "gate-keeper". Pero también es un engaño pretender dar todos los hechos porque simplemente no basta: lo esencial es *cómo* se dan los hechos, *cómo* se relatan los acontecimientos. Hay un viejo chiste inglés según el cual un día que un temporal había interrumpido el tráfico aéreo y marítimo en el canal de la Mancha, los periódicos de Londres titu

laban "*El Continente aislado*". El hecho era enteramente verdadero pero la noticia quedaba completamente ocultada por el antiguo estereotipo del insularismo británico que constituía la verdadera información. Se puede fácilmente imaginar lo que da tal fenómeno en un contexto político.

Pero esto no es todo. El texto tiene aún otra función que tal vez es la más primitiva y la más determinante. Una escritura se compone de trazos, y un trazo, al fin y al cabo, no es más que un dibujo, es decir una imagen fija, una icona. Hasta que aprenda a leer, un niño que hojea un libro ilustrado no ve en el texto nada más que una ilustración entre otras, una imagen entre otras. La diferencia es que es una imagen que se le resiste, no se deja interpretar como se dejan interpretar, más o menos fácilmente, las demás ilustraciones propiamente dichas. Es esa resistencia, que crea en él la frustración y despierta la afresividad, la que produce en él el deseo de leer. También para el lector adulto, el texto es una imagen. Claro es que ese aspecto es secundario en la lectura de un libro literario, aunque nunca queda enteramente negligible. Poetas como Mallarmé o Apollinaire han utilizado varias veces el texto poético como dibujo o, por lo menos, como caligrafía. En ciertos casos de nuestra vida cotidiana la imagen del texto forma parte integrante y esencial del mensaje escrito: es el caso del cartel, es también el caso del periódico. Una plana de periódico es una imagen compleja, una icona, que significa, no sólo por el contenido fónico o informativo de las palabras que figuran en ella, sino también por su forma física, su organización gráfica, su aspecto visual, en fin por su compaginación. Así se define la tercera y tal vez más importante función del texto: la *función icónica*.

Cualquier persona que tenga cierta experiencia del periodismo sabe que la compaginación desempeña un papel a veces más decisivo que la misma redacción. Mi experiencia personal de cronista diario supuesto satírico es que el mismo texto publicado en el recuadro reservado para la crónica diaria o en las columnas co

mo artículo de fondo no comunica la misma información y no provoca las mismas reacciones.

Hablando de responsabilidad precisamente, puedo citar un caso bastante divertido que se refiere a un articulito mío que tendré ocasión de citar más adelante. Yo quería mencionar la conocida bebida americana, Coca Cola, pero yo no quería hacer ninguna publicidad mencionando el nombre del producto, entonces yo hablé de "aquella bebida americana que, a juzgar por el gusto, se fabrica con limonada picada, posos viejos de café y formol". A los tres días recibí una carta furiosa de una lectora que me decía que había probado la receta y me acusaba de haber querido envenenar a mis lectores. Claro es que la pobre mujer no conocía el código icónico del periódico y no sabía que lo que se publicaba en mi rinconcito de la primera plana no se debía leer como lo que se publicaba en la crónica gastronómica. Es verdad que si se hubiera publicado mi texto en la crónica gastronómica, yo hubiera sido cómplice de un crimen de masas.

Todo lenguaje escrito se define por el balance, el equilibrio de las tres funciones que acabamos de describir. En el caso del lenguaje periodístico, yo diría que la función icónica es la de base, que la función documental le queda sometida y que sólo en último término viene la función discursiva. Ahora bien, decir que en el estilo periodístico la retórica cuenta poco, mientras la compaginación es determinante sería simplificar peligrosamente una situación bastante compleja.

En realidad, lo que pasa es que cada uno de los actos que corresponden a las varias funciones del texto periodístico quedan determinados unos por otros en el proceso circular de la preparación de un periódico. El redactor individual a nivel del discurso, el jefe de redacción a nivel del tratamiento de la información, el secretario de redacción a nivel de la compaginación tienen cada uno su papel respectivo, y ese papel tiene una importancia variable según la naturaleza de la información proporciona

da. En otras palabras, la función discursiva es preeminente en el caso de una crónica, de un reportaje, de una historia de interés humano o bien de un artículo deportivo. En tales casos pueden llegar sus exigencias retóricas hasta el empleo del estilo lírico o épico. Los cronistas deportivos y especialmente taurinos son los últimos poetas épicos de nuestro tiempo. Al contrario, en la sección económica o financiera, en las notas necrológicas, en el parte metereológico, la función documental exige que se elimine toda manifestación retórica que pueda perturbar la información. El lenguaje tiene que ser preciso, corto, poco redundante. Naturalmente en la mayor parte del periódico las dos exigencias se combinan y todo periodista tiene que acatarlas aunque a veces sean contradictorias. En general es una hazaña bastante valiosa. Dicen que una vez Madame de Staël, encontrando a Fichte en un salón, le dijo: "Ah, señor Fichte, he oído hablar de su filosoffa. ¿Me la quiere explicar? Tengo un cuarto de hora!" Eso es la clase de demanda que un jefe de redacción hace a sus colaboradores varias veces al día, mientras el secretario de redacción les recuerda que el plomo no es goma. Con conocimientos y talento se puede redactar un estudio penetrante, acertado y bien escrito digamos sobre la situación política francesa. En cinco cuartillas, con experiencia del periodismo, se puede escribir una nota general sobre el mismo tema. Lo malo es que lo que quiere el lector es el estudio penetrante, acertado y bien escrito en cinco cuartillas. Y eso es la trampa.

Aquí es donde interviene la función icónica para valorizar el texto, para sostener el discurso, para subrayar la información. Sin la compaginación el periódico no sería más que un fajo de cuartillas demasiado grueso para interesar, demasiado delgado para informar. Mucho más que corrigiendo la redacción de un artículo, o eliminando tal o cual información como poco valiosa, inexacta o indeseable, es por la función icónica por la que el "reportero", el "gate-keeper" ejerce su control. Es un error denunciar solamente la censura redaccional o informativa. La censura icónica es aún más peligrosa y eficaz, ya que por el solo as-

pecto visual del periódico puede cambiar y a veces invertir lo que se quería decir o lo que se hubiera debido decir.

Voy a narrar una anécdota que no es una crítica contra mi propio periódico *Le Monde*, pero que demuestra bien como la compaginación por sí sola puede producir una especie de super-discurso que se substituye al texto inicial del redactor. Una vez, hace muchos años, yo no estuve de acuerdo con una huelga organizada por mi propio sindicato. Hubo entonces una larga discusión sobre el asunto entre los lectores de *Le Monde*, que cada día publicaba dos o tres cartas. Como lector yo también escribí una carta para explicar mi posición. Al ver mi nombre la secretaria de redacción, en lugar de incluir mi carta en el correo de lectores, la puso en primera plana como artículo de fondo titulándola POR QUE ME NIEGO A LA HUELGA, por Robert Escarpit. Ese cambio de lugar, esa manera de presentar la firma y principalmente ese título modificaban la información proporcionada por mi texto, ya que una cosa es introducir un argumento en una discusión, y otra privilegiar un punto de vista gracias a la función icónica de la compaginación y esencialmente del título. Cabe decir que me encontré en un aprieto con mi sindicato.

Esta anécdota me permite insistir en la importancia fundamental de la titulación en la cual se combinan, en forma muy efectiva, las tres funciones del lenguaje periodístico.

Hay pocos títulos de tipo puramente discursivo en un periódico, pero los hay, particularmente, en las crónicas y en estos casos pueden alcanzar hasta cierta pretensión literaria. Lo menciono porque es el caso de mi propia crónica de *Le Monde* "Au jour le jour". Es una glosa, en general satírica, de unas diez o quince líneas y su título es de los pocos que no provienen de la redacción del periódico. Dicto el título a la estenógrafa como parte del texto y, a veces, de veras, parte del texto resultaría incomprensible sin él. Entre los cinco mil y pico títulos que he contribuido al *Le Monde* en veintisiete años citaré como ejemplo

el de una glosa, tratando de la invasión de Francia por productos americanos: *Coca-colonisation*.

Mis títulos son una pesadilla para los archivistas del servicio de documentación, ya que suelen clasificar los artículos por el título que les proporciona en general un buen análisis informativo del texto. Los míos no tienen gran valor documental, lo que les obliga a hacer un análisis completo del texto mismo. Con mis quince líneas les doy más trabajo que un artículo de cinco columnas.

En su mayor parte los títulos periodísticos son informativos y, si se encuentran bien hechos, constituyen un resumen de lo que hay más nuevo y pertinente en la información. Debo insistir en la pertinencia. Es natural que se subraye lo inesperado del aporte informacional de la noticia, pero el valor informativo de la noticia depende también de la implicación del lector en el acontecimiento. Claro es que el resultado de las elecciones españolas tiene mucho más valor para los españoles que para, digamos, los ugandeses. Recuerdo una vez, en mi escuela de periodismo de la Universidad de Burdeos, estábamos trabajando con los estudiantes tratando de encontrar un buen título para una noticia que acababa de llegar por el telex y según la cual los taxistas de Lyon iban a declararse en huelga el día siguiente para acudir a los funerales de un colega suyo que había sido asesinado por un cliente. Estábamos de acuerdo que el mejor título sería "Taxis en deuil à Lyon", o sea "Taxistas de Lyon en duelo". Entonces entró en el aula un colega que tenía una gran experiencia del periodismo. "Eso está bien, nos dijo, si se trata de un periódico de París o de Burdeos, pero si se trata de un periódico de Lyon, tiene que ser "Lyon sin taxis hoy", porque es lo único que interesa a la gente de Lyon".

La prensa anglosajona tiene una gran tradición del título documental, y el inglés se presta particularmente a la inclusión de una información máxima en un número mínimo de signos. Re-

cuerdo que en 1945, llegando a Nueva York, me fijé en un título redactado así : U N O K M A C. Me tomó varios minutos para comprender que ese texto críptico se debía leer: "U.N.: OK, Mac!" o sea en lenguaje normal: "La Organización de Naciones Unidas expresa su acuerdo a las medidas sugeridas por el general Mac Arthur". Lo que en castellano discursivo exige 88 caracteres se expresaba en 7.

Esa distancia entre la redacción discursiva y la redacción documental de los títulos aparece aún más claramente cuando se introduce el factor de la redacción icónica. Mucho trabajo se ha hecho sobre el cuerpo, el ojo, la anchura, la altura de los caracteres empleados en los títulos, pero en general la investigación realizada por gente como François Richaudeau en Francia se refiere a la legibilidad, lo que es un asunto esencial si se tiene en cuenta que la legibilidad influye sobre la misma información. Todo el mundo sabe que no leemos en continuidad, sino saltando de punto en punto, de la línea o de la página, abarcando cada vez cierta cantidad de caracteres como un conjunto global, proporcionando cierto trozo -en inglés *chunk*- de información. Es evidente que la lectura no es la misma según el recorte de los trozos.

Imaginemos, por ejemplo, que caiga de un teletipo un telegrama de agencia anunciando que incidentes sangrientos en una isla del Pacífico necesitaron la intervención de un grupo de marines americanos para la protección de los civiles. La lectura normal de tal noticia se hace según cuatro trozos: 1. la circunstancia: incidentes sangrientos, 2. el lugar: el Pacífico, 3. el acontecimiento: el desembarque de los marines, 4. la explicación: la protección de los civiles. La jerarquía informativa de los trozos está en orden siguiente: 3 - 1 - 2 - 4. Ahora bien, utilizando el mismo texto de la agencia se puede cambiar completamente esa jerarquía poniendo en caracteres de cartel o bien INCIDENTES SANGRIENTOS EN EL PACIFICO, o bien INTERVENCION, o bien LOS MARINES. Cada vez va a despertar el trozo privilegiado un sinnúmero de con

notaciones que obliterarán el resto de la información.

Dudo que se pueda sacar una conclusión definitiva de las observaciones que se acaban de presentar. Tal vez la única que tenga algún grado de certeza es que el lenguaje periodístico no es un lenguaje individual, sino un lenguaje colectivo. Eso tiene consecuencias importantes en el asunto de la responsabilidad.

Claro es que no hay lenguaje sin colectividad, pero el papel normal de cada lenguaje es permitir a cada individuo establecer comunicaciones con otros individuos en los diversos grupos o conjuntos que integran la llamada colectividad. No es dejar a la colectividad hablar por su conducto. El lenguaje es un instrumento de comunicación basado en una convención colectiva, pero su eficacia supone que cada individuo pueda modificar o adaptar la convención según las necesidades de los intercambios que establece alrededor de sí. La libertad reside en la producción de información por los individuos. Ahora bien, un lenguaje productivo es un lenguaje que, al mismo tiempo, obedece a la convención y se presta a la manipulación impuesta por el uso que cada individuo hace de él.

En el caso del lenguaje periodístico, esa doble exigencia plantea el problema de la responsabilidad en forma particularmente aguda porque no sólo la libertad del periodista, sino también la del lector están en juego.

En la preparación de un periódico la influencia del individuo queda dominada por la influencia colectiva del aparato de comunicación, es decir, del periódico mismo no sólo como entidad moral, sino también como objeto concreto. La libertad de palabra del periodista siempre es una libertad bajo palabra, una libertad condicional o, mejor dicho, condicionada por el funcionamiento del aparato de comunicación.

Eso quiere decir que, al nivel mismo del lenguaje, la

responsabilidad del periodista se ejerce no sólo en su manera de expresar sus experiencias y sus opiniones, sino también en su grado de participación en ese proceso complicadísimo que va desde la caza de las noticias hasta la difusión del objeto periodístico que, como decía, es, al mismo tiempo, discurso, memoria informativa e icona.

Una conclusión parcial pero importante es que el aprendizaje profesional de un periodista no se hace sólo en la mesa de escribir, sino también en la mesa de paginar, o, como se dice en francés, "*au marbre*". Nosotros los periodistas, no somos gente que escriben sólo con pluma y máquina, sino también con flash, grabado, trama, cuadratín, regleta, corondel, titular, titulillo, bandera, ladillo y sobre todo lápiz rojo, tijeras y goma.

Otra y última conclusión es una pregunta. No hay aparato que funcione sin que alguien lleve las riendas. No hay avión sin piloto aunque el piloto utilice tele-mandos o haya inscrito sus órdenes en el programa de un ordenador de abordo. No sabremos cuál exactamente es la responsabilidad del periodista en su lenguaje hasta que sepamos quién controla el aparato de producción, es decir quién habla de veras a través del periódico. Eso implica que el lenguaje periodístico vale lo que vale el periodismo en un lugar dado y un momento histórico dado. Y eso ya es otra historia.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Para tener más datos sobre las teorías que fundan la exposición del tema, se pueden consultar:

Robert Escarpit, *L'écrit et la communication*, París, P.U.F., (Que Sais-Je?), 1973. Traducción española: *El escrito y la*

comunicación, Madrid, Editorial Castalia, 1975.

Robert Escarpit, *Théorie générale de l'information et de la communication*, Paris, Hachette, 1976.

IV

SIGNIFICACION Y CONNOTACION POLITICAS EN EL
LENGUAJE PERIODISTICO

por

Eugenio de Bustos

Catedrático de Historia de la Lengua

Española en la Universidad de Salamanca

1.- Uno de los temas centrales de la Semántica -desde su constitución lingüística independiente a finales del siglo XIX- es sin duda el de la constitución y naturaleza del contenido de los signos lingüísticos. Y, sin embargo, no puede decirse que nuestra ciencia haya llegado a una formulación satisfactoria, susceptible de resolver el problema y de abordar, en forma coherente y sistemática, el estudio de las complejas relaciones entre los elementos del contenido que plantea la comunicación humana en su totalidad.

Uno de los aspectos capitales del problema se centra, específicamente, en la raíz de nuestro tema: determinar el sentido y valor de los términos *denotación* y *connotación* como componentes solidarios de la significación de los signos. Ambos términos llegaron a la lingüística desde el campo filosófico: la Escolástica, el racionalismo del siglo XVII y la lógica del empirismo del siglo XVIII, campo este último en el que la dicotomía *denotación/connotación* aparece en referencia con la pareja *extensión/intensión* del concepto. Pero, en el plano concreto de la Lingüística, el problema aparece imbricado con el de la determinación de las funciones del lenguaje -bien en el triple análisis de Bühler, bien en el más complejo de Jakobson, por citar sólo dos ejemplos universalmente conocidos- y en el de la variable combinación de éstas en los distintos actos de comunicación.

De un modo general, puede afirmarse que la definición de los términos *denotación/connotación* suele establecerse sobre la oposición entre *función referencial* (considerada como la esencial o nuclear del contenido significativo) y *otras funciones posibles* (expresiva, elativa, imaginativa, metalingüística, etc.) que matizan, colorean, a la primera en la que necesariamente se apoyan. De esta forma, se produce una identificación bastante común (de la que el enunciado del tema puede ser buen ejemplo) entre *significación* y *denotación* y una reducción de ésta a conjunto de informaciones de carácter cognitivo conceptual o lógico; en tanto que la *connotación* hace referencia al conjunto de las restantes informaciones que el signo transmite y cuya relevancia lingüística ha sido puesta de manifiesto a través del estudio de la sinonimia. Así, por ejemplo, en la pareja *corcel/caballo*, la denotación común a ambos -razón en virtud de la cual se consideran sinónimos- podría articularse por medio de los rasgos significativos {/animal/+/equino/+/macho/+/adulto/}, pero el primero de ellos contiene una información adicional, que en este caso, no alude al animal en cuanto tal, sino al nivel de uso socio-lingüístico de la palabra: /de uso literario/, que no aparece contenido en el segundo de los vocablos en juego. Si tomamos, en cambio, la pareja *jamelgo/caballo*, la distinción entre ambos sinónimos vendría dada por la connotación de carácter afectivo: /peyorativo/ del primero de ellos que alude tanto al animal en sí cuanto a nuestra apreciación valorativa del mismo. Cabría, pues, establecer el siguiente esquema de estos tres sinónimos parciales:

denotación	connotación	signo
/animal/+/equino/+/macho/+/adulto/	∅ :	<u>caballo</u>
	/de uso literario/ :	<u>corcel</u>
	/peyorativa/ :	<u>jamelgo</u>

En aras de la brevedad dejaremos aquí, provisionalmen-

te, este planteamiento sobre el que hemos de volver más adelante para preguntarnos si el problema es tan sencillo como a primera vista parece.

En demanda de un objeto de estudio unitario y autónomo y siguiendo diversos caminos, la Lingüística se ha esforzado en reducir el significado a un plano físico y homogéneo que le permitiera dar cuenta, de modo sistemático, de la estructura léxica de las lenguas. Ello explica que, especialmente a partir de Saussure, se haya intentado reducir las funciones del lenguaje a la referencial, se ha prescindido del análisis de la naturaleza del significado remitiéndolo -con una declaración de la incompetencia de los lingüistas para abordarlo- al campo de los estudios filosóficos y psicológicos y, en fin, no se haya tenido en cuenta el problema de las relaciones de los signos con las entidades a que se refieren y con los hablantes que los emplean.

Sin duda, uno de los intentos más sistemáticos y coherentes que se han realizado en este sentido es el representado por la Semántica estructural partiendo del postulado de que el significado de un vocablo es el resultado de un acto de relación (con lo que algo se postula simultáneamente acerca de la naturaleza del contenido) establecido entre un término dado y los demás que constituyen el léxico de una lengua determinada. O dicho en términos del Círculo de Praga (*Tesis de 1929*): "el significado de una palabra está determinado por sus relaciones con las otras palabras del mismo diccionario, es decir, por el puesto ocupado en un sistema léxico". Tales relaciones se explicitan merced al concepto operativo de campo semántico que podría definirse, un tanto intuitivamente, como el conjunto de vocablos que poseen uno o varios rasgos significativos comunes, pertinentes para configurar el campo de que se trate.

Sea el campo semántico definido por los rasgos {/alimento/+sólido/+harina/+agua/}. Reduciéndolo a unos cuantos términos para mostrar el mecanismo tendríamos el siguiente esquema:

	Cocido al horno	Frito	Harina de trigo	Harina de maíz	Con sal	Con azúcar	Con levadura	Con manteca	Con huevos
Pan	+	∅	+	∅	+	∅	+	∅	∅
Churro	∅	+	+	∅	+	∅	+	∅	∅
Bizcocho ₁	+	∅	+	∅	+	∅	+	∅	∅
Bizcocho ₂	+	∅	+	∅	∅	+	+	+	+
Galleta	+	∅	+	∅	∅	+	∅	+	∅
Borona	+	∅	∅	+	+	∅	+	∅	∅

Resultaría, pues, que el contenido significativo de *pan*, inmanente al sistema lingüístico al cual pertenece podría de finirse como el conjunto de semas {/alimento hecho con harina y agua/+/cocido al horno/+/de harina de trigo/+/con sal/+/con levadura/} que permite oponerlo diferencialmente a los demás términos del campo. Tal definición abstrae del conjunto de las posibles peculiaridades del pan que se dan en la realidad ("sustancia del contenido") las que lingüísticamente son pertinentes ("forma del contenido") en nuestra lengua.

Sin embargo, en este planteamiento, no se han abordado algunas cuestiones que nos parecen de particular importancia para el propósito que nos ocupa. Resumidas a su más elemental formulación serían las siguientes.

En primer lugar hay que advertir que no todos los términos del campo son homogéneos sino que implican una jerarquía interna entre ellos. Y aunque la razón de que esto ocurra así no es originariamente lingüística en sentido estricto, condiciona radicalmente al sistema léxico y al uso que de él hacemos.. Resulta,

en efecto, que todos estos términos no se emplean del mismo modo en nuestra lengua porque los diversos alimentos a que se refieren ocupan un lugar distinto en nuestra cultura de tal modo que *pan* y no otro es el núcleo central del campo como prueban tres clases de hechos estrictamente lingüísticos:

- 1) Es el eje de la derivación léxica: *panadería*, *panadero*, *panificable*, etc. y no *bizcochería* (aunque sí en México), *boronería*, *galletería*, etc.
- 2) Ciertos términos pueden ser sustituidos por *pan* + complemento y no a la inversa *pan de maíz* y no *borona de trigo*.
- 3) Solo *pan* puede funcionar con el significado de alimento en general en enunciados del tipo *El pan nuestro de cada día*, *Ganarás el pan con el sudor de tu frente*, *Contigo pan y cebolla*, *Pan y toros*, etc. que no tendrían sentido en otras culturas donde el pan no sea el alimento fundamental como sucede en la japonesa o la esquimal. De ahí que una correcta traducción del primero de los enunciados tendría que sustituir a *pan* por el término equivalente a *arroz* en japonés y tal vez a *foca* en esquimal.

Creemos que sería conveniente, pues, distinguir estas dos clases de valores significativos. Al que resulta de las relaciones de oposición entre los términos que integran un campo determinado le denominaremos, provisionalmente al menos, valor *semántico*; al que procede de la jerarquización entre los términos, le llamaremos valor *semiológico*.

En segundo lugar y en estrecha conexión con lo anterior, tendremos que aludir, siquiera esquemáticamente, al problema que plantea el estudio de las relaciones entre significado y referente o entidad. La Semántica lingüística ha eludido el pro-

blema aduciendo que se trata de relaciones de congruencia epistemológica acerca de las cuales carece de competencia. Aunque, como pueden imaginar, no pretendo en modo alguno invadir terrenos que me son ajenos según el común consenso, no puedo menos de preguntarme algo que sí concierne específicamente al lingüista y que es tá en íntima conexión con el problema que acabamos de examinar. Me refiero a que no veo la posibilidad de eludirlo si, de algún modo, se pretende estudiar el tema, específicamente lingüístico, de las relaciones entre *sustancia* y *forma* del contenido; esto es, al determinar por qué ciertas características de la realidad y no otras adquieren pertinencia semántica en una lengua determinada y qué valor tienen las características no formalizadas. O dicho de otro modo y en sentido global, el no desdeñable problema de que una lengua no es un puro inventario de rótulos verbales que se po nen a determinadas parcelas de la realidad sino que es un instrumento de análisis y ordenación de esa misma realidad que contiene, en sí mismo una particular visión del mundo. De lo cual se deduce un haz de consecuencias de entre las cuales solo mencionaré dos que considero de capital interés para el objeto de análisis que nos hemos propuesto esta tarde: las relaciones de mutua dependencia entre lengua y pensamiento, de un lado; las conexiones entre lengua y conducta de otro. Y ello nos lleva a un nuevo acercamien to a nuestro tema.

2.- SIGNIFICADO, CONCEPTO Y ESTEREOTIPO.

Como ya hemos sugerido, dentro de la Lingüística se ha identificado con frecuencia, tal vez excesiva, a los términos *sig* *nificado* y *concepto*, en buena medida a consecuencia de la estrecha relación existente entre pensamiento y lenguaje y a la semejanza existente entre las funciones generalizadoras específicas de ambas esferas de la actividad humana. Tal identificación se re fleja notablemente en nuestros diccionarios que, en numerosas oca siones, para explicar el significado de una palabra recurren a

una definición científica (*concepto*) de la entidad a que el signo hace referencia. Y ello no solo en aquellos casos en que se trata de vocablos propios del lenguaje científico; así, por ej., el Diccionario académico define la palabra *agua*: "cuerpo formado por la combinación de un volumen de oxígeno y dos de hidrógeno", definición química a la que se añade la enumeración de una serie de propiedades físicas más o menos precisas. No parece necesario advertir, sin embargo, que tales definiciones resultan incomprensibles para la generalidad de los hablantes de una lengua; esto es, no reflejan en modo alguno el significado que otorgan a los signos en su comunicación idiomática y, por ello mismo, no son capaces de dar cuenta del uso que del término en cuestión se hace. Entiéndase bien, sin embargo, que no negamos con esto la importancia que el pensar tiene en la configuración del lenguaje y de éste en aquél. Sólo quiero llamar la atención sobre la evidente verdad de que no se recubren exactamente y que ello explica que los significados del esp. *agua*, fr. *eau*, ingl. *water*, al. *wasser*, etc. no se corresponden exactamente aunque el concepto químico H₂O sea el mismo ¿cómo igualar el significado que el agua tiene para un hombre de la Europa húmeda con el de un nómada del desierto?. Y si ello acontece con realidades tan objetivables como el agua ¿qué habríamos de decir de vocablos como *libertad*, *democracia*, *capitalismo*, *socialismo*, etc.?

Tendremos que preguntarnos, pues, por lo que falta o lo que sobra, lo que separa o diferencia a los términos *concepto* y *significado* pero sin olvidar, en cualquier caso, que ambos se condicionan mutuamente. Aunque no esté muy de moda hoy el idealismo lingüístico, recordaré cómo entre nosotros Amado Alonso ya señaló -siguiendo en cierto modo al Husserl de las *Investigaciones lógicas* y entroncándolo con Humboldt y su concepto de *Inneresprachform*- que el significado lingüístico representa una visión interesada de la realidad y tuvo ocasión de probarlo al estudiar el sistema semántico que en el español americano de la Pampa argentina forman los vocablos *pasto*, *cardos*, *paja* y *yuyos*. Mucho más recientemente, Adam Schaff -desde una perspectiva marxista

crítica- ha formulado un análisis que en buena parte coincide con el de Amado Alonso y que nos parece digno de tenerse en cuenta. Simplificándola hasta el extremo, parece posible enunciar la tesis de Adam Schaff diciendo que en el significado lingüístico se integran un *concepto* y un *estereotipo*, entendidos ambos como "reflejos generalizados de la realidad en el entendimiento humano" pero resultantes de distintos tipos de análisis. Aunque dependen genéticamente el uno del otro, se distinguen en cuanto que el concepto corresponde al plano lógico-discursivo del entendimiento mientras que el estereotipo alude a una categoría pragmático-discursiva referente a la actividad humana. De ahí que afirme la no existencia de estereotipos en el caso de los números -y por extensión cabría afirmar lo mismo de la terminología científica-, opinión que resulta compatible si hacemos alguna salvedad pues sí se da el estereotipo en el "número uno", en "trece", o en los números "capicúas", por citar algunos ejemplos bien conocidos en español.

Creo importante que nos detengamos unos momentos en el análisis del *estereotipo*, término que como Vds. saben mejor procede del campo profesional de la tipografía. Pero en las ciencias sociales su uso fue introducido por el famoso periodista Walter Lippmann (1922. *Public Opinion*) aunque no parece que los lingüistas, salvo algunas excepciones, se hayan enterado de ello. La tesis fundamental del libro de Lippmann es que en una sociedad democrática los líderes políticos y los ciudadanos han de tomar decisiones importantes sobre problemas muy complejos acerca de los cuales no tienen ideas claras o, dicho más exactamente, tienen sólo estereotipos tomados de fuentes que no son la experiencia directa, el contacto vivo con los problemas que deben resolver. Para Lippmann el estereotipo tienen cuatro notas características: 1) Es una idea simple, carente de matices, 2) Es más falsa que verdadera, 3) Ha sido adquirida de segunda mano y no en contacto directo con la realidad que representa y 4) Es difícil de modificar.

La investigación empírica posterior (Vid. sobre ello la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias sociales*. Dirigida por David L. Sillis.- Madrid. Aguilar, 1976.- Edic. inglesa 1968) ha particularizado y concretado el sentido de *estereotipo* utilizando el término, con matiz peyorativo (lo que, si me permiten la broma sería el estereotipo de *estereotipo*), como equivalente de "idea u opinión de un grupo social". Curiosamente, y no hemos de entrar en las razones de ello, algunas de las técnicas de investigación aplicadas por Katz y Braly (1933) o más tarde por Reigrotski y Anderson (1959) sobre estereotipos raciales coinciden notablemente con las empleadas por lingüistas como Osgood, entre otros, en sus intentos de cuantificación o medición de los significados lingüísticos. Se trata, en síntesis, de establecer el significado de un sustantivo por medio de las características o propiedades que se consideran más definidoras elegidas dentro de una serie de adjetivos. (Ver Apéndice). De tales investigaciones empíricas se ha desprendido la alentadora hipótesis del "fondo de verdad" formulada por Klineberg (1950) según la cual -y en contra de la segunda de las notas de Lippmann- la cantidad de verdad contenida en los estereotipos es mayor que la de mentira. Y la no menos consoladora conclusión de que cuanto más desfavorable es la actitud de una persona hacia un grupo social cualquiera, mayor es la probabilidad de que su estereotipo sea falso. (Bettelheim, 1950; Adorno, 1950 y Secor, 1959).

Desde unas perspectivas distintas por completo -pues su finalidad es lo que Pedro Laín llamaría "la curación" por la palabra si se me permite robarle el título de una obra que convendría releer- la llamada Semántica General -quizás sería mejor decir "terapéutica"- ha hecho especial hincapié en la influencia que el lenguaje ejerce sobre el comportamiento humano hasta el extremo de formular una tesis, no desdeñable, sobre la "tiranía" de la palabra aunque sus hipótesis sobre el carácter semanto-génico de muchas enfermedades pueda suscitar algunas sonrisas, que se convertirían en gesto de preocupación tan pronto como reflexionáramos acerca del poder que tiene la publicidad comercial o políti

ca sobre nuestra conducta concreta. Pero tiranía relativa en la medida en que nuestro comportamiento está condicionado por estas dos variables componentes del significado lingüístico: concepto y estereotipo. En este planteamiento, el estereotipo parece relacionarse con las funciones emocionales y volitivas, mientras que el concepto alude a la función cognoscitiva del ser humano. Pero habría que añadir enseguida -siguiendo a Schaff- que no tenemos consciencia del estereotipo *como tal* por lo que sus efectos serán tanto más graves cuanto más se confundan en la conciencia del hombre con el concepto. Por lo cual resulta evidente que el riesgo de un comportamiento inadecuado en la realidad fáctica de nuestras acciones es particularmente grave cuando el estereotipo cubre totalmente al concepto.

El problema se complica extraordinariamente si avanzamos un poco más en nuestro análisis tomando en consideración el hecho de que el mundo conceptual -o si se prefiere, nuestro conocimiento científico- es también susceptible de aparecer estereotipado -bien positiva o negativamente- en nuestra conciencia. Quiero decir que los hablantes de una comunidad idiomática otorgan un determinado valor a las concepciones científicas no en cuanto que tales -caso en que el juicio tendría que formularse en el terreno de la crítica científica que tiene una metodología propia- sino en vertiente operativa de su funcionalidad como norma de conducta humana. A este propósito recordaría sólo dos ejemplos recientes. En el campo de la publicidad comercial, una determinada compañía promocionó con éxito la venta de una estufa de butano aplicándole el calificativo de *catalítica*. Por supuesto que el público comprador no tenía la menor idea sobre el contenido conceptual de la palabra; sólo llegaba a colocarla entre el léxico científico a lo que no dejaba de contribuir su estructura fónica. Pero la gente pedía en las tiendas la tal estufa con la frase "quiero la catalítica" en virtud del prestigio que la ciencia y la tecnología tienen en nuestra sociedad; esto es, *catalítica* significaba científicamente fabricada. Y en el plano político todos Vds. recuerdan hasta que punto se ha utilizado como reclamo de efica-

cia política el poseer una cualificada formación técnica o científica: baste recordar la acuñación del término *tecnocracia* y la realidad a que hace referencia, y confróntenlo con *burocracia*. Que la creciente complejidad de la administración pública exigirá una mayor preparación técnica en los cuadros políticos es algo evidente, por lo que todo hace pensar que la fuerza del estereotipo irá en aumento. Y en este sentido yo les recordaría cómo cualquiera de los grupos de presión política, ideológica o socio-económica han pretendido dominar la Universidad española en los casi dos últimos siglos y no precisamente por amor a la ciencia: se trata de ganar prestigio para sus ideologías respectivas amén de reclutar sus cuadros. Esto es, en la búsqueda de lo mejor, sea un producto comercial o político, aparece el estereotipo de la ciencia; o, mejor quizás, la instrumentalización de la ciencia como estereotipo en la medida en que la comunidad le otorga un valor positivo. De ahí que no falte grupo político -diría más de uno- que procure identificar *ciencia* e *ideología*; o lo que es lo mismo: descalificar como *acientífico*, *acrítico*, etc. lo que no coincida con su particular análisis de la realidad y, lo que aún es más típico, con su programa de actuación concreta en la vida social. Tal vez no sería ocioso recordar en este momento que no ha habido grupo o corriente política de cierta entidad en la vida española que no haya presentado como "verdadera o científica" cierta versión particular de nuestra historia. O, si Vds. prefieren una referencia más concreta, señalaré el hecho de que casi cada revista de información general patrocina a otra específica de historia, citaré sólo cuatro ejemplos por lo que tienen de síntoma:

"Triunfo" -----	"Tiempo de Historia"
"Blanco y Negro" -----	"70 años de Historia"
"Cambio 16" -----	"Historia 16"
"Opinión" -----	"Nueva Historia"

Todo esto nos lleva al último de los aspectos que quisiera señalar en este apartado. Me refiero al bien conocido hecho de que los estereotipos son precisamente el soporte de los valo-

res que constituyen uno de los fundamentos esenciales de las ideologías. No hemos de detenernos en el análisis del significado de esta palabra, rica en acepciones, para aceptar en principio la definición propuesta por Schaff como conjunto de "concepciones de los hombres fundadas sobre un sistema de valores referidos a una finalidad del desarrollo social que ellos mismos se han fijado", concepciones que determinan sus actitudes en un doble aspecto: en cuanto disponibilidades para operar en un cierto sentido y en cuanto a su comportamiento fáctico en la vida social. Yo añadiría, con todo, el matiz peyorativo -lo que no es sino un juicio de valor- con que frecuentemente aparece marcado el uso de la palabra. Pero tiene más interés, sin duda, subrayar que la ideología no sólo se fundamenta sino que se define o transmite precisamente a través del sistema de valores contenido en los estereotipos insertos en el significado de las palabras. El problema de dirigir, cambiar o actuar sobre las ideologías se convierte así en una cuestión en gran medida lingüística porque los valores y los juicios valorativos no pueden ser directamente derivados de la Ciencia; pese a que tienen conexión con ella, no hay ninguna transformación de orden lógico que convierta a una oración afirmativa o negativa -que son las propias del plano conceptual- en oración valorativa o apreciativa; sólo a través de los estereotipos puede actuarse sobre las ideologías sin que esto signifique, en modo alguno, que sean una misma cosa.

3.- ESTEREOTIPO Y CONNOTACION.

Planteadas así las cosas, tenemos que preguntarnos de modo inmediato por dos cuestiones de no pequeña entidad. Concierne la primera al procedimiento de manifestación o -lo que es también lo mismo- a la transmisión de los estereotipos. Se refiere la segunda a las diferencias entre estereotipo y connotación. Trataré de reducirlas a su expresión más lacónica, procurando partir de ejemplos concretos.

Si consideramos la palabra *beber* desde una perspectiva lingüística, observaremos que este verbo exige en español un sujeto animado y sólo puede tener como complemento directo -o implemento si preferimos la terminología estructural de Alarcos- que tenga el rasgo significativo (/líquido/) para que el enunciado sea aceptable. Desde estos supuestos podemos predecir la frecuencia de ciertas secuencias y la imposibilidad de otras: *beber vino* / **beber pan*. Ahora bien, dentro de los posibles implementos de *beber*, la naturaleza semántica del sujeto condiciona su frecuencia de modo que no produciría ninguna sorpresa "*el hombre bebe vino, cerveza, leche, anís*" en tanto que sería por lo menos muy sorprendente que un animal beba algo que no sea *agua*; de tal modo que podemos omitir el implemento en tales casos. Otra cosa sería si el sujeto fuera *lechuzca* o *mochuelo*, casos en que es aceptable el implemento *aceite*: baste recordar a Machado y a C.J. Cela. Todos estos aspectos corresponderían a la denotación del verbo *beber* en su plano conceptual.

Pero si analizamos la frecuencia con que se dan ciertos implementos y no otros dentro de cada idioma podríamos construir una serie de frecuencias de las combinaciones de *beber* + objeto directo. Sean las siguientes:

beber agua	beber vino	beber cerveza
" vino	" agua	" vino
" cerveza	" cerveza	" agua

Parece claro que cada una de las series, en su misma frecuencia, expresan unos hábitos culturales respecto a la bebida, o lo que es lo mismo: expresan unas apreciaciones colectivas respecto al beber como tal. Creo que Vds. coincidirán conmigo en que la primera de las series responde al estereotipo español de *beber* en tanto que la segunda corresponde al francés y la tercera al alemán en líneas generales. Y que no es preciso recurrir a estadísticas de consumo "per capita" de aguas minerales, vino y cerveza en las comunidades respectivas. Yo añadiría incluso la experien-

cia vivida en Alemania de que basta pedir en un restaurante agua y pan para que inmediatamente se identifique al cliente como español: esto es, con el estereotipo de español que posee el camarero alemán.

Ahora bien, la frecuencia de las asociaciones sintagmáticas concierne a lo que algunos lingüistas -siguiendo a B. Pottier- denominan *virtuemas* definidos como "las probabilidades de asociación en la lengua por comunidad psico-, socio- o etno-lingüísticas entre un grupo de hablantes". Pero la frecuencia es una magnitud variable dentro de la cual difícilmente pueden establecerse fronteras y sí sólo zonas de máximos y mínimos en lo cual coinciden, precisamente con la naturaleza de las apreciaciones valorativas. Por otro lado, la frecuencia está en estrecha relación con la cantidad de información que transmite el enunciado. Como no puedo olvidar que estoy hablando con periodistas, les recordaré la clásica verdad de que no es noticia que un perro haya mordido a un niño y sí lo sería que el niño hubiera mordido al perro. Quiere decirse que cuanto menos frecuente, y por ello mismo, menos predecible es una asociación sintagmática, mayor es la cantidad de información que contiene. Pero no pretendo llamarles la atención sobre una verdad tan obvia sino sobre un proceso subyacente que creo de más interés y que concierne a la transmisión de los estereotipos.

Acontece que, en el mecanismo de la comunicación humana, la mayor o menor cantidad de información está en relación inmediata también con nuestra atención, o si se prefiere, con la actividad decodificadora de los mensajes. Quiero decir que cuanto más frecuente es una asociación, la interpretación es más mecánica y automática, con lo cual la aceptación del enunciado no suscita ninguna dificultad ni obliga a tomar conciencia de su contenido. En cambio, las asociaciones inesperadas son susceptibles de provocar reacciones inmediatas que, en la mayoría de los casos, se resuelven en una petición de que se confirme el enunciado. Por referirme al mismo caso señalado más arriba, baste pensar en la

sorpresa -y con ella la resistencia a aceptarlo- que resultaría de un enunciado del tipo *el niño sólo bebe vino* frente a *el niño sólo bebe leche*. Esto significa, sencillamente, que la propagación de las asociaciones virtuénicas -es decir, de los estereotipos- no encuentra resistencia en su propagación: el estereotipo aparece así como un juicio de valor, insidioso en la medida en que resulta casi imposible defenderse contra él a través de la crítica de su contenido.

En segundo lugar, les llamaría la atención sobre el hecho bien conocido de que el significado que otorgamos a las palabras de nuestro idioma responde, en la mayoría de los casos, no a una experiencia directa del contacto entre entidades y palabras, sino a una inducción que realizamos sobre los contextos lingüísticos en que tales palabras aparecen. Resulta, pues, que estas asociaciones particularmente frecuentes -a las que podríamos denominar *consoociaciones* utilizando el término acuñado por Sperber- tienen una especial importancia en la configuración de los significados polarizándolos en una dirección determinada desde el mismo fenómeno del aprendizaje del lenguaje, del idioma materno para ser más exactos.

No debo prolongar el análisis de este aspecto y confío que en el coloquio surjan las precisiones y matices que deberían acompañar a lo que acabo de exponer. Solo quisiera subrayar que todo ello concierne a la *denotación* en cuanto resultado de la función referencial del lenguaje.

Pero hemos de pasar al otro de los términos de la dicotomía en que aparece formulado el título de la comunicación. Me refiero a la *connotación*, o si quieren Vds. a un específico sentido posible de esta palabra.

Sucede que los signos lingüísticos, en cuanto signos, son partes de una experiencia susceptible de evocar la experiencia completa. Ahora bien, como hemos venido subrayando, nuestro

contacto con el mundo puede producirse directamente (aprendemos el vocablo en presencia de la entidad a la que se refiere) en un contexto de situación determinado; o -y las dos alternativas no son excluyentes- lo realizamos a través de un contexto lingüístico determinado. En un caso y en otro, las realidades de nuestro mundo (tanto el real-físico como el mental o el imaginario) no se presentan aisladamente. En realidad conocemos las entidades dentro de situaciones muy complejas en que aparecen asociadas unas con otras y todas ellas con las reacciones que en nosotros suscitan. En este sentido, diría que las palabras *connotan* a la situación total en que la palabra se presenta. De ahí el poder evocador de la palabra, bien conocido de todos Vds.

Quisiera ocuparme de dos casos particulares, de los problemas que puede plantear un estudio en profundidad de la connotación en el aspecto concreto de sus relaciones con la denotación. Trataré primero un caso genérico y aludiré por último a un ejemplo específico de la prensa española de estos meses.

Si consideramos el término *burgués* en un análisis denotativo del término y en sus virtualidades contextuales del tipo *revolución burguesa, literatura, democracia, mentalidad, etc. burguesas* (y aún *pequeño-burguesa*) o en el sintagma *partido burgués*, parece absolutamente claro que su significado viene definido por su oposición respecto a *proletario* (del que serían especificaciones *socialista, anarquista, etc.*) y así aparece recogido en el Diccionario académico. En tal oposición, es evidente, que no tienen relevancia o pertinencia significativa los rasgos de comportamiento humano que no aluden expresamente a la ideología política o a la distribución en *clases*, en el sentido marxista del término. Sin embargo, estos rasgos subyacen de tal modo que pueden ser actualizados hasta el extremo de que aparezcan en contradicción total con los correspondientes al plano ideológico e incluso coloquen a éste en un segundo término del valor significativo de *burgués*. En el apéndice les presento a Vds. el comienzo del capítulo VIII de *La Voluntad* de Azorín. Para nadie que haya leído los

primeros capítulos de la obra es un secreto que el maestro Yuste es un *anarquista* (en el sentido de que profesa esa ideología política), pero en este Cap. VIII, el autor nos sorprende diciendo con aire contrito -"¡habrá que confesarlo!"- que "en el fondo es un burgués redomado". Y a continuación demuestra su afirmación merced a tres rasgos connotativos de *burgués*:

- amante del orden, (recuérdese lo que ha significado y aún significa en España ser "persona de orden")
- gozador de la vida hasta el extremo de considerar que la naturaleza ha sido hecha para su regalo; *ambiente confortador*
- en lugar de *furibundos anatemas*, habla de una fantasía humana y eterna: de metafísica.

Podría pensarse que se trata de un simple recurso literario sin trascendencia en la lengua general y común. Sólo citaré un ejemplo vivido en mi niñez: cuando en los comienzos de la guerra civil comenzó a defenderse entre el pueblo más ignorante de los problemas políticos el término *fascista*, dentro de la zona republicana fue interpretado como *pancista*. Claro que ésto era una etimología popular basada en las connotaciones que para el pueblo tenía la expresión.

En segundo lugar me referiría a un aspecto concreto de la connotación y denotación en el lenguaje periodístico. No voy a insistir en algo que se ha repetido una y otra vez sobre la importancia del papel jugado por la prensa española al tener que sustituir a los partidos políticos porque éstos oficialmente no existían. De las consecuencias de ello en el plano semántico tendríamos que hablar mucho y muy despacio. Pero quiero referirme a un aspecto muy concreto. Y es, sencillamente al hecho de que un periódico, una revista para aún especificar más, constituye un contexto determinado en el que se producen las palabras y afinan su sentido.

Particularizando aún más la cuestión, me referiría a que *todo* el periódico -desde los anuncios al editorial- condicionan las denotaciones y connotaciones de las palabras que a través del mismo se difunden. Pues bien, un breve análisis de la publicidad contenida en las revistas más cualificadamente *progresistas* o *izquierdosas* (como Vds. quieran) muestran una contradicción no menor que la que el maestro Azorín apuntaba respecto a Yuste.

Efectivamente, el estudio semántico de tales anuncios nos muestra el siguiente campo:

- Joyería de alto precio
- Moda masculina (zapatos de importación o artesanía; diseños italianos, etc.)
- Perfumería masculina
- Inversiones inmobiliarias en urbanizaciones de lujo
- Automóviles y motores "fuera borda"
- Electrónica de alta fidelidad
- Licores de alto precio
- y... - Resúmenes de juntas de accionistas de sociedades anónimas.

Claro está que los anunciantes cuidan muy bien de averiguar el tipo humano lector de una revista antes de gastar su dinero en páginas de publicidad. Pues bien, el tipo humano que esos anuncios configuran no es precisamente el que corresponde a los textos que en las páginas fronteras se escriben. Puede tratarse de una operación más de asimilación por un sistema neo-capitalista de las llamadas ideologías revolucionarias; puede tratarse de un fenómeno específico de contradicción interna entre lo que se dice ser -revolucionario- y lo que efectivamente se es: no puedo ni debo entrar en la cuestión. Pero para el lector inocente, las connotaciones son bien claras y creo interpretarlo fielmente si repito las palabras azorinianas: Tal revista es redomadamente burguesa.

El profesor Escarpit, con mayor competencia que nadie,

ha señalado la responsabilidad social de la prensa. Yo sólo me atreveré a concretar un aspecto determinado de esa responsabilidad en estos momentos. El claro deslinde de lo que es denotación y connotación de tal modo que, en el primer caso, los elementos correspondientes a los estereotipos ideológicos (de partido, de clase, de grupo social, etc.) no se superpongan a los conceptos de tal modo que los anulen y, en el segundo, no contribuyan a la confusión de nuestro pueblo hasta el extremo de considerar que todas las palabras son falsas, que es una forma de fetichismo verbal tan perniciosa como el tabú, sólo que a la inversa.

Estereotipo de turco

Para estudiantes norteamericanos
(Katz y Braly, 1933)

- cruel (47%)
- muy religioso (26%)
- traicionero (21%)
- sensual (20%)
- ignorante (15%)
- sucio (15%)

Para estudiantes libaneses
(Prothro y Melikian, 1954)

- fuerte (36%)
- militarista (33%)
- nacionalista (33%)
- valiente (31%)
- progresivo (18%)
- arrogante (17%)

Estereotipo de alemán (Reigrotski y Anderson, 1959)

Visto por los propios alemanes

- trabajador
- valiente
- inteligente
- práctico
- progresivo
- amante de la paz

Visto por franceses

- dominante
- trabajador
- cruel
- progresivo
- valiente
- inteligente

Nótese la coincidencia en 4 de los 6 adjetivos más frecuentes aunque el orden de preferencia cambie. Y obsérvese la influencia de las confrontaciones militares en los dos adjetivos discrepantes que atribuyen los franceses a la personalidad de alemán.

AZORIN:

"Este buen maestro -¡habrá que confesarlo!- es en el fondo un burgués redomado. El es metódico, amigo del orden, lento en sus cosas: se levanta a la misma hora, come a la misma hora, da a la misma hora sus paseos; tiene sus libros puestos en orden, sus papeles catalogados en tales cartapacios... Y sufre, sufre de un modo horrible cuando encuentra algo desordenado, cuando le sacan de su pauta. ¡Es un burgués!

Así, esta tarde, que hace un sol hermoso y los árboles ya verdean con los retoños primaverales, hubiera sido una crueldad privarle al maestro de su paseo... El y Azorín han ido a la Magdalena. Allí se han sentado bajo la higuera que plantó S. Pascual -indudablemente para que ellos se sentaran debajo- y han contemplado a lo lejos la ciudad ilustre -muy ilustre- y amada...

Y como en este ambiente confortador, a la vista de este espléndido panorama, en el sosiego de esta tarde de Primavera, no hay medio de sentirse sanguinario, ni de desear el fin del mundo para diputados y concejales, el buen Yuste ha tenido la magnanimidad de guardarse sus furibundos anatemas, y ha hablado de la más amena y nueva -¡siendo tan vieja!- de las fantasías humanas, quiero decir, que ha hablado de metafísica."

"LA VOLUNTAD" cap. VIII

V

LENGUAJE DEL RELATO PERIODISTICO

por

Víctor de la Serna

*Presidente de la Junta de Fundadores
de "Informaciones"*

Al preparar mi intervención en este seminario, una primera tentación me asaltó obstinadamente: la de abordar con extremo rigor científico el problema del relato periodístico aplicando a ese abordaje todo el pesado armamento del que debe disponer honradamente un profesional de la información. En mi caso, ese armamento es especialmente oneroso aunque no sea más que por los años que he puesto en acumularlo.

Pero pronto se me reveló con toda su crudeza la realidad abrumadora de mi empeño. ¿Cómo yo, periodista de la clase de tropa -y por lo tanto, y de acuerdo con la vieja definición profesional "especialista en ideas generales"-, iba a competir nada menos que con los profesores Michelena, Bustos, Escarpit, Lázaro Carreter y Alarcos Llorach, cargados de ciencia y de sabiduría precisamente en esas materias de las que yo soy apenas un discreto aficionado?

Así pues me pareció juicioso someterme voluntariamente a una serie de renunciaciones que me parece indispensable declarar previa y públicamente.

En primer lugar renuncié, en lo que se refiere al lenguaje del relato periodístico, a las consideraciones de orden gra

matical (aunque he sido en lejanos tiempos discípulo de los discipulos de Ferdinand de Saussure) y, con mucha más razón, renuncio a tratar ese lenguaje aplicando fórmulas, reglas, dogmas de la lingüística moderna. Para ello está entre nosotros y va a hablarles a ustedes nada menos que Emilio Alarcos Llorach que es una autoridad mundial en la materia. Descansen ustedes: ésta será la última vez que cite a mis clásicos de la lingüística. Ni Saussure, ni Hjelmslev, ni Jakobson, ni Lyons, ni Ullmann, ni Mandelbrot, ni Bloomfield, ni Emile Benveniste, ni Bally, ni Meillet, ni Tullio de Mauro, ni Lévi-Strauss, ni Roland Barthes, ni Noam Chomsky, ni Jens Holt (por citar algunos sabios sin orden ni concierto), volverán a aparecer en mi ponencia. Tampoco utilizaré los términos -ya clásicos- de la lingüística moderna. No les hablaré ni de significantes, ni de significados, ni de sincronías, ni de diacronías, ni de signos, ni de códigos, ni de fonemas, ni de semiología.

Si acaso me limitaría a remitirles a ustedes a las lúcidas páginas del maestro Alarcos en sus "Estudios de gramática funcional del español" o, más sencillamente aún, en su pequeña "Gramática Estructural".

Pienso de todas formas que ciertos problemas lingüísticos deben ser conocidos y resueltos por el propio periodista sobre todo los que plantean las cada vez más numerosas y necesarias traducciones del inglés. Estos problemas, y en estos casos, afectan singularmente a los tiempos verbales y para ellos el magistral ensayo de Amilio Alarcos sobre "el perfecto simple y compuesto" en la primera de las obras citadas, da soluciones sapientísimas y -repito- de una lucidez total.

Este mismo temor ante temas que sobrepasan mi mediana cultura se me han planteado a la hora de considerar el periodismo como una rama de la Literatura con mayúscula. Aunque quizá en este campo mis incursiones vayan a ser más osadas e irresponsables, mi renuncia a tratar el tema en profundidad tiene parecidas razo-

nes que la anterior: la presencia y el magisterio entre nosotros del profesor F. Lázaro Carreter ante quien jamás me atrevería a emitir una opinión dogmática. El profesor Lázaro Carreter en su monumental obra "Lengua española. Historia, Teoría y Práctica" nos ha dicho todo lo que había que decir sobre el periodismo en tanto que género literario. A sus opiniones me remito, pues, con admiración y con respeto.

¿Y qué decir de la información en tanto que fenómeno sociológico? Aquí tenemos entre nosotros nada menos que al profesor Escarpit que nos ha ilustrado ya sobre el fenómeno. Y que lo ha hecho con esa terriblemente difícil sencillez con que escribe diariamente su "Au jour le jour" en "Le Monde" de París. ¡Robert Escarpit, mil veces imitado y jamás igualado por quienes se quiebran el cerebro tratando de apresar la actualidad cotidiana en las dos docenas de líneas en que el maestro exprime diariamente su talento!

Renuncio igualmente -y va de renunciadas- a otras disquisiciones sobre esa sutil ciencia que asoma ahora en el horizonte de nuestro conocimiento y que se llama "comunicología". Les confieso a ustedes con la mayor humildad que siempre he entendido muy poco de eso que los profesores Martínez Almendros, Dovifat, Gabel, Copple y otros sapientísimos doctores llaman el "mensaje periodístico" y que otro autor -y permítanme que esta vez oculte su nombre- ha sistematizado en tres aspectos: "mensaje de contenido cognitivo, discursivo o semántico".

Por lo tanto, y tras tantas renunciadas, proclamo mi neutralidad cuando no mi indignancia intelectual ante materias que parecen ocupar hoy importantes parcelas en los "curricula" de las Facultades y Escuelas de periodismo. Todo lo que en ellas haya de dogma o de doctrina tiene mi respeto. Mucho lo comparto y de mucho, también, discrepo.

Se preguntarán ustedes, probablemente con mucha razón:

¿Y de qué habrá venido a hablarnos este señor en un seminario dedicado al "Lenguaje periodístico"?

Pues he venido a hablarles a ustedes -no me cansaré de repetirlo: humilde y hasta abrumadamente- del lenguaje del relato periodístico. Pero no desde una perspectiva abstracta (si es que puede ser abstracta una perspectiva) sino desde la modesta, avasalladora, vibrante y a veces impaciente perspectiva del hombre sentado en la mesa de redacción o apercebido, bloc y lápiz en ristre, a la espera del personaje importante o sencillamente del hecho informativo.

El tema de mi ponencia es terminante y claro: "El relato periodístico". Me parece, pues, que mi primera obligación es ensayar una definición del término "relato periodístico".

Para ello, y dejando de lado otras pretenciosas definiciones, creo que es justo que recurramos al supremo vocabulario del español, es decir, al Diccionario de la Lengua Española, de la Real Academia, el cual en su decimonovena edición define así la palabra *relato*: (Del latín *relatus*) m. Conocimiento que se da, generalmente detallado, de un hecho. (Y en 2ª acepción: Narración, cuento).

El diccionario dice de *periodístico*: Perteneiente a periódicos y periodistas. (Y añade a guisa de ejemplo: lenguaje, estilo periodístico).

Si por un lógico itinerario a través de las páginas del diccionario rodeamos la palabra *periódico* cuya segunda acepción (la que nos interesa en este caso) es la de "impreso que se publica periódicamente", llegaremos a la palabra *periodista* a la cual nuestro Lexikon define así: Persona que compone, escribe o edita un periódico (y en segunda acepción: La que tiene por oficio escribir en periódicos). Perdonen.

Me atrevo, en consecuencia, a proponer la siguiente de finición para el término *relato periodístico*: Conocimiento que se da, generalmente detallado y escrito por un periodista, de un hecho.

Hemos llegado así al "momentum" del periodismo. Es decir, a la narración de un hecho. Yo pienso humildemente que en es ta tarea, la narración de un fenómeno, de un hecho -ya sea políti co, histórico, económico, cultural, etc.- reside toda la grandeza y, con toda seguridad, toda la servidumbre del oficio periodísti co.

Quizá, al abordarlo, entremos de lleno en una disputa que embarga desde su nacimiento al periodismo moderno. Me detendré lo justo ante el fenómeno porque no es éste el lugar ni el mo mento de discutirlo.

Se trata, como habrán adivinado ustedes, de la vieja discusión entre los partidarios del periodismo informativo y los del periodismo "opinativo" (y perdonen la palabreja). Entre aquéllos que piensan que la prensa debe *informar* y los que creen que, además, debe *formar*.

Permítanme que desde ahora mismo me inscriba en el ban do de los primeros. Aunque como cualesquiera de mis posibles oponentes, podría esgrimir largos argumentos a favor de mi postura, lo cierto es que ésta responde básicamente a la creencia firme, por mi parte, de que en el estado actual de nuestra sociedad lo que el hombre moderno debe esperar de un periódico y -lógicamente- de un periodista es justamente eso: la narración, es decir, el re lato de los fenómenos o de los hechos que tienen un interés "per se" o que de alguna forma configuran, alteran o influyen el deve nir cotidiano (o semanal, o mensual) de la humanidad.

Pienso yo -en términos generales- que al haber aumenta do notablemente -desde fines del siglo XVIII prácticamente- el

caudal de mensajes ideológicos que el hombre civilizado recibe por conductos diferentes a los del periódico, la hipotética, y posible, misión de éste (del periódico) como indoctrinador de sus lectores ha perdido su justificación ética, moral y social. Y pienso, igualmente, que con demasiada frecuencia esa prensa que *forma* en realidad *deforma*. Es una opinión personal, repito, pero no puedo sustraerme a ella.

Se me argüirá, con razón, que el solo hecho de manejar la información determina ya una posible manipulación de la misma. De acuerdo y no seré yo quien lo niegue. Pero como dijo hace cuarenta y tantos años un gran periodista norteamericano (creo que fue Henry R. Luce) "El periodista no puede ser nunca imparcial aunque tiene la obligación de ser siempre objetivo". Es decir, que dos y dos serán siempre cuatro aunque a unos les gustaría que fuesen cinco y a otros tres.

Llegados a este punto deseo pedir autorización al profesor Lázaro Carreter, director del seminario, para dar un giro al enunciado estricto de esta ponencia y para penetrar en el mundo más abstracto aún de una definición no del relato sino del propio periodismo.

Creo que básicamente los periodistas españoles estamos situados en este momento en un cruce de caminos. Se trata, a mi juicio, de elegir de una vez por todas entre dos fórmulas de periodismo. Comprendo que mis opiniones sobre el tema no son ni autorizadas ni, probablemente, inteligentes. Pero si ponen ustedes en el activo de mi modesta personalidad una larguísima andadura profesional, creo que justificarán cumplidamente esta osada incursión que hago en un campo demasiado complejo y quizá excesivo. Pienso, no obstante, que algo hay en mis ideas que puede interesar a los ilustres compañeros que acuden a este seminario.

Esta espaciosa introducción viene a cuento de que, en mi opinión, el periodismo mundial -o para ser más exacto, el pe-

riodismo occidental- se ha movido en torno a dos ejes claramente diferenciados.

Por un lado está lo que podríamos llamar concepción *sajona* -singularmente inglesa y americana- del periodismo en virtud de la cual éste se basa casi exclusivamente en la información que algunos llaman aséptica pero que yo llamaría simplemente objetiva. Es decir que se basa en el relato de los hechos de la actualidad sin incrustar en este relato consideraciones de orden personal ni florituras literarias.

Por el otro lado -o si prefieren ustedes en el lado opuesto- está la idea *latina* del periodismo. En este caso -que tiene sus expresiones más rotundas y brillantes en el periodismo francés, en el italiano y en el español- el periodismo se convierte en un auténtico género literario. El periodista *participa* en el relato periodístico de tal forma que su texto se convierte, la mayoría de las veces, en una mixtura, muchas veces atractiva pero siempre parcial, en la que se mezclan el editorial político, los juicios de valor y el alarde literario. En el caso español, concretamente, este último extremo es tan notorio que el llamado *artículo periodístico* se convierte, o se ha convertido hasta ahora, en un pequeño ensayo literario hasta el punto de crear un auténtico género sobre el que los profesores de literatura podrían razonar y analizar con amplitud. Apenas pueden citarse media docena de grandes nombres del periodismo español contemporáneo sin que automáticamente salten a la pluma expresiones como "galanura de estilo", "garbo literario", etc.

Pienso que todo ello se debe en general a una ausencia en ese periodismo latino de un mercado de la información pura y, en cambio, a una presencia de un mercado "cultural" que, probablemente y en el caso de España seguramente, está ocasionado por una situación de subdesarrollo también cultural que ha hecho muchas veces al periódico sustituto del libro. Inconscientemente el lector de periódicos ha buscado en las páginas de los cotidianos esa

dosis de alimento literario que cualquier espíritu por retrasado que se encuentre necesita diariamente. En un país en el que no se compraban libros se compraban periódicos.

Paradójicamente la situación se está ahora invirtiendo y mientras los periódicos latinos -o por lo menos los grandes periódicos latinos- se convierten cada vez más en transmisores de información pura y simple, en los países sajones está apareciendo un nuevo periodismo. La expresión es tan auténtica que se ha acuñado ya como una expresión profesional: el Nuevo Periodismo es lo que los americanos llaman ahora el "new journalism".

Acaba de publicarse en España la traducción de un libro titulado así, "El Nuevo Periodismo", cuyo autor, Tom Wolfe, es uno de los más notorios participantes de esta nueva tendencia que ahora empieza a cubrir como una mancha de aceite las páginas de los periódicos norteamericanos e ingleses. El fenómeno nació hacia 1962 y sus protagonistas fueron el propio Tom Wolfe, Jimmy Breslin, Norman Mailer, Rex Reed, Gay Talese y otros muchos ilustres colaboradores de la prensa norteamericana. En torno al pequeño grupo que se sentaba en un rincón de la redacción del desaparecido "Herald Tribune" neoyorquino fue naciendo esta nueva fórmula de un periodismo en que, según las palabras del propio Wolfe, "los nuevos periodistas se sumergían donde pasaban las cosas, tomando contacto con completos desconocidos, metiéndose en sus vidas de alguna manera, haciendo preguntas sobre las que nadie tenía derecho a esperar respuestas y pretendiendo ver cosas que no se tenían por qué ver".

Según Wolfe la máxima expresión de este género periodístico está en el libro de Truman Capote "A sangre fría", publicado en sucesivos capítulos por la revista "The New Yorker" en otoño de 1965. Pero, curiosamente, los pontífices de este Nuevo Periodismo justificaban la existencia del mismo como una salvación de la esterilizada y agonizante Novela. Es decir, los "nuevos periodistas" lo que querían en realidad era convertirse en escritores. Al escribir "A sangre fría", Truman Capote -naturalmente sin saberlo- estaba en realidad remedando una gran hazaña perio-

ística española llevada a cabo en los comienzos de la década de los treinta por un periodista español injustamente olvidado, Manuel Chaves Nogales, director del diario "Ahora" de Madrid, quien en larguísima búsqueda, tras una encuesta a veces dolorosa y difícil -en suma, tras una larga labor de reportero- había escrito un espléndido libro sobre la revolución rusa de 1917 titulado "El maestro Juan Martínez que estaba allí". Chaves Nogales había descubierto en París a un viejo bailar español de flamenco, el maestro Juan Martínez, que había sido testigo involuntario y azaroso de la gran conmoción rusa que acabaría con la implantación del soviétismo en el gran país eslavo. Chaves no se limitó a recoger el puro testimonio de Martínez. Con riesgo personal viajó a Rusia, interrogó a gentes, consultó documentos y, en suma, escribió un descomunal reportaje en el que preanunciaba ya la brillantez de los textos de Mailer, de Capote o de Breslin. El libro de Mailer sobre Marilyn Monroe -que como ustedes saben ha sido uno de los "best sellers" mundiales- no deja de tener unos ecos flaubertianos notorios. En los textos de Breslin -a veces textos maravillosos como aquella inolvidable columna que escribiera el domingo 24 de noviembre de 1963 en el "Herald Tribune" comentando la muerte de Kennedy, texto que probablemente fui yo el primer español en traducir-; en los textos de Breslin, repito, palpita a veces el vigor y la pasión de los mejores relatos cortos de Hemmingway. Las analogías con algunos periodistas franceses, italianos y españoles podrían ser infinitas.

Así pues podríamos concluir este breve intermedio "doctrinal" diciendo que a la hora en que los periodistas españoles "descubren" el periodismo anglosajón, los anglosajones descubren el periodismo latino.

En mi opinión nada se parece más a un texto de César González Ruano que un texto de Jimmy Breslin. O un texto de Tom Wolfe a un texto de Francisco Umbral.

Como ya he insinuado anteriormente la postura que yo

adoptaría ante estas dos tendencias del periodismo, en el sentido de que me pronuncio resueltamente por el relato objetivo, y si quieren ustedes despersonalizado pero -para volver a Henry Luce- nunca imparcial, como ya he tomado esa postura permítanme que pase a estudiar el propio relato periodístico.

1.- LOS CREADORES DEL RELATO

Pienso que cualquier aproximación al tema deberá hacerse desde la consideración de sus protagonistas. *Es decir, los autores del relato.*

Dejemos como sujetos extra-periodísticos -y por el momento- a los puros protagonistas del hecho relatado y concentremos en sus relatores.

Son éstos básicamente los periodistas. Digo bien *los* porque creo que éste es el momento de aclarar o -si lo prefieren ustedes- ahondar en un problema que no parece bien enunciado entre los que afectan a la prensa española y en general a la europea, primordialmente a la latina (y en esta condición incluyo, en cierto modo, a la iberoamericana).

El problema, para mí, es la escasa importancia que nuestro periodismo concede a la función del *editor*.

Creo que aquí se impone una aclaración puramente lexicográfica. Al decir *editor* no me refiero a lo que el Diccionario de la Lengua Española define como: "Persona que saca a la luz pública una obra, ajena por lo regular, valiéndose de la imprenta o de otro arte gráfico para multiplicar los ejemplares". Y mucho menos me refiero a esta otra definición que ofrece un desdichado diccionario "del periodismo" recientemente publicado en Madrid:

"En Prensa, persona o empresa que crea y mantiene una publicación, desde el punto de vista económico".

No. Uso el término *editor* en una desvergonzada y, si quieren ustedes, ligera y superficial adaptación de la misma palabra inglesa: en inglés *editor* (escrito exactamente como en español) quiere decir: "Persona que edita una obra literaria, artística o musical para ser publicada o para ser presentada públicamente". Y en segunda acepción: "Persona que supervisa la política o la producción de una publicación", "por ejemplo, editor deportivo". Y como *editar* (to edit) en inglés es "Preparar material escrito apto para su publicación o presentación", podemos fácilmente concluir que *editor* en inglés es lo que en español podríamos denominar "redactor-jefe" como se dice en la jerga periodística "jefe de sección" o si lo prefieren ustedes -que yo *no* lo prefiero- "jefe de área". Los ingleses y americanos reservan para la acepción española de editor, la palabra *publisher* que tiene esa connotación de "impresor" que hemos visto en las definiciones lexicográficas españolas.

¿Por qué esta digresión en torno al término editor?

Muy sencillo. Cualquier profesional o estudioso que eche una mirada al más importante fenómeno periodístico del mundo, al periodismo norteamericano, apreciará inmediatamente que en la ecuación periodística norteamericana entran invariablemente tres factores: "reporting", "writing" y "editing".

Los anglo-americanos disponen en su arsenal de lenguaje periodístico de un tiempo verbal prodigiosamente útil y desdichadamente inutilizable (o poco utilizable) en el español escrito si éste aspira mínimamente a una cierta elegancia. Me refiero al gerundio. Todo lo que el gerundio tiene, en español, de antipático, de ordinario, de tufo covachuelista lo tiene de brillante, de activo, de funcional y de útil en inglés. Pues bien, estos tres gerundios, "reporting" ("reportando", en la 2^a y 3^a acepción del verbo en castellano), "writing" ("escribiendo") y "editing" ("edi

tando", es decir "preparando" el material escrito para su publicación) expresan a mi juicio perfectamente la secuencia del relato periodístico. Si ésta ha de ser, como toda secuencia, una serie o sucesión ordenada de cosas que guardan entre sí cierta relación, ninguna fórmula se encuentra que sirva para hacerla tangible como esta americana. El relato periodístico tiene inevitablemente su origen en el *logro* de la información "en directo", es decir en el lugar mismo donde se ha producido el hecho informativo y en contacto con la persona, personas o cosas que han sido sus protagonistas. Esto es el "reporting".

Más tarde ese hecho informativo ha de ser escrito en un idioma claro, conciso y sencillo. Ese es el "writing".

Finalmente ha de ser "editado" por un jefe de sección o redactor-jefe que corrija los defectos del texto, elimine las repeticiones inútiles, complete los datos poco precisos, titule y, en una palabra, deje listo para las linotipias el texto elaborado por sus redactores. Este es el "editing".

2.- LA FUNCION DEL REPORTERO

Pasemos, pues, a estudiar brevemente estos tres elementos de lo que hemos llamado "secuencia" del relato periodístico.

El primero y como la misma palabra lo dice tiene como principal y casi único protagonista el reportero.

Antes de seguir adelante permítanme que haga una declaración tan subjetiva como apasionada: para mí no hay condición más noble entre las diversas condiciones del periodista que la de reportero. Por encima de directores, de subdirectores, de redactores-jefes, de jefes de sección, de escritores y de críticos bri-

lla como personaje supremo del periodismo el reportero, el hombre que ve o que busca la noticia, el que persigue sin treguas para el descanso ni distracciones estéticas a los protagonistas de la información. El que busca, rebusca, indaga, sigue, prosigue, completa y remata la información. El hombre "de la calle", ése que en el "argot" despiadado y burlón de las redacciones llamamos "el tacones", ése es el gran héroe del periodismo. Su función, fundamental en la vida de la Información y en el logro del relato periodístico, está admirablemente definida en un texto que me voy a permitir leer a ustedes. Se trata del prefacio aún inédito que un joven periodista español ha escrito con destino al libro de estilo de un diario madrileño. Se refiere al trabajo del reportero y dice así:

"Unas ideas generales sobre la información"

"El periodismo de hoy debe recobrar su carácter directo e informativo. Eso quiere decir, ante todo, que la información se lleva a cabo en la calle, en el escenario del suceso o del tema informativo que nos interesa. El teléfono es un auxiliar indispensable, pero no es nuestro vehículo principal. Los reporteros de nuestro diario -que es lo que son todos los miembros de las secciones, salvo quizá los de Extranjero basados en Madrid- deben saber cómo se logra información "en directo", y se esperará de ellos que trabajen siempre así.

"Tres géneros, sólidamente instalados en todo el periodismo español contemporáneo, van a ser a partir de ahora sistemática y concienzudamente evitados en las páginas de nuestro periódico: El periodismo "de interés humano" al estilo de algún conocido vespertino o de las revistas tradicionales. El periodismo-informe. El editorial disfrazado de información.

"El periodismo-informe consiste en un género descarnado, con abundantes cuadros sinópticos y gráficos, en el que el protagonista no es el hombre (o la mujer), sino la cifra y el dato.

Es pesado, prolijo, y debe desaparecer de las páginas de los periódicos y quedarse en las de los resúmenes anuales del Instituto Español de Estadística y en las memorias del Banco de España, que son sus residencias naturales.

"El periodismo "de interés humano" está en el otro extremo del arco iris informativo. A veces sensacionalista, a veces sentimental, siempre está falto de información precisa, de datos pertinentes, de valor puramente informativo. Hace tiempo que este género ha desaparecido de nuestro diario, pero su existencia merece recordarse, sobre todo para establecer lo que *sí* debe ser nuestro estilo. Lo que no ha desaparecido es la costumbre de hacer juicios de valor con el pretexto de analizar o interpretar la noticia, colocando así editoriales que, en el peor de los casos, falsean la información y, en el mejor, predisponen intencionadamente al lector en un sentido u otro, lo cual no es misión del artículo informativo, sino del editorial, y éste tiene un lugar y una presentación muy precisas en el periódico; desde luego, no está en las páginas informativas.

"Por lo tanto, debemos hacer una información ceñida a los datos -los pertinentes, sin excesos que abruman al lector o desvirtúen el fondo del artículo-, y a las personas, a las que *siempre que sea posible* debemos intentar *identificar*, con nombre, apellido y edad, quizá profesión, y quizá también una breve descripción de su forma de hablar o de ser, que la "coloque", la identifique, ante el lector; no es buen periodismo el decir siempre "la Asociación de Vecinos dice", "los padres de los alumnos dicen" *personalicemos*. Utilicemos sólo adjetivos descriptivos: un edificio macizo, un automóvil potente, una voz suave. Y los menos posibles. Todo ello, recordando siempre que el ser solvente y fiable no quiere decir "ser aburrido y constreñido", y menos aún "oficialista" en tono: es hora de que los redactores se den cuenta de que, casi siempre, es preferible decir "también" que "asimismo"; y de que vuelvan a la sencillez, a la llaneza y a llamar a cada cosa por su nombre.

"La obtención de información - algunas ideas"

"Valgan algunas observaciones muy pertinentes de un profesor de periodismo en la Universidad de Columbia, hechas en una nota a sus alumnos después de que éstos realizaran varias informaciones sobre política local y nacional:

"Vuestra cobertura política ha resultado desigual. Una de las razones de que se produjeran artículos flojos ha sido que los alumnos *no consiguieron hacer preguntas, preguntas difíciles*. Sencillamente, dejaron que sus fuentes hablaran a su aire, y copiaron concienzudamente las respuestas. No os estoy preparando para la profesión de taquígrafos. Si preguntáis a la gente sobre las elecciones, y os contestan que no les gustan las propuestas de McGovern sobre seguridad social, entonces lo que debéis hacer es, con preguntas cuidadosas e intencionadas, enteraros si de verdad saben qué programas de seguridad social ha propuesto McGovern, o si en sus respuestas hay un elemento de racismo. Esto se puede conseguir hablando de los barrios en los que viven los entrevistados: ¿Qué tipo de gente vive ahí, gente nueva? ¿Viven de forma distinta a ustedes los recién llegados -sin mencionarlo, pero lo que queremos saber es si son negros o puertorriqueños? Bajo McGo-vern, a esta gente se le daría tal y tal... Etcétera, etcétera.

"Otra cosa. Muchos de vosotros *no incluyen "background" información de fondo y explicativa, en sus artículos. Acudid a los archivos, a los recortes*. Antes de salir a la calle a cubrir un tema, leed los recortes en el archivo que estén relacionados con vuestro tema. Usad *siempre* los recortes, salvo en los casos en los que la hora de cierre se venga encima, lo cual no es frecuente.

"Con esos detalles de fondo, que colocan en perspectiva el tema, vuestros artículos ganan autoridad. Sin ellos, resultan superficiales. El periodismo necesita gente que sepa escribir con autoridad.

'En artículos sobre temas políticos locales, como los que hicisteis, intentad siempre *dar al lector una impresión de lo que es el barrio, la zona de que habláis.*

'Por ejemplo: ¿es una zona demócrata o republicana? ¿es de clase media? ¿judía? ¿negra? ¿italiana? ¿con residentes de edad avanzada? ¿con apartamentos, o con chalets? Etcétera. Haced lo mismo con la gente: *que el lector "vea" a las personas.* Dad su profesión, su edad, sus creencias políticas, y todo lo que se necesite y sea pertinente. Si los citáis entre comillas, dad también una impresión de cómo hablan, del lenguaje que emplean, porque esto revela su nivel cultural, su modo de vida, etc. (¿Sabéis lo que significa "etc."? Significa: ya no se me ocurren más ejemplos).

'Intentad mantener siempre vuestro artículo *bajo control.* Acordaos de que cada parte del artículo debe documentar, explicar, ilustrar y apoyar los principales datos o conclusiones que queréis establecer en el artículo y que han sido enunciados en el "lead" o entradilla. Si consideráis el artículo como un conjunto, como una obra estrechamente ligada, os saldrá bien. En los mejores artículos entregados, se ve que evidentemente *fueron sometidos a la reflexión antes de comenzar su redacción.* De hecho, la recolección de datos se hizo, no al azar, sino para alimentar un artículo ya pensado. Hay que *decidir en la misma escena del acontecimiento o de la información cómo va a ser el artículo, y entonces recoger los datos importantes.* No se puede sentar uno ante la máquina de escribir para redactar la información si no se ha "visto" el artículo en la escena misma del acontecimiento'.

"Naturalmente, hay que trasladar a nuestro caso las observaciones neoyorquinas, lo que no es difícil -explicar si hablamos de un barrio de inmigración reciente; de clase media baja; de construcción antigua; aislado del centro, etc.-, pero la metodología es siempre la misma, y hay que seguirla en Madrid o en Tombuctú, y sirve para la información política o la de fútbol.

"Las fuentes de noticias"

"La información se obtiene únicamente de cuatro formas:

1. Entrevistas.
2. Materiales impresos (recortes; actas e informes oficiales; documentos; lectura en general).
3. Acontecimientos preparados (discursos, conferencias, debates, ceremonias, etc.)
4. Informaciones privadas, indiscreciones, confidencias.

"Se podría añadir una quinta forma, casi imposible de emplear en realidad: que el periodista presencia directamente un acontecimiento imprevisto: una explosión de gas, un atentado... Normalmente, siempre se logrará información "de segunda mano", buscando a las personas que puedan haber asistido al hecho, y entrevistándolas.

"De las cuatro formas, la entrevista es la más importante. No se puede ser tímido, ni tampoco -vicio frecuente en ciertos sectores de la Prensa española- invariablemente impertinente. Hay que adecuarse a la persona entrevistada: ¿cómo sacarle la mayor cantidad de información posible? Debemos decidir, por puro olfato, el mejor método: impertinencia, insistencia, amabilidad, simpatía.

"Lo que cuenta es el resultado, recordando que la entrevista tiene por objetivo sacar toda la información útil que sea posible, incluso, en algún caso, la que una persona se quiere callar.

"Al redactar el artículo para nuestro diario, no incluiremos -salvo en casos excepcionales- mas que las respuestas interesantes de los entrevistados, no las preguntas del entrevistador.

Por lo tanto, no es necesario elaborar preguntas "agresivas" que demuestren lo "hábil" que es el periodista. Hay que hacer preguntas eficaces, que logren su cometido, sea cual sea su forma: obtener del entrevistado la respuesta informativa, o espectacular, o detallada, o reveladora, que es lo que se persigue. Y nada más.

"(Cuando hablamos de "entrevista", no se trata de ese género periodístico monolítico al uso en España ("voy a hacerle una entrevista a Massiel"), sino de la sencilla técnica que consiste en preguntar a personas pertinentes datos que nos sirvan para nuestra información).

"Es esencial comprender que, hoy día, debe desterrarse, salvo en casos excepcionales (una entrevista exclusiva con un importante político, por ejemplo), la información de "*fuentes únicas*". Por ello hay que echar mano, muy frecuentemente, de varios de los cuatro tipos de fuentes que hemos enumerado. Así, de una indiscreción o información confidencial podemos pasar a una entrevista con una persona relacionada con esa información, que la corrobore, la amplie o la desmienta; de ahí, a otra u otras entrevistas que maticen, completen o contradigan los datos ya obtenidos; todo esto, añadido a la información de "background", de antecedentes, o explicatoria, que sobre este tema nos dará el archivo o el Servicio de Documentación. Así se va formando la base de una información completa, de "*fuentes diversas*".

"Recordemos un principio esencial: cuando hay un litigio o una disputa, es *imprescindible* el recoger el punto de vista de las distintas partes. Esa diversificación de fuentes será desde ahora motivo de particular insistencia y vigilancia por parte de los jefes de área y de los redactores-jefe."

Hasta aquí el texto que les anuncié a ustedes. Espero que encuentren justificada la presencia aquí de esas líneas.

3.- LA FUNCION DEL ESCRITOR

El segundo paso es la escritura de esa información en un texto que responda por su claridad, su concisión y su expresividad a ése enorme esfuerzo que ha supuesto la obtención de todo ese arsenal informativo.

En este punto me parece obligado también opinar sobre una creencia tan generalizada como perniciosa y falsa en torno al reportero y al escritor de periódicos. Es la creencia de que el reportero no es un periodista completo y, en algunos casos, no debe intervenir en la redacción del relato. La idea es tan generalizada que en el mismo desdichado Diccionario del Periodismo a que me referí antes se define así al reportero: "Persona, frecuentemente *no* periodista, que busca sistemáticamente las fuentes de las noticias de cada día para realizar una información lo más completa posible. Recoge la noticia en la calle (continúa el diccionario) y después la elabora en la Redacción. En Televisión, el reportero es la persona que acompaña al filmador para realizar una información filmada. En muchas ocasiones *no* es un periodista".

Esta definición es tan disparatada que podría calificarse con aquel arcaísmo que un día resucitó, con su legendaria alacridad para el lenguaje el general De Gaulle: es un "chienlit". Mi amigo Forges hubiera traducido la expresión "chienlit" como "empanada mental".

Afortunadamente creo que antes de tantísima estupidez habíamos dejado bien claramente establecido que el reportero es el mejor y el más grande de los periodistas.

Frecuentemente es, además, un soberbio escritor. La misma desbocada vocación que ha puesto en encontrar la noticia la pone en "relatarla" con lenguaje llano, fácil, claro y expresivo. No voy a citar los nombres de los centenares de grandes reporte-

ros que además son sublimes escritores. Permítanme, sin embargo, que mencione a cinco reporteros natos que supieron, en cinco de las lenguas más cultas del universo elevar el reporterismo a la cima de la gran literatura: Edmund Wilson (antiguo reportero deportivo en un oscuro periódico de Dallas), en inglés; André Malraux, en francés (¿qué son "La condition humaine" o "L'Espoir" si no grandes reportajes?); Arthur Koestler, en alemán (sus reportajes sobre los primeros vuelos del Graf Zeppelin publicados en el "Berliner Tageblatt" son aún modelo en las escuelas alemanas); Indro Montanelli, en italiano, y mi padre, Víctor de la Serna, en español. Aparte, naturalmente, el citado y enorme Manuel Chaves-Nogales.

Pero volviendo al hecho mismo de la escritura periodística, permítanme que reproduzca aquí las consideraciones que en torno al tema hace el gran periodista americano Theodore M. Bernstein (que aparte el apellido nada tiene que ver con uno de los reporteros -¡otra vez los reporteros!- del famoso "team" del "Washington Post" que "se cargó" (!nada menos!) al expresidente Nixon. El Bernstein de que les hablo es quien fuera subdirector -es decir, "assistant managing editor"- del "New York Times" y profesor, durante 25 años, de la Facultad de Periodismo de la Universidad neoyorquina de Columbia.

En su admirable librito "Watch your language" (que podríamos traducir un poco precipitadamente como "cuidad con su lengua") escribe Bernstein a propósito (justamente) del relato periodístico:

"Escribir supone un deseo de comunicarse. Escribir noticias constituye un deseo de comunicarse rápidamente lo cual significa, también, comunicarse fácilmente".

Y continúa Bernstein: "Lo primero que tiene que preguntarse el escritor de periódicos es sobre qué va a escribir, y lo que realmente significan las noticias que va a dar. Si no acierta

a responderse apropiadamente puede ocurrir que se dé cuenta de que está escribiendo sobre un hombre que pasea un arco de crin de caballo sobre una cuerda de tripa en lugar de escribir sobre Isaac Stern tocando un concierto para violín de Bela Bartok".

Y ese Bernstein añade esto que me parece capital: "Inevitablemente la esencia de la información proporciona el "lead" o entrada del relato. Y ésta debe ser la principal preocupación del escritor-periodista".

Estas palabras de Bernstein nos conducen al que para mí es el principal elemento del relato periodístico: su comienzo. Ese momento en que el buen periodista se apodera de la atención del lector y suave, inteligentemente le sumerge en el relato. Como es natural si la prosa que sigue al "lead" no tiene el magnetismo de una buena entrada, de poco servirá la habilidad periodística del escritor. A este respecto el prologuista de ese libro de Bernstein, otro gran periodista, Jacques Barzun, dice: "Cuidado y pensamiento claro: éste podría ser el lema del escritor de periódicos. Palabras perfectas en perfecto orden". "Nunca serán demasiadas las advertencias en defensa de un buen uso de la lengua, de los modismos adecuados y del pensamiento claro y sin confusiones".

Pero volviendo al "lead" o entrada, o entradilla, o como ustedes prefieran, he de hacer algunas observaciones. El singular retraso con que en España penetran las técnicas no creadas aquí nos lleva generalmente a una suerte de "obsolescencia" (la tal palabreja -que conste- está admitida por la Real Academia en el suplemento de la XIX edición de su diccionario) en la aplicación de esas técnicas. Y así, en el tantas veces repetido e infeliz Diccionario del Periodismo encontramos esta definición de la "entrada", "entradilla" o "lead", como prefieran ustedes: "Primer párrafo de una información *donde hay que* (subrayado mío) resumir lo más importante de la noticia: quién, qué, cuándo, dónde y cómo", etc.

Como todos ustedes saben esto no es más que una imperfecta traducción de las famosas "uves dobles" de los viejos tratados de periodismo anglosajones: "who", "what", "when", "where" y "why".

Lo que ocurre es que la fórmula ya no es válida y que su estricta aplicación conduce a esos interminables "leads" hoy día tan de moda en los periódicos españoles.

Como dice Bernstein: "Un "lead" que llegue a las cien palabras puede convertirse en un indigesto potaje que habría que masticar por segunda vez".

Por ello el escritor de periódicos debe limitarse a exprimir el jugo de la noticia sin caer en la horrible trampa de los nombres completos (!ese nombre y dos apellidos que se cuelga ahora a cualquier hombre público! ¿Sabía alguien en tiempos de la II República española que don Indalecio Prieto se apellidaba también Tuero? Pues ahora todo el mundo sabe que el ministro de Comercio además de Lladó se apellida Fernández-Urrutia). Ni en la trampa de los términos legales o científicos enrevesados y sin la menor virtualidad. Ni en la de los datos inútiles sobre organismos oficiales. Y no digamos en la trampa de utilizar sin ton ni son expresiones absurdas salidas del lenguaje tecnocrático -que ni siquiera tecnológico- y en virtud de las cuales los periódicos parecen ahora panfletos de partidos políticos o prospectos de medicamentos. Ahora se leen expresiones absurdas traducidas de otros idiomas sin gusto ni acierto como "amplio espectro", "coyuntura problemática", "inmerso en la incertidumbre", "incidiendo en la estructura" y demás majaderías en las que se trasluce más que talento periodístico y habilidad narrativa una especie de pueril deseo de aparentar una formación cultural universitaria de alto bordo. No sé si se han fijado ustedes en un fenómeno que yo llamo, bromeando quizá, el del "alargamiento de las palabras". Aunque muchas de esas palabras estén admitidas por nuestro diccionario, lo cierto es que el castellano empieza a reclamar, en virtud de esta

absurda moda, cantidades cada vez mayores de papel para ser escrito. Así los "problemas" se han convertido en la "problemática"; la "novela" en la "novelística"; los "conflictos" en la "conflictividad"; la "confusión" en el "confusionismo"; el "deterioro" en la "deteriorización" y el "concentrar" en "concretizar"- !"Revolucionarización"!

Como escribía hace poco un gran lingüista español, el profesor Alonso Zamora Vicente: "Una lengua que se añade voluntariamente a una circunstancia humana, política o económica, se está encadenando a algo caduco, perecedero, transitorio" ("El País" 1 de abril de 1977).

No quisiera llegado a este punto casi final de mi pretenciosa ponencia, sacar a relucir un texto reciente aparecido en "Informaciones" de Madrid hace pocos días y en las que un gran escritor de periódicos que lleva mi apellido se dirige al "señor periodista" para rogarle el cuidado del lenguaje, para encarecerle el sagrado menester que la historia y la cultura de nuestro país le han encomendado: la salvación de la lengua castellana como vehículo civilizador.

Esta tarea -estas tareas-, esta misión del periodista de contar con claridad, con concisión y (como ahora se dice) "fácticamente" lo que está presenciando debe llevarse a cabo teniendo en cuenta esta afirmación del gran escritor británico Gerald Brennan, quien en el prefacio de su gran libro "Memoria personal", publicado hace pocas semanas en España, dice que "escribir un suceso significa ordenarlo y organizarlo". "El corresponsal -continúa Brennan- o el autobiógrafo toma los caóticos materiales que encuentra en su memoria y los organiza eliminando lo que es trivial y permitiendo así que resalte lo que es importante".

Esto se puede hacer utilizando no solamente los dones del escritor que "hace" estilo sino simplemente con la inteligencia del periodista que sabe transmitir al lector, en palabras sen

cillas y claras, el interés y la importancia de un suceso. A veces con esas simples armas se puede transmitir también la emoción.

Permítanme que dé fin a esta ponencia trasladándoles algunos párrafos de la soberbia crónica transmitida en la madrugada del lunes 25 de noviembre de 1963 al "New York Times" por su corresponsal en Washington, el gran periodista norteamericano Tom Wicker, indudablemente una de las primeras figuras de nuestra profesión de todos los tiempos. La crónica de Tom Wicker comenzaba así:

"Washington, lunes 25 de noviembre.- Millares de entristecidos americanos han desfilado ayer y en la mañana de hoy ante el féretro del finado John Fitzgerald Kennedy, en la Gran Rotonda del Capitolio de los Estados Unidos. El cuerpo del señor Kennedy yacía en el centro de la amplia y marmórea estancia. Mucho después de la medianoche de hoy la silenciosa procesión de afligidos ciudadanos continuaba. Algunos lloraban. Todos estaban acongojados. Mientras las dos filas se movían en un amplio círculo a cada lado del féretro cubierto por la bandera americana, los únicos ruidos que se escuchaban eran apenas el arrastrar de pies y las quedas voces de los policías pidiendo al público "muévanse, muévanse, sigan moviéndose hacia adelante".

A las 2:45 de la madrugada de hoy 115.000 personas habían desfilado ante el féretro.

Ayer por la tarde una multitud estimada en 300.000 personas se agolpaba en Pennsylvania y Constitution Avenue para contemplar el paso del armón que portaba el cuerpo del 35º presidente de los Estados Unidos, muerto a los 48 años de edad por la bala de un asesino.

Tras el furgón, y siguiendo una tradición militar, mar

chaba un caballo sin jinete, llevando a su grupa un par de botas militares calzadas con espuelas de plata.

El caballo era "Sardar", un purasangre que pertenece a la señora de Kennedy.

La viuda del presidente Kennedy, sus dos hijos, el presidente y la señora Johnson, y el hermano del finado, el ministro de Justicia de los Estados Unidos Robert F. Kennedy, marchaban en el primer coche de un cortejo de diez automóviles que seguía al féretro (...).

Tras describir con la misma contenida emoción y con el mismo minucioso detalle la marcha del cortejo funerario, todo ello a través de cuatro largas columnas del periódico neoyorquino, Tom Wicker proseguía así aquella inolvidable crónica, que para mí sigue siendo uno de los modelos de gran periodismo que jamás me ha sido dado leer:

"El furgón y los coches que le seguían llegaron a la escalinata del Capitolio a la 1:50 de la tarde, 45 minutos después de que el féretro abandonase la Casa Blanca. Una salva de 21 cañonazos retumbó sobre la multitud y sus ecos llegaron hasta la vasta plaza situada al norte de Union Station.

Una banda militar interpretó la marcha "Hail the Chef". Mientras ocho hombres llevaban a hombros el féretro desde el furgón y subían lentamente los escalones de mármol, la misma banda interpretó suavemente -quizá en honor de los servicios prestados por el señor Kennedy que casi le costaron la vida en la Segunda Guerra Mundial- el himno de la Marina "Eternal Father, Strong to Save".

Describe a continuación Tom Wicker los discursos pronunciados en la Rotonda del Capitolio por los dignatarios que acudie-

ron a rendir el último homenaje al asesinado presidente. Y termina así su crónica:

"Muchas de esas palabras fueron inaudibles en gran parte de la estancia que no ha sido construida para que se pronuncien discursos en ella. Hasta las voces más vigorosas se perdían en el amplio espacio abierto que va desde el p^étreo suelo hasta el arco de la cúpula del Capitolio.

Durante los discursos la señora Kennedy escuchaba con soberana apostura y parecía oír todo intensamente. Las lágrimas corrían por el rostro de Robert F. Kennedy. En el momento en que la señora Kennedy se adelantó y se arrodilló ante el féretro de su esposo, todos los que la vieron se sintieron profundamente conmovidos.

Cuando todo hubo terminado la señora Kennedy y sus hijos descendieron lentamente la escalinata del Capitolio. La seguían el presidente y la señora Johnson. Al pie de la escalinata y a la moribunda luz del atardecer hablaron algunos momentos.

La señora Johnson tenía cogidas las manos de la señora Kennedy mientras hablaba con ella y en un momento dado colocó su rostro en el cuello de la viuda del presidente fallecido. Luego el presidente Johnson tomó la mano de la señora Kennedy y empujándola con la otra la hizo entrar en un coche que partió al momento (...).

Tras ellos, en la soledad de la rotonda dejaban el cuerpo de John Fitzgerald Kennedy sobre el mismo catafalco en el que había yacido -hace 98 años- el cuerpo de Abraham Lincoln, el primer presidente americano que fuera asesinado. Contemplando la escena con sus silenciosos ojos de piedra, y desde la entrada norte, se al

zaba la estatua de James A. Garfield, el segundo presidente que cayera ante un asesino.

Luego fue el momento de abrirse las puertas para aquellos que esperaban fuera".

Creo que esta admirable lección de periodismo dice más que todo lo que yo pudiera añadir a esta ponencia.

VI

LENGUAJE DE LOS TITULARES

por

Emilio Alarcos Llorach

Catedrático de Gramática Histórica

de la Lengua Española de la

Universidad de Oviedo

Vamos a comenzar con una perogrullada: la lengua utilizada en los titulares no puede ser esencialmente distinta de la que empleamos todos los días para comunicarnos con nuestros semejantes de la misma comunidad. Si aquí hablamos español, será esta lengua la que nos ofrezca las piezas necesarias -y las normas oportunas de combinarlas- para redactar los titulares, con objeto de que cumplan su misión: la de informar al destinatario. No obstante, todos sabemos que las secuencias lingüísticas constituidas por los titulares no coinciden estrictamente con las que exteriorizamos de costumbre para intercambiar impresiones con los interlocutores. Las causas de esta disparidad más o menos evidente no pueden residir en circunstancias propiamente lingüísticas, porque al redactar un titular, como al interpelar a nuestros vecinos, o al dirigirnos con emoción o ternura a personas queridas, o insinuarnos con habilidad y sumisión a alguien de quien pretendemos conseguir algo, etc., etc., estamos manejando con mayor o menor precisión y contundencia el mismo instrumento, la lengua española. La divergencia en todas esas situaciones radica en el aspecto final del producto lingüístico. Y éste tiene que provenir sin duda de las circunstancias extralingüísticas, las cuales nos imponen una selección adecuada del material ofrecido por la lengua para conseguir con eficacia nuestro propósito de comunicación o de influencia sobre nuestro oyente. En suma, las diferencias entre

unos titulares y una declaración amorosa o una orden o un ruego no proceden del material lingüístico empleado, sino de la *situación* en que nos manifestamos (y los fines a que apuntamos). ¿Cuál es, pues, la situación en que se producen los *titulares*?

Buscaremos en vano en el D.R.A.E. la definición de este término. Todavía no aparece en él, aunque acoge la expresión que le ha dado origen, la de *letras titulares*, entendiéndola como las mayúsculas empleadas en portadas, títulos, principios de capítulo, carteles, etc. Según ello, y prescindiendo del detalle de que no siempre nos las habemos con letras mayúsculas, se puede afirmar que *titulares* es hoy un término especializado que ha sustituido al primitivo de *título* en los usos propios de los periódicos. Por ello sería aceptable para nuestra palabra una de las definiciones académicas correspondientes a *título*, y definir los *titulares* algo así como una variedad de *rótulos*, esto es, los letreros con que se indica o se da a conocer el contenido, objeto o destino de un escrito impreso en los periódicos. Constituyen, pues, los titulares una especie de extracto o resumen de otra manifestación lingüística más amplia y circunstanciada a la que aludo de concentradamente, y que está físicamente contigua.

Este hecho, la referencia a un contexto contiguo, pone evidentemente en relación a los titulares con otras manifestaciones lingüísticas en que también ocurre tal adherencia física -o contigüidad- del producto de lengua con la realidad a que hace referencia. Aludo a todas esas manifestaciones generalmente escritas que podemos englobar con el término de *rótulos* y que abarcarían diferentes variedades con las que logramos -o pretendemos- identificar ciertos objetos o dar alguna pista acerca de su contenido o aclarar lingüísticamente otros productos comunicativos. Así, las *etiquetas* o *marbetes*, los *píes* explicativos de fotografías o grabados, los *epígrafes*, *títulos*, *titulillos* etc. de determinados escritos o partes de ellos. El papel que desempeñan todos esos tipos de *rótulos* es evidentemente común, su finalidad grosso modo aclaratoria y, por decirlo así, ancilar los separa con niti-

dez de las manifestaciones lingüísticas habituales, aunque los materiales lingüísticos empleados pertenezcan en uno y otro caso a los mismos repertorios que ofrece cada lengua a su usuario. Lo diferencial, pues, de los rótulos -y en particular nuestros titulares- respecto a los demás productos de la lengua consiste en un rasgo no lingüístico, a saber, su peculiar función práctica, que es obvio, tiene que condicionar de algún modo sus características, puesto que la lengua nos sirve precisamente para eso, para distinguir objetos que no son lingüísticos. De manera que sería más propio haber titulado estas consideraciones "Uso de la lengua en los titulares" y no simplemente "Lenguaje de los titulares".

En los usos diarios de la lengua, nuestras manifestaciones hacen referencia (o si se prefiere designan) a experiencias, vivencias etc. que queremos comunicar. Para ello, como se sabe, el hablante analiza los elementos de la realidad (real o imaginada es igual) y hace que se correspondan con una serie de elementos lingüísticos mediante la selección y la combinación de dos tipos de unidades o magnitudes: las de la expresión (manifestada en una secuencia de sonidos) y las del contenido (constituido por un bloque organizado de significaciones que distinguen y conocen todos los hablantes de la misma comunidad). Los productos resultantes, las manifestaciones concretas de la lengua, son entendidos por el interlocutor que a través de ellos descubre la *referencia* a la situación comunicada. red

Pues bien, en el caso de los rótulos, aunque son productos de una misma selección y combinación de las magnitudes de expresión y contenido de la lengua, nos encontramos con una situación distinta, porque el objeto a que hacen referencia está siempre físicamente presente; por tanto no es necesario evocar mediante procedimientos estrictamente lingüísticos lo que ya está ante la vista. La comunicación lingüística ofrecida por los rótulos se circunscribe así a añadir un complemento de información a lo que ya está patente por otros medios o por la propia presencia de la realidad referida. Por ejemplo, la etiqueta adherida a una bote-

lla sólo nos comunica datos especificadores de lo que la simple contemplación de ella nos permite saber; el pie de una fotografía nos delimita las particularidades de lo que ya en ella vemos. No es distinto el papel de los titulares: si una etiqueta reza "Agua oxigenada" y nos indica así el contenido de la botella en que está pegada, un titular como "Joven destrozado por un tren" nos indica también -cierto que por concentración, resumen o alusión- el contenido del escrito que encabeza. Así, en los rótulos la comunicación lingüística no trata de evocar una situación real ausente, sino más bien señalar, mostrar algo que está patente por otros procedimientos. La nota particular de los titulares respecto a los otros rótulos consiste en las peculiares características del objeto a que se refieren: los titulares hacen referencia a otra comunicación lingüística más amplia y del tipo habitual con la que están en íntima relación espacial.

La función práctica de los titulares no es en principio distinta de la de otros rótulos como las etiquetas. Sirven para identificar ciertos objetos, distinguiéndolos de otros. Si contemplamos en un anaquel varias botellas con líquido incoloro, la etiqueta adherida a cada una nos evitará el tener que probarlos u olerlos para distinguir la ginebra del vodka, del anís o del orujo. De igual manera, los titulares nos permiten distinguir, sin leerlos todos, los escritos que nos interesan rechazando los que nos parezcan no pertinentes. He aquí una finalidad primordial de los titulares, la de distinguir entre varias comunicaciones que se nos ofrecen. Y esto nos lleva a una conclusión importante: si bien los titulares están constituidos por materiales lingüísticos y por tanto son manifestaciones de la lengua como otras cualesquiera, no obstante funcionan autónomamente en otro campo comunicativo: el de la ordenación, jerarquización y clasificación de ciertas comunicaciones lingüísticas que podemos llamar para abreviar "noticias informativas". Tienen así que constituir los titulares un sistema semiológico particular que aunque derivado de la lengua se superpone a ésta. Y como en todo sistema semiológico (por ejemplo en las señales de tráfico) donde sus unidades cum-

plen una función distintiva (es decir, se diferencian unas de otras), hemos de separar dos planos o aspectos concretos: la señal perceptible (en nuestro caso los titulares) y el objeto a que alude (en nuestro caso la "noticia informativa"). Entre titulares y noticia viene a establecerse una relación análoga a la que mantienen entre sí el significante y el significado de los signos propios de los sistemas lingüísticos. Los titulares serían como la expresión del contenido que conlleva la noticia. Pero en los sistemas lingüísticos el único plano perceptible es el significante manifestado por una sustancia (oral o escrita), mientras el significado se oculta en una sustancia intangible. En el sistema semiológico informativo que suponemos, la sustancia de los dos planos es idéntica y ambos son perceptibles. Con otras palabras: cada uno de los dos planos del sistema semiológico es a su vez un sistema lingüístico, mejor dicho, dos utilizaciones diversas del mismo sistema lingüístico. Analicemos esto con calma. La noticia, como cualquiera otra manifestación de lengua, es un decurso de unidades de expresión que significa un bloque de determinados contenidos, los cuales designan o hacen referencia a ciertas realidades que queremos comunicar. Los titulares, en cambio, cumplen un doble cometido: En primer lugar, como manifestaciones de lengua que son, presentan esa misma apariencia de un decurso de unidades significantes lingüísticas que significan determinados contenidos mediante los cuales aludimos a ciertas realidades comunicables. Pero, además, constituyen una secuencia que está en lugar de la noticia y por tanto es su expresión o significante. En lengua, decimos que la secuencia de sonidos /árbol/ es el significante del contenido "árbol". Igualmente, si leemos los titulares "Macías libertado" y a continuación la noticia "Por fin se ha acordado el indulto del ex auditor de Marina, Sr. Macías, habiéndose dado ya las órdenes oportunas para que se le ponga en libertad" (El Correo de Asturias, 24-V-1910), semiológicamente podemos decir que "Macías libertado" es el significante de la noticia citada, si bien lingüísticamente tanto los titulares como la noticia son expresiones diferentes asociadas con significados que aluden a la misma realidad. De esto se desprende que al tratar de los titula-

res debemos separar radicalmente sus dos aspectos: 1º Como manifestaciones lingüísticas que son pueden analizarse del mismo modo que cualquier otro producto concreto de lengua (entre ellos también la noticia) determinando su composición, las unidades lingüísticas utilizadas etc. Y 2º Como representantes de las secuencias informativas que llamamos noticias deben analizarse semiológicamente con criterios ya no estrictamente lingüísticos, puesto que el fundamento de la relación entre titulares y noticia se encuentra en la mayor o menor adecuación de las referencias reales efectuadas por los unos y por la otra.

No es la ocasión de entrar a fondo en el estudio de estas relaciones titulares-noticia, porque su examen requiere largo tiempo y demorada meditación. Aquí nos limitaremos a sugerir algunos aspectos dignos de consideración y de desarrollo ulterior.

Hemos dicho que los titulares han de ser distintivos en el sentido de su diferenciación respecto a los demás que aparezcan en el mismo contexto, esto es, aproximadamente la página del mismo periódico. Pero también han de cumplir otra función esencial: la de indicar brevemente y con claridad (si se quiere, sin ambigüedades) el contenido de la "noticia" que encabezan. Para ello la referencia real que como secuencia de lengua efectúan ha de coincidir con los elementos principales de la situación real que como secuencia de lengua efectúan ha de coincidir con los elementos principales de la situación real a que se refiere el curso lingüístico de la noticia; lo designado pormenorizadamente por la noticia. Los titulares como abarcan más, aprietan menos que la noticia. De ahí las notas que, con respecto de la noticia, caracterizan los titulares: concentración, resumen y alusión. Los titulares y la noticia son productos de dos análisis lingüísticos de una misma realidad comunicada, cada uno de los cuales se ha efectuado mediante filtros de potencia diferente. Los titulares sólo dejan pasar "lo fino", la noticia permite introducir en el producto lingüístico resultante los detalles, lo accesorio, lo específico. Es obvio que la noticia procede genéticamente a los

titulares y por lo tanto condiciona a éstos en el sentido de que manteniendo la misma referencia real deben extraer de ella sus rasgos esenciales. Con esta reducción de elementos lingüísticos y consecuentemente referenciales, es claro que los titulares nunca pueden igualar en precisión y cantidad informativas a la noticia, ni tampoco lo pretenden. Porque si semiológicamente los titulares presuponen la noticia, lingüísticamente funcionan como comunicación independiente y muchas veces su información es lo bastante orientadora para que el lector pueda abstenerse de la lectura de la noticia. Pero en otras muchas ocasiones la finalidad de los titulares, en lugar de limitarse a la adecuación de su referencia real con la designada por la noticia, busca subrayar la importancia, el interés, la novedad de ésta y animar a su lectura. En este sentido se podrían distinguir titulares objetivos y titulares subjetivos, según predomine en ellos la intención de adecuar su referencia lingüística a la referencia de la noticia o de hacer resaltar algún otro aspecto de los elementos que en ella se contienen, o de las relaciones extralingüísticas entre ella y los dos agonistas de la situación (el redactor y el lector).

Para cumplir con estas tres funciones esquemáticamente apuntadas (la distintiva entre titulares y titulares del mismo contexto, la de adecuación de las referencias reales de titulares y noticia, y finalmente la de despertar el interés del lector), los titulares disponen, junto con los habituales recursos lingüísticos, de los propios de los materiales en que se manifiestan. Por tales entendemos tanto los tipos y cuerpos de la imprenta como la distribución espacial a lo largo y lo ancho de la página. Estos rasgos gráficos son sin duda elementos significativos que permiten establecer diferentes oposiciones entre unos titulares y otros (y, claro es, entre las noticias a que se refieren). No voy a entrar en detalles sobre estas cuestiones precisamente ante personas mucho más entendidas que yo. Sólo querría insistir en que estos rasgos gráficos (de tamaño, tipo, situación) de los titulares forman parte significativa de ellos y así añaden a la estricta secuencia lingüística otros contenidos sobre la importancia

que tiene la noticia (o la que se le atribuye), sobre su novedad, sobre su trascendencia etc etc. Tampoco conviene olvidar que estos rasgos gráficos no son sólo producto individual, sino que están además además sujetos a normas variables con el tiempo o con el espacio. Para no hablar del diverso relieve gráfico que ofrecen en sus titulares los periódicos de hoy día, comparemos sólo los pequeños titulares de un diario de hace cincuenta años con la primera página de algunos actuales, convertida casi en índice o sumario de las noticias incluidas en sus hojas interiores. Quiere esto decir que los titulares han pasado hoy, en muchas ocasiones, de ser etiquetas informativas escuetas de las noticias -esto es, de cumplir una función identificadora- a desempeñar un papel apelativo, de llamada de atención al destinatario. Y como en la lengua habitual, este cambio de función predominante -la representativa por la apelativa- conlleva modificaciones sustanciales en la selección y la combinación de las piezas lingüísticas utilizadas. La intención del redactor de este tipo apelativo de titulares ha variado: no le interesa en primer término facilitar la tarea selectiva de lectura informativa al usuario apresurado del periódico, sino despertar su interés para que se engolfe en la digestión de la noticia demorada. Esta argucia, naturalmente, es mucho más frecuente en los titulares correspondientes no a noticias propiamente dichas sino a escritos menos objetivos y más personales como son las crónicas y los comentarios de diverso tipo. En estos no importa tanto la adecuación de la referencia de los titulares a la del escrito que encabezan, como el propósito de "hacer picar" al lector y arrastrarle a la lectura. Compárese por ejemplo este titular objetivo reciente: "Suárez explicará al país su participación en las elecciones" (cuya referencia es lo suficientemente explícita para que el lector no se preocupe de ampliarla leyendo la noticia subsiguiente), con el ambiguo y suspensivo de este comentario también reciente: "¿Elecciones presidenciales?" cuya referencia lingüística es tan amplia que no designa ninguna realidad concreta e invita a la lectura del texto de la noticia para saber a qué atenerse. Como sistema de comunicación superpuesto en cierto modo al propio de la lengua, el uso de los titulares mane-

ja junto con los recursos lingüísticos otros materiales de carácter gráfico. Todos juntos (en su propia relación semiológica con el contenido de la noticia) sirven para significar, en grados variables según los casos, las referencias típicas hacia las que apuntan las tres funciones que ya señaló Bühler en la misma lengua: en primer lugar la de representación (o designación de los hechos que se quieren comunicar y que se refieren más ampliamente en el decurso de la noticia); luego, la de apelación (para atraer al lector y, en caso propicio, convencerle del contenido de la noticia); finalmente, la de la exteriorización (o manifestación de las concretas intenciones del emisor o autor de la noticia y de los titulares). Según la calculada combinación de elementos lingüísticos y gráficos correspondientes a la ejecución de esas funciones, los titulares serán expresión de los infinitos matices de una gama que va desde la adecuación objetiva a la referencial real de la noticia hasta su manipulada tergiversación subjetiva.

Como se sabe, la información suministrada al receptor de cualquier manifestación lingüística consiste en la suma de las referencias aportadas por los elementos de la secuencia lingüística expresada y los datos consabidos o presentes en la situación en que aquélla se produce, es decir no sólo las circunstancias patentes ante emisor y receptor sino también las implícitas para ambos por sus comunes experiencias previas. No es necesario para comunicarnos "decirlo todo", sino sólo aquéllo que no se desprende automáticamente de la situación. Sin otro contexto, una expresión como "Uno solo" sería insuficiente para evocar una referencia concreta en la realidad, porque su capacidad de aplicación abarca infinitas situaciones reales. Sin embargo, si expresamos esa secuencia ante el mostrador de un bar, la situación externa es tan explícita que a pesar de su vaguedad se convierte en manifestación perfectamente inequívoca, como lo demuestra el hecho de que nuestro interlocutor cumple nuestros deseos sirviéndonos una taza de café negro. Igualmente, para personas ajenas a las implicadas en el mensaje, ¿qué referencia concreta efectúa un decurso telegráfico como "Operación anulada regresa inmediatamente"? Pero para el

destinatario, conocedor de la situación en que actúa el emisor, la referencia resulta del todo transparente. Pues bien, la contextura que adoptan los titulares también presupone una comunidad de situación por parte del redactor y del lector. Si no existe, es imposible su interpretación correcta y no se alcanza su concreta referencia. De la situación debemos excluir los datos que ofrece la noticia, ya que éstos, lo nuevo, es lo que intentan anunciar los titulares para aumentar la información del destinatario. La situación en que se instalan los titulares está constituida por "lo que pasa en el mundo", ese conjunto de saberes que se suponen conocidos del lector medio, y en los cuales la referencia hecha por los titulares introduce el aviso de una novedad o de una modificación, que naturalmente sólo quedará explícita a través del curso de la noticia. Los titulares tendrán que ser el reflejo de las características que tenga la noticia en cuanto a su relación con ese mundo consabido del destinatario. Si la noticia comunica hechos nuevos no presupuestos por la situación, el texto de los titulares habrá de clasificarlos adecuadamente; si en cambio señala las concretas soluciones de hechos previstos en la situación, los titulares servirán para identificar sus resultados. Veamos dos ejemplos de las dos situaciones en estos titulares: "Silbatos para llamar a enfermeras", y "Ni una multa al Burgos". En el primero se clasifican ciertos hechos novedosos y se ponen en situación, destacando el ingrediente más curioso de las referencias apuntadas por la noticia: que un sanatorio, en la actualidad, cumple deficientemente su cometido no resulta materia digna de relieve; lo que, en cambio, resulta insólito, y por tanto pertinente desde el punto de vista informativo, es el procedimiento de apelación a las enfermeras. Los silbatos son el centro que se resalta como novedad y en torno a ellos se articula la realidad que se quiere comunicar, la tan conocida del estado caótico de la asistencia sanitaria (presupuesto implícito de situación que no es necesario subrayar). En el segundo ejemplo, por el contrario, el lector conoce -o debería conocer- ciertas circunstancias previas que hacían esperar determinados acontecimientos, que son los que especifican la noticia; con los titulares se quiere resaltar lo

inesperado de la modificación previsible: las irregularidades sucedidas en El Plantío no han merecido ninguna sanción; y su referencia se limita a identificar el resultado de un proceso conocido. El primer ejemplo aporta nuevas situaciones; el segundo sólo completa lo que ya estaba presente en el "universo de discurso" del lector. En consecuencia, la economía de procedimientos lingüísticos es mayor en el segundo caso que en el primero.

Después de todo lo expuesto, podríamos intentar aquí un esquema provisional de clasificación de los titulares desde el punto de vista de su relación semiológica con la noticia-texto y con la noticia-referencia. Decimos esquema provisional, porque habría que examinar un corpus más extenso de ejemplos y profundizar su análisis. Sin embargo, creo que a partir de él se podrá llegar, con las debidas modificaciones, a un estudio más completo de los titulares como sistema de comunicación.

1. Admitiendo que los titulares son un resumen lingüístico de la noticia, podemos distinguir, según su amplitud, entre dos tipos extremos: *amplios* y *concentrados*. Pongamos un par de ejemplos. Titulares amplios: "Una jornada electoral histórica: Aunque el total de concejales en España acusa mayoría de monárquicos, en Madrid, capitales de provincia y pueblos de importancia, triunfan los antidinásticos", (Norte, 14-IV-31), o este otro: "Una subversión militar se extiende desde nuestro protectorado de Africa a diversas ciudades de la Península. El movimiento tiene el alcance de una reintegración nacional. En V. todas las fuerzas de seguridad, asalto, guardia civil y ejército se suman unánimemente al movimiento y alentadas por la acción ciudadana ocupan todos los centros oficiales y todos los puestos de mando" (Norte, 19-VII-36). Son titulares tan amplios que equivalen prácticamente a noticias abreviadas y nos llevan a plantear la cuestión, que aquí no vamos a decidir, de determinar dónde se sitúa el límite entre noticia y titulares, límite que probablemente más que absoluto es consecuencia de la función distinta de una y otros (acaso el hecho de que los titulares presuponen la noticia y no al revés)

Ejemplos de titulares concentrados: "Concluido el sumario por la muerte de Carrero", "El Atlético, eliminado". No ha de olvidarse, sin embargo, que la amplitud de los titulares puede estar condicionada por los presupuestos de situación a que aludíamos más arriba. Es evidente en los ejemplos que acabamos de poner: la existencia de un contexto consabido perfectamente permite la concentración, mientras su ausencia exige una manifestación lingüística más demorada.

2. Los titulares pueden captar con mayor o menor intensidad lo esencial de la noticia; su concentración necesaria puede abarcar el total de la noticia o limitarse a alguna de sus partes. Tendremos así titulares *completos* e *incompletos*, o mejor *explícitos* e *implícitos*, independientemente de su brevedad. Dentro de los explícitos podríamos distinguir entre los que, adoptando términos tradicionales llamaríamos *proprios* y *figurados*, o si se prefiere *normales* y *anormales*. Los primeros concentran la noticia reduciéndola a lo que se considera esencial (y, claro es, prescindiendo de lo conocido por la situación). Son propios y completos los titulares que hemos mencionado hace un momento, igual que estos otros: "El PSP propone un compromiso económico", "Gromiko se entrevista con el primer ministro hindú", "Los oficiales condenados llegan a Mahón", "España bajo la República: La familia real sale para el destierro", "En Madrid, al tirotarse con unos serenos, resultó un herido grave", "Hace explosión un petardo en un bar de la calle de Jesús", "Muerte de Guimerá", "El paro de PNN, en fase final", "El Presidente en Toledo" etc. Son explícitos también, pero figurados, aquellos titulares en que lo esencial de la noticia se transfiere mediante cualquiera de las viejas figuras de la retórica, sinécdoques, metonimias, paradojas etc. etc. Por ejemplo: "Dinero cobrado al PC se utilizará en un monumento a Franco", "La lluvia produce un muerto", "Cantarero alquilará un helicóptero", "Según se levanta la casa, se va hundiendo", "Suspendida la suspensión". En estos casos, al suprimir referencias a elementos de la noticia, lo que se realza constituye un enunciado más expresivo y más chocante. En cuanto a los titulares implícitos, hemos de

decir en primer lugar que también su límite frente a los explícitos es algo fluctuante, puesto que sus características están apoyadas o desdibujadas por el conocimiento mayor o menos que el lector tenga de la situación. Consideramos típicamente implícitos los titulares que en la referencia que efectúan dejan sin especificar una incógnita más o menos amplia, sólo soluble con la lectura de la noticia (y no por los elementos de la situación). Presentan incógnita parcial titulares referentes a noticias que no se refieren a los hechos y a los agonistas habituales de "lo que pasa en el mundo". Un ejemplo sería el citado antes "Silbatos para llamar a enfermeras". Otros: "Llamamiento en favor de siete disidentes soviéticos", "Alcalde gallego acusado de aterrorizar a los vecinos", "Con una jarra de china le parten las narices". Estos titulares que presentan incógnitas informativas se deben normalmente a que lo que se escamotea en la referencia no ofrece transcendencia para la configuración del universo de conocimientos del lector: poco le importa en el último ejemplo que el afectado por el jarrazo sea Evilasio García o Erundino González, naturales de un pueblo de Palencia; si por el contrario la noticia se refiriese a un incidente político sufrido por un ministro japonés, los titulares hubieran sido más explícitos. Pero otras veces los titulares implícitos responden a la intencional ocultación de la referencia de la noticia con objeto de obligar a su lectura: "Una propuesta", "Provisión de vacantes", "La proximidad de Marte". Ya aludimos anteriormente al frecuente uso de titulares implícitos (y en su caso figurados) para las noticias-comentarios: "¡De acuerdo!", "Libertades con reparos" etc., ejemplos que resultan equiparables con otros rótulos como los títulos de libros, poemas etc., y cuya función más referencial es sugeridora (y por tanto apelativa).

3. Un tercer criterio de clasificación de los titulares se basa precisamente en la actitud que adopta el redactor al formularlos, y consecuentemente en sus intenciones sobre el lector. Esto es, los titulares pueden dejar traslucir la opinión aprobatoria o la censura del emisor, que reflejará así su propio pensa-

miento o el parecer del equipo a que pertenece. Apuntamos algo de esto al señalar la disposición de los rasgos gráficos de los titulares, que en última instancia dependen no sólo de la importancia de la noticia-referencia sino también de la manera de apreciarla el redactor. Pero limitándonos a la expresión lingüística de los titulares, ésta puede quedar teñida o no por las particulares ideas e intenciones de su formulador. Naturalmente que encontraremos muchos grados, pero en los dos extremos podemos oponer titulares *asépticos* u *objetivos* y titulares *comprometidos*. Estos últimos pueden llegar a desvirtuar completamente la referencia real de la noticia. Basten unos pocos ejemplos. De titulares asépticos: "La ciudad de Managua, capital de Nicaragua, destruída por un terremoto", "Una fecha histórica: el Rey transmite sus poderes y en toda España queda proclamada la República", "Retirada una proposición incidental de los socialistas, el señor Cid explana su interpelación sobre la situación en el campo". Hay mil modos de titulares comprometidos. Pongamos sólo unos ejemplos: tenemos simple calificación de la noticia en este: "Trágicos y execrables sucesos. Secuestro y muerte del diputado de Renovación Española, señor Calvo Sotelo.- El teniente de Asalto, señor Castillo, es muerto a tiros". En este otro se asegura lo que en la noticia se acuesta al parecer del rotulador: "La derecha presiona a S. contra la amnistía total". Y a la información sobre eclesiásticos candidatos a elecciones se le pone figurativamente estos titulares: "Los curas a la greña electoral". Por último: "¿Toros bravos? ¡Ja!".

Basten estas apresuradas clasificaciones como introducción al estudio que está por hacerse de la función comunicativa de los titulares, y pasemos ahora al análisis, también forzosamente rápido, de los tipos de configuración lingüística que ofrecen.

El carácter de noticia abreviada propio de muchos titulares explica que con gran frecuencia estén constituidos por manifestaciones lingüísticas completas, esto es, por oraciones que contienen los elementos sintácticos normales de la lengua. Encontraremos así todos los tipos posibles, desde el más simple en que

la oración se reduce a su núcleo hasta los más complejos en que se hacen explícitos todos sus posibles términos adyacentes. No obstante, el afán de concentración puede llevar a eliminar en los titulares ciertos elementos constitutivos de la oración por ser fácilmente recuperados por el contexto lingüístico. Los titulares sintácticamente completos no aportan para nuestro examen ningún interés especial. Son productos de lengua que podrían aparecer en cualquier otra situación de habla. Ya hemos citado con otros motivos algunos titulares de esta especie formulados como oraciones complejas e, incluso, como yuxtaposición de varias oraciones. Por ejemplo, recordemos el referente a los inicios de la guerra civil compuesto por tres oraciones con segmentos de diversa función sintáctica: "Una subversión militar se extiende desde nuestro protectorado de Africa a diversas ciudades de la Península. El movimiento tiene el alcance de una reintegración nacional. En Valladolid todas las fuerzas de seguridad, asalto, guardia civil y ejército se suman unánimemente al movimiento y alentadas por la acción ciudadana ocupan todos los centros oficiales y todos los puestos de mando". O bien, véanse estos otros: "Sobre el enunciado general de 'La política agraria de la República' explanó interesante conferencia en el teatro Calderón el ministro de Agricultura, Ruiz Funes", "Un portaviones inglés aborda a un transatlántico francés cerca de Gibraltar. Han resultado treinta muertos y numerosos heridos". Titulares tan circunstanciados y sintácticamente tan complejos no son hoy muy frecuentes, pero sí abundan los configurados como oraciones completas aunque abreviadas por la supresión de elementos sintácticos marginales: "Muchos de los dimitidos podrán volver a sus cargos sin renunciar a su escaño", "Malta se aproxima a los países árabes", "Las tropas de Zaire prosiguen su avance hacia la frontera angoleña", "Empleadas de hogar protestan por sentirse discriminadas", "Huyen dos pistoleros", "Dimiten en pleno dos ayuntamientos", "Mazarrasa era el propietario", "Los espacios publicitarios han sido adjudicados". Aunque se mantenga íntegra la estructura sintáctica de la oración, son muy usuales dos reducciones consistentes en desgajar bien lo que llamaríamos segmento locativo, bien el sujeto léxico de un verbo *dicendi* (que

por otra parte se elimina). Ejemplos del primer caso: "Francia: Barre presenta su segundo plan económico", "Vigo: finalizó el conflicto en Ascón", "Nueva York: el presidente se reúne hoy con hombres de negocios norteamericanos", "Teatro: peligra un desnudo masivo". En estos titulares la economía lingüística es más bien escasa, puesto que en definitiva sólo se ahorra el empleo de una pieza tan modesta como es la preposición *en*; pero, según veremos, la expresión adquiere un especial relieve mediante la escisión que marca gráficamente los dos puntos entre el encuadre locativo y la oración propiamente dicha. Con el segundo tipo de reducción se economiza el verbo *decir* (y también algún utensilio gramatical) pero a la vez se puede conservar la expresión directa del hablante señalado y además se produce esa misma separación entre la mención de éste y la oración reproducida. Compárese la larga secuencia de estos viejos titulares: "Leon Blum dice en nombre del gobierno francés que su país quiere la paz para todos y con todos los pueblos", con la contundencia más lapidaria de estos otros más recientes: "Gil Robles: El Gobierno nos hipoteca", "Arrabal: Siempre he sido anarquista". Estos titulares con reducción, aunque conservan la estructura normal sintáctica de la oración, descubren ya rasgos típicos de la situación en que se producen, porque esa partición en dos segmentos de la secuencia no se daría en otras situaciones de habla.

Sin embargo lo que se da con mayor frecuencia en los titulares son construcciones que sintácticamente no sean oraciones completas por eliminación del núcleo verbal. Esta supresión no es un uso restringido a los titulares. Tanto en la expresión escrita como en la oral son muy abundantes las llamadas frases nominales, o mejor oraciones sin verbo, especialmente cuando se trata de estructuras atributivas. El casi nulo contenido léxico de los verbos *ser* y *estar* utilizados como núcleo de tales construcciones permite su elusión cuando el contexto es explícito, sustituyéndose su función por otros procedimientos (entonación, pausas) Ocurre incluso que en algunas lenguas -y en ciertos contextos- la eliminación de *ser* es lo habitual (ruso, árabe, latín). En espa-

ñol es frecuente en manifestaciones como las que ofrece el refranero: "Año de nieves, año de bienes", "Juego de manos, juego de villanos", "Mal de muchos, consuelo de tontos". Los titulares hacen amplio uso de este recurso económico que permite la lengua y enfrentan como dos elementos contrapuestos el sujeto léxico y el atributo (que semánticamente es el elemento central del predicado): "Carter, partidario de la incorporación de España a la CEE", "Nadia Comaneci, una campeona poco simpática", "El Atlético, eliminado", "La legalización del PC, antojo presidencial", "Concluído el sumario por la muerte de Carrero", "Secretario de juzgado, expedientado por figurar en las listas", "Científicos berlineses, contra la venta de centrales nucleares a Brasil".

Pero el contexto permite en los titulares la elusión de otros verbos, empezando por el impersonal *haber*, y siguiendo por otros fácilmente deducibles por la capacidad de combinación léxica de los elementos lingüísticos presentes: "El paro de PNN [entra] en fase final", [Hay] "Escasas perspectivas de éxito para la huelga del comercio", [Se dan] "Facilidades para los franceses residentes en el extranjero", "Hoy, a las seis de la tarde, [se celebra] el festival de la Asociación de la Prensa", etc. En algunos casos se llega así a expresiones que podemos llamar nominalizadas, puesto que la secuencia de los titulares se convierte en una especie de nombre identificador, en una como etiqueta que bautiza el contenido de la noticia. Esto es particularmente visible cuando los titulares se configuran lingüísticamente como un segmento funcional unitario, esto es, el equivalente de lo que en una oración normal desempeñaría un oficio concreto (de sujeto, de complemento etc.): "Nuevas propuestas del primer ministro de la oposición", "Desaire de los cristiano-demócratas alemanes al canciller Schmidt", "Nuevo robo de documentos al ex premier Wilson", "Expulsión masiva de norteamericanos en Etiopía", "Relevo del comandante general de Ceuta", "La reunión de los rectores de Universidades", "Asalto al Banco de Cataluña". En muchos de tales ejemplos el proceso de nominalización de los titulares se ha producido trasponiendo el lexema del presunto verbo nuclear de la ora-

ción a otra unidad lingüística de función nominal con idéntico contenido léxico en las citas anteriores, por ejemplo, encontramos sustantivos como *robo*, *expulsión*, *relevo*, *reunión* etc. que por poseer idéntico contenido léxico han sustituido a los verbos *robar*, *expulsar*, *reunir*, *relevar*. Al mismo tiempo las unidades que en la oración completa hubieran cumplido funciones adyacentes con el verbo, en la formulación nominal pasan, con los procedimientos gramaticales oportunos, a ser determinaciones del sustantivo: por ejemplo, "Se reúnen los rectores" → "La reunión de los rectores".

De todos los ejemplos mencionados se desprende que en los titulares elípticos predominan dos tipos de estructura lingüística bien diferenciados, que podemos llamar titulares *unimembres* y titulares *bimembres*. Los últimos son tan característicos en nuestra situación que ya hemos visto que contagian su estructura a los titulares constituídos por oraciones completas, que quedan escindidas por la anteposición de alguno de sus componentes sintácticos (casos como "Cines de Madrid: Se acaba la huelga", "Correos: ¿empresa pública?").

Para analizar la diferentes estructura de estos dos tipos de titulares, unitarios y bimembres, convendría recordar que en la sustancia de contenido de la noticia (como en la de cualquier otra situación de habla) se pueden separar dos elementos esenciales, que llamaríamos "tema" y "tesis" (los que Bally denominaba "thème" y "propos"); esto es, en toda situación se trata de alguien (o algo) y se le atribuye (o se dice de él o de ello) algo. El hablante, y lo mismo el redactor de titulares, puede configurar lingüísticamente esa situación bien reuniendo en un todo funcional el tema y la tesis, bien separándolos y como si dijésemos enfrentándolos. Según una u otra actitud, el resultado lingüístico es unitario o es bimembre. No quiere decirse que en la estructura unitaria se confundan los dos elementos, que evidentemente persisten, pero quedan configurados sintácticamente como su bordinado uno al otro. Así, en el ejemplo citado "Expulsión masi-

va de norteamericanos en Etiopía", el tema "norteamericanos" está subordinado a la tesis "expulsión", sustantivo del que depende sintácticamente y que constituye con él un segmento funcional unitario. Si considerásemos una oración completa como "El gobierno etíope dispone la expulsión masiva de norteamericanos" todo el segmento hubiera desempeñado globalmente en ella una sola función (la del llamado "complemento directo" o implemento). En cambio, la estructura bimembre destaca diferencialmente los dos componentes de sustancia, tema y tesis, cuya expresión lingüística en una oración completa se hubiera configurado en dos unidades con función independiente. Así, en "El Atlético, eliminado", el tema "Atlético" y la tesis "eliminado" quedan rigurosamente separados, en correlación con las dos funciones distintas que las unidades lingüísticas correspondientes hubieran desempeñado en la oración completa "El Atlético ha sido eliminado", esto es, respectivamente, la de sujeto léxico y la de atributo.

Los titulares unitarios pueden presentar todas las estructuras sintácticas posibles en el grupo sintagmático nominal, es decir, un núcleo nominal acompañado de uno o más términos adyacentes de los diferentes tipos existentes en español: adjetivos, sustantivos con índice preposicional, oraciones traspuestas con relativos... Unos ejemplos: "Banquete", "Una propuesta", "Niño ahogado", "Un accidente motorista", "Provisión de vacantes", "Tiros en la calle de Sevilla", "Entierro de los muertos en los últimos combates", "Accidente automovilístico cerca de Cabezón", "El consejo de guerra por negligencia en Jaca", "Concentración enemiga frente a Uad Lau", "Silbatos para llamar a enfermeras", "Nuevas intervenciones de la Iglesia sobre temas políticos", "Niños que robaban en el templo", "Trágica imprudencia que produce dos víctimas".

Para estudiar los titulares bimembres, por lo que llevamos apuntado, deberíamos dejar al margen la cuestión de si constituyen o no oraciones completas, puesto que hemos visto que la bimembración es un recurso expresivo que se difunde también a las

oraciones claramente explícitas. La intención de la estructura bímembre se dirige bien a contraponer esos dos elementos de la sustancia de situación que llamamos tema y tesis, bien a desgajar por marginación o por relieve alguno de los elementos constitutivos de la secuencia lingüística completa, bien -en los casos de coordinación- a marcar el contraste entre dos temas o dos tesis conectados con la misma tesis o, respectivamente, con el mismo tema. Pongamos, además de los ya citados, algunos ejemplos de estas últimas posibilidades de coordinación: "Una noche en el aire y desciende el globo", "No podía soportar la pena por morir su esposo y se suicida", "Asaltan una casa y sólo roban una gallina".

Vemos, pues, que la condensación sintáctica y la bimetración expresiva de los titulares son dos notas muy características. Se podría añadir que la relativa preferencia por las estructuras de tipo nominal se deben a que no son frecuentes en la expresión oral. En efecto, el titular citado "Muerte de Guimerá" con estructura nominal ha sido preferido al también posible "Ha muerto Guimerá". La elección del primero se debe sin duda a que su estructura como expresión lingüística autónoma sólo es posible en situaciones muy restringidas, mientras el segundo sería el único posible en la situación de habla normal. En este camino de reducción de elementos sintácticos y gramaticales de los titulares se incluye cierto estilo que por fortuna no está muy difundido aquí pero que es muy frecuente en las costumbres tituladoras del otro lado del Atlántico. Me refiero a un tipo de titulares en que la intención económica de ahorrar unidades lingüísticas se acerca a lo habitual en la redacción de telegramas. Consiste no sólo en la supresión de los elementos lingüísticos fácilmente deducibles del contexto, sino también de los elementos gramaticales, cuya ausencia perturba la intelegibilidad del texto o por lo menos lo hace ambiguo y equívoco, y de la ordenación anormal de las unidades sintácticas. Unas cuantas muestras, en que la supresión de artículos y la casi sistemática anteposición del verbo dificultan la transparencia del titular (sin tener en cuenta el mimético y molesto uso de mayúsculas a lo anglosajón): "Embajador chileno en

Guatemala goza de paz y libertad", "En marcha plan de desarrollo minero", "Crimen muestra a qué extremos puede conducir la violencia", "Gobierno anunció creación de impuesto único a la renta", "Recursos geotérmicos serán sólo estatales", "Calores aumentan niveles en embalses de la zona central", "Termina debate en la Unesco sobre libre información", "Legal el castigo corporal de alumnos desobedientes", "Postergan consideración de un proyecto de ley", "Implantarán corazones mecánicos movidos por la energía del átomo", "Rechazan líderes negros plan de avenimiento inglés", "Analizan denuncia contra cónsules", "Por golpista, arrestan viuda de Mao Tse-Tung", "Se reduce dinero en circulación".

En un estudio lingüístico de los titulares habría que pararse a tratar otras muchas cuestiones. Una muy interesante consistiría en el análisis de las formas verbales, sobre todo en lo que respecta a sus valores modales y temporales. Por ejemplo, los usos del potencial que pudiéramos llamar dubitativo y que presupone una implícita prótasis: "S. recibiría hoy a G." (si es cierto lo que se dice); o bien las neutralizaciones de valores temporales: las formas de presente sustituyen en los titulares a las de pasado utilizadas en la noticia, como en este ejemplo "En la Asamblea de la Sociedad de Naciones se da lectura al memorandum italiano" frente al *se ha dado lectura* que aparece en la noticia. Un análisis más detenido podría llevarnos a determinar los motivos por los cuales se emplean unas formas u otras para la misma realidad concreta; por ejemplo: ¿por qué la diferencia entre estos dos titulares: "Barre *presenta* un nuevo plan económico" en presente, y "El primer ministro francés *presentó* ante la asamblea su plan económico bis" en pasado?

No es la presente ocasión oportuna para desarrollar todas esas cuestiones. Hemos de terminar. Espero que las sugerencias que anteceden sirvan de primer desbroce de un terreno de estudio que sin duda promete resultados interesantes tanto para la lingüística como para la ciencia de los signos en general.

VII

RELACION LENGUAJE-IMAGEN EN EL PERIODICO

por

Juan Luis Cebrián

Director de "El País"

La investigación sobre las ciencias sociales y de la comunicación está demasiadas veces hecha por aficionados, y me temo que este caso mío sea una prueba más de semejante aserto. Los periodistas somos narradores de noticias pero no expertos en materias como semiología, lingüística, gramática, psicología social o sociología, todas ellas necesarias a la hora de construir un análisis teórico sobre la influencia y el comportamiento de los medios de comunicación de masas. Vaya por delante esta confesión, porque sí me considero, en cambio, un buen aficionado al estudio de dichos medios y un curioso de cuanto se escribe en esta materia. Por lo mismo, si puedo aportar además mi experiencia de quince años de periodismo activo en prensa y televisión, quizás ayude a arrojar alguna luz sobre temas en los que los teóricos de oficio navegan por su parte sin demasiado rumbo. En efecto, los habitualmente considerados *científicos de la comunicación* desconocen en nuestro país, con demasiada frecuencia, los condicionamientos reales y prácticos de los medios, y el comportamiento humano de quienes trabajan en ellos. Y pretenden, no pocas veces, sublimar su ignorancia a base de pedantería, poniendo oscuro lo que todos ya veían claro.

El tema de esta ponencia, *relación lenguaje-imagen en el periódico*, está gracias a Dios tan ambiguamente enunciado que

es posible internarse en él en la seguridad de que no ha de aburrirnos el recorrido. Tradicionalmente, o al menos general e inconscientemente, se contempla la palabra como elemento fundamental de expresión de la prensa y la radio; y la imagen como la base informativa de la televisión o el cine. Se olvida con frecuencia no ya el papel eminente que juegan las fotografías y dibujos en los periódicos, o el hecho de que haya revistas y diarios que buscan su éxito y su mensaje en el hecho de ser "*gráficos*", sino, sobre todo, que la palabra impresa es también una imagen-símbolo, un diseño gráfico ella misma, y que el periódico todo él se trata a la postre de un objeto global, con una visualización propia, que no sólo se lee línea a línea sino que se ve en su conjunto y, por si fuera poco, se toca.

Esta concepción del periódico como imagen y de las palabras como diseño gráfico va a ocupar algún tiempo de nuestra meditación de ahora en adelante. Pero antes quisiera detenerme un minuto sobre el aspecto táctil de los diarios y revistas que acabo de apuntar. El sentido del tacto es el menos intelectualizado y sofisticado de cuantos existen, menos aún que el del olfato o el gusto. Albert Kienz* pone de relieve que el tipo de mensaje en la comunicación es definido siempre de acuerdo con los medios sensoriales por los que se emite, pero sólo han sido verdaderamente estudiados los que afectan a la vista y el oído. El periódico, no obstante, y aunque de modo secundario, está también hecho para tocar. La calidad del papel y el formato, especialmente en comunidades poco evolucionadas o letradas, son esenciales a la hora de introducir una publicación en el mercado. El rechazo de los periódicos "sábana" por la sociedad española, desde que el ABC adoptara precursoramente un formato tabloide, no deja de ser significativo. El lector medio asume aún la convicción de que un periódico de

* (Pour analyser les media, l'analyse de contenu, Mame, 1971, Paris, France, página 23).

ese tipo es el más cómodo para leer -independientemente de su contenido-. Pero esta comodidad está referida únicamente al sentido del tacto y no al de la vista. En realidad en un periódico "sábana" la vista recorre en mucho menos tiempo más cantidad de información. Y en este aspecto sí sería mucho más cómodo que un tabloide. Comodidad de lectura, se entiende, no de manejo. Si la economía de tiempo y de esfuerzo visual es pues un valor de ese género, el ABC resultaría enormemente incómodo. Pero si es la facilidad en la manipulación del objeto, la poca complicación a la hora de pasar las hojas -por más que sea verdaderamente difícil buscar en ellas dónde está lo que nos interesa-, si en definitiva hablamos del poco espacio que ocupa sobre la mesa de desayuno o lo bien que se transporta el diario sin deterioro físico de sus páginas, entonces hay que decir, y quiero hacer notar que no pongo en ello reticencia alguna, que el ABC es, sin duda, el periódico más cómodo del mundo. Táctilmente hablando.

Esta consideración sobre la influencia del tacto en los diarios y revistas se hace extensiva de forma notable a la calidad del papel empleado, detalle abandonado con demasiada frecuencia en manos de los administradores o gerentes de las publicaciones. Los periodistas debieran aprender que aún cuando lo que venden sea información ésta va envuelta en un objeto. No es cuestión de aceptar a pies juntillas la máxima de que el medio es el mensaje, pero parodiando a Mac Luhan habría que decir que el medio periodístico es desde luego también el mensaje por cuanto hace referencia a sentidos como el del tacto; y un aserto de este tipo no debe pasar desapercibido a la hora de describir un estilo de comunicación.

Pero volvamos al tema concreto que nos ocupa. La relación lenguaje-imagen en el periódico adquiere dos significados de principio. Uno que podríamos considerar tradicional, consistente en el análisis de la relación entre la palabra escrita, el texto del diario, y todo lo demás: fotografías, dibujos, comics, publicidad, y titulares, en cuanto que los titulares son muchas veces

más un signo puramente gráfico que un concepto verbal.

El otro aspecto de la cuestión, ya apuntado, es el que considera al periódico mismo como una imagen coherente y global, como un símbolo total del mensaje que emite. Con frecuencia este es el terreno más abandonado por los profesionales de la información y evidencia uno de los hechos más irritantes de la prensa tradicional de nuestro país, que ha ido abandonando esa concepción coherente de *símbolo global* para convertirse en una yuxtaposición de mensajes sin más continuidad ni intención que la numeración correlativa de sus páginas.

Sobre ambas cuestiones trataremos, siquiera someramente, de aportar algunos principios teóricos y una descripción de la respuesta que a ellos ofrece la prensa española actual.

DEL SIGNIFICADO AL SIMBOLO

El análisis estructural permite dividir a los mensajes en literales y simbólicos, bien se produzcan por denotación o por connotación. La denotación es la simple definición que se desprende de una palabra o una imagen cualquiera. La connotación juega con las evocaciones subjetivas del emisor y del receptor del mensaje. Esta distinción aparentemente abstrusa es esencial a los periódicos. Una misma palabra adquiere así contenidos o sugerencias bien diferentes según la publique EL ALCAZAR o DIARIO 16, pues el periódico juega con la propia imagen que de él se han hecho sus lectores. También las evocaciones varían según el momento emocional colectivo que envuelva a las palabras. *Vasco*, por ejemplo, no es sino un denominativo de un pueblo concreto, pero adquiere significados de represión política, de problema constitucional, de miedo, de xenofobia, de enemigo, de desorden, de injusticia, de terrorista, de revolucionario o de preso político según quién lo

diga, y dónde, y quién lo lea también. Los periódicos, consciente o inconscientemente, se dedican por ello a crear un estilo propio de narración, que no basta que sea claro y conciso sino que trata de responder a la identificación precisa entre el diario y los lectores. Se produce así una codificación del lenguaje, específica para cada medio y comunidad a la que se dirige.

Durante mucho tiempo este *lenguaje* ha sido cuidado por los periodistas, incluso por los de los medios más sofisticados, sólo desde el punto de vista del léxico. Las fotografías en los periódicos españoles, y hasta en las revistas, carecen por lo general de una codificación explícita de su mensaje. Las más de las veces son meras ilustraciones del relato, y existe un abandono objetivo del periodismo gráfico en los diarios, quizás abrumados por la potencia arrolladora de la televisión.

El hecho es tanto más chocante cuanto que España es uno de los pocos países que mantiene diarios de estructura predominantemente gráfica, utilizando un arcaico sistema de impresión: el hueco-grabado. La aplicación de éste a la prensa diaria es cada vez más difícil de encontrar fuera de nuestro país. Los descubrimientos del offset y la mejora de la impresión tipográfica, más la tendencia creciente hacia el llamado periódico-libro, han arrumbado aquellas experiencias, más parecidas hoy muchas veces a los álbumes de cromos que a otra cosa. Lo que nació como un verdadero descubrimiento periodístico casi revolucionario, como un código concreto de comunicación, ha acabado por convertirse en eso. El hueco-grabado condiciona tan seriamente algunos de los más importantes diarios españoles que se produce en ellos un hecho verdaderamente insólito: son los únicos periódicos que en realidad cuentan con dos primeras páginas, la de fuera y la de dentro. La única razón visible para mantener semejante estructura es la de que resulta un excelente soporte publicitario, en tanto en cuanto se sea capaz de mantener un alto nivel de circulación. Por lo demás, y al margen de la calidad de reproducción de las fotografías, todo son inconvenientes.



Pero la situación no es mucho mejor en los diarios que combinan fotografías y textos. Decía antes y repito ahora que no se ha creado entre nosotros un estilo de periodismo gráfico, y aunque es difícil decir cuáles son las asignaturas peor enseñadas en las escuelas de periodismo y facultades de ciencias de la Información, ésta sin duda ha sido una de las más desatendidas. Siempre me ha sorprendido que una rama de la susodicha facultad sea Imagen y otra Periodismo, como si el periodismo no se expresara a través de la imagen en un ochenta por ciento de las veces. Esta tendencia a convertir en gramáticos a los futuros reporteros y en directores de escena a los cámaras de TV o a los fotógrafos de prensa es muy propia de la cursilería de parte de nuestra Universidad. La mitomanía intelectual española es el peor peligro que nos acecha en este terreno. Y al final causas tan complejas generan efectos prácticamente caseros: no existe un tratamiento de la imagen, en ninguno de sus sentidos, en la prensa española. Desde la fotografía a la confección, pasando por la selección de tipos o el *comic* no hay una coherencia, entre la intencionalidad del periodista escritor y la imagen visual del periódico, entre el contenido y la formalización física del mismo.

La experiencia de EL PAIS, sobre la que luego me extenderé un poco, ha sido, en lo que a la fotografía se refiere, casi un fracaso total. Si bien en los comienzos del periódico hubo un intento verdadero de combinar periodismo escrito con periodismo fotográfico, la falta de preparación de nuestros profesionales -especialmente de los profesionales de la pluma y no de los de la cámara- acabó con el empeño. No hay una educación visual entre los periodistas españoles y no hay una comprensión del valor de la imagen como efecto expresivo en la narración de noticias. Las fotografías de nuestros periódicos son sólo ilustraciones: sirven de acompañamiento, pero casi nunca nada más. DIARIO 16, en este momento es, me parece, el único que trata nuevamente de sobrepasar esta barrera y de tender un hilo comunicativo entre el lector y el periódico a través de la imagen fotográfica. Por lo menos ha brá que desearle suerte.

Volviendo a nuestro anterior razonamiento cabría decir que las fotografías de nuestros periódicos apenas recurren a la evocación simbólica y ofrecen solamente significados literales. La máxima china de que *una imagen vale más que mil palabras* es básicamente mal comprendida o desconocida por la mayoría de nuestros periodistas y la ausencia de un lenguaje escrito y gráfico coherente es como decimos lacerante.

Una excepción a este hecho reside en la publicación de *comics* y dibujos humorísticos. La historieta y los chistes ofrecen un buen ejemplo de lo que los expertos denominan mensajes múltiples (los que se emiten a través de varios canales combinados). Un periódico es él mismo -debería serlo- un caso de mensaje múltiple, o al menos de múltiple mensaje: vista y tacto, lenguaje escrito y gráfico, definiciones y connotaciones contribuyen en él a un mismo fin de comunicación con el lector. En este sentido es difícil encontrar un caso más sobresaliente de acoplamiento entre texto e imagen que el que producen los *comics*. Paralelamente, la identificación de los lectores con su mensaje es enorme. Aun en los tiempos de más férrea censura del franquismo, Mingote era un oasis de libertad e ingenio en el ABC. El, junto con Forges, Chummy Chúmez, Máximo, Perich, Peridis y tantos otros hicieron posible el milagro de la comunicación incluso en épocas de evidente rechazo de la prensa por parte de la opinión pública. Las historietas y los chistes juegan fuertemente con la evocación y, por lo tanto, con la subjetividad del lector. El sobreentendido, el entorno social, el "estar en el ajo" por así decirlo, es básico para poder sumergirse en el mundo de los humoristas de periódicos. Y al final éstos forman un cuerpo coherente y compacto con el propio medio en que se expresan de modo y manera que es casi imposible pensar en Forges fuera de INFORMACIONES, en Mingote lejos del ABC o en Peridis sin dibujar en EL PAIS.

La utilización de dibujos no cómicos resulta por el contrario muy escasa en nuestra prensa y tan carente de sentido como la de las fotografías. Es evidente que una de las cosas más

difíciles de realizar son gráficos a un tiempo científicos e inteligibles por los profanos, o mapas adecuados, y rara vez nuestros periódicos se ocupan con acierto de ellos. Por lo demás el mundo de la ilustración que lucha por abrirse paso en las revistas y en los suplementos de los grandes diarios, no acaba de encontrar tampoco su camino. Quizá por razones económicas, pues los dibujantes encuentran mayor rentabilidad trabajando en temas publicitarios, pero probablemente también -y una vez más- por la falta de fé de nuestros periodistas en la imagen como elemento expresivo.

Así resulta que el impacto gráfico de nuestra prensa diaria está reservado casi exclusivamente a la publicidad y a los titulares. Respecto a la primera hay que decir que se debate aún en un caos considerable, en lo que a su expresión en los periódicos se refiere. Mientras las agencias cuentan con buenos especialistas, diseñadores y técnicos, profesionales, en fín, capaces de montar su trabajo sobre ideaciones concretas, la publicidad en nuestros periódicos no obtiene sino un trato esencialmente comercial. No conozco que exista en ninguno de nuestros diarios un verdadero departamento de diseño publicitario, fundamental en todos los cotidianos sajones, incluso en los regionales o locales.

La mezcla de anuncios y de informaciones provoca en los periódicos el efecto de un verdadero mosaico. El lector se ve obligado a seleccionar en él su atención. El profesional de la prensa está acostumbrado a no mirar la publicidad de los diarios. Los redactores jefes, cuando repasan las ediciones de sus respectivos periódicos, rara vez advierten el contenido de los anuncios. El reclamo de la imagen publicitaria, estudiado minuciosamente para atraer al lector, sirve paradójicamente a un tiempo de sistema de selección y de rechazo. Pero en cualquier caso la publicidad es en los periódicos la principal protagonista de los espacios no ocupados por el texto escrito. En los semanarios llega además a convertirse en un motivo de belleza o en un reposo agradable de la lectura. Rara vez, sin embargo, logra una publicación ofrecer una imagen publicitaria coherente con el contenido editorial. Las

agencias desarrollan grandes campañas uniformes para todos los me dios, de manera un tanto incomprensible, porque no es posible pen sar, pese a lo estrecho del mercado de lectura español, que son las mismas personas las que leen publicaciones de significado e interés diferente y hasta opuesto. La búsqueda de una imagen publicitaria integrada en el conjunto de la publicación se produce sólo con alguna frecuencia en las revistas llamadas eróticas o pa ra hombres. Los diarios están huérfanos de empeño semejante.

Desde el punto de vista meramente visual la publicidad tiende también a deformar la concepción del diario. Es muy difícil luchar contra los gustos y deseos del cliente, con ideas siem pre preconcebidas en torno a como debe ser su anuncio. Si para colmo los negocios le marchan bien será inútil tratar de convencerle que un cambio de imagen en su inserto eliminaría rechazos por parte de los lectores de determinado medio y aumentaría su ca pacidad de atracción. Nuevamente en este capítulo son los profesionales de la publicidad menos responsables que los periodistas. Estos han mirado habitualmente con un desprecio nada oculto a los agentes del departamento comercial. En realidad no pasa de ser una postura de chauvinismo intelectual injustificada. Un periódico es un conjunto de cosas y no una lista de telegramas noticiosos o una colección de ensayos. La publicidad es necesaria en los diarios no sólo como sistema para financiarlos. El eterno dicho popular de que los periódicos sin anuncios resultan tristes puede ser una vulgaridad pero responde a un hecho cierto. Mac Luhan señala que los anuncios son al fin y al cabo noticias, las *buenas noticias* que la prensa lleva al lector. Salvo raras excepciones los lectores experimentan un rechazo muy elevado por los periódicos que no llevan publicidad, incluso en el caso de que no la lean y aunque llegue a molestarles su presencia. Los directores de periódico olvidan también con demasiada frecuencia que dirigen en efecto toda la publicación -el contenido y la imagen de los anuncios incluidos- y no sólo el aparato redaccional. Un lector compra en el kiosco un producto acabado, y una buena imagen publicitaria es esencial.

Los titulares son el último de los elementos gráficos de un periódico. En los diarios de calidad tienen un tratamiento muy sobrio. Es su contenido literal y el ancho de las columnas que ocupa lo único que absorbe la atención de los redactores jefes y confeccionadores. No se busca con ellos un impacto visual inmediato diferente al que de ordinario ofrece el periódico en sí. En los periódicos populares, en cambio, la cosa varía: los titulares son imágenes antes que expresiones conceptuales.

Los periódicos tienen un sistema tradicional de valorar la importancia de las informaciones a base de ampliar el número de columnas que ocupan sus cabeceras. Sin embargo, los diarios populares de alta tirada dibujan los títulos y buscan el impacto óptico, la atracción que sobre el conjunto de la página ejercerán. Los signos de puntuación, los acentos, las versales o las minúsculas, todo tiene su significado en un titular de este género que busca impresionar al lector de modo visual y no verbal. Hay titulares de este género con alguna solera en la prensa española, como los del PUEBLO de Emilio Romero. El valor simbólico y evocador que encierran es enormemente alto. Por lo demás, éste es probablemente el único terreno en el que nuestros diarios son capaces de ofrecer una correlación del contenido a la imagen sin saltos ni abstracciones.

En todos los periódicos existe un titular principal que es el título o cabecera. Este ha dejado de ser concepto y es únicamente una imagen de marca o un símbolo. Sólo se entiende así que título tan absurdo como el de ABC pudiera llegar a hacer fortuna en la prensa española. ¿Se imaginan ustedes un nuevo periódico que saliera a la calle con el título OPQ, por ejemplo? Los títulos de los periódicos no se leen, se ven simplemente, son la insignia diferenciadora y la marca de fábrica, nada más.

Cuando sacamos EL PAIS a la calle algunos académicos que nos ayudaron en la elaboración de un pequeño libro de estilo insistieron en la necesidad de que acentuáramos la I del título

pese a ser mayúscula, pues era necesario deshacer el diptongo. A esta recomendación se añadía el estudio de uno de los grafistas que concursó para hacer la cabecera y que demostraba que de cientos de personas encuestadas ninguna había escrito EL PAIS ni con mayúscula ni sin acento y que la facilidad de lectura exigía no poner todo en versales sino sólo las primeras letras de cada palabra. Esta era una observación acertada desde el punto de vista de la comodidad óptica, como luego se verá, pero no nos servía como imagen visual. Nosotros siempre pensamos que la cabecera EL PAIS se veía pero no se leía: tiene un significado icónico -como el resto de los títulos de periódicos- no literal y nadie se para a pensar en el contenido de lo que define, pues todo el mundo identifica aquellas letras con un periódico preciso. Hoy es ya un dibujo más que una palabra. Y he de decir que entre las más de diez mil cartas de lectores que he recibido desde que salió el periódico sólo una o dos me han reclamado el acento en la cabecera. El acento había sido rechazado por nosotros después de comprobar que distorsionaba enormemente el grafismo.

El título es, por lo demás, una de las cosas que más personalidad visual ofrece a un diario. Nadie se imagina Le Monde sin su cabecera gótica ni el Daily Mirror sin su recuadro bicolor. Un buen diseño de un título es el mejor comienzo para lanzar la imagen de cualquier producto, periódicos incluidos.

EL OBJETO GLOBAL

Texto, fotografías, dibujos, publicidad y titulares son finalmente la materia prima con la que se confecciona un periódico. Este no es una simple mezcla de todas esas cosas, sino que todas ellas deben ponerse al servicio del mensaje informativo que se quiere hacer llegar al lector. La forma de los periódicos, la estructura de sus secciones, el estilo de su narración, el tamaño

de sus fotografías y titulares, el color de la tinta, la propia expresión publicitaria, son mucho antes que la selección o tratamiento de las noticias, las percepciones básicas que el lector recibe. La confección, que es en realidad la visualización final del producto antes de ser fabricado, es por eso esencial a la hora de plantearse un diario. Los confeccionadores han de ser periodistas, porque necesitan sujetarse a cánones profesionales a la hora de valoración de material informativo que manejan. Con frecuencia pretenden ser también artistas -algunos lo son de hecho, y los hay excelentes pintores- y tratan de aportar su mundo de creación a la fabricación del periódico. La imaginación de su confeccionador debe ser, no obstante, controlada. Los periódicos no ofrecen problemas de creatividad sino de coherencia en la transmisión del mensaje. Contra lo que se cree no es el buen gusto ni la belleza, ni el equilibrio visual o de formas lo que más facilita la comunicación, sino la coherencia entre el mensaje emitido, la formalización física del mismo y la evocación inmediata que la imagen del periódico provoca en el lector. ¿Se imaginan Vds. un periódico como el Caso con la confección de EL PAIS?

Esta atención al objeto global del periódico no como la suma o yuxtaposición de elementos sino como la expresión de una intención previa, puede ser quizás comprendida con la pequeña experiencia vivida en EL PAIS. Al ser éste un periódico nuevo teníamos ocasión de realizar algunos ensayos sin necesidad de desorientar a un lector que todavía no existía. Durante los tres primeros meses de trabajo antes de que saliera EL PAIS a la calle un equipo de casi treinta periodistas se dedicó así a dos tareas fundamentales: redactar un primero e incompleto, pero en cualquier caso útil *libro de estilo* y crear el diseño de un prototipo válido acorde con ese estilo periodístico. De este modo, muchas de las cosas que hoy salen en el periódico pueden ser erróneas, pero casi ninguna resultan fruto del arbitrio personal o del azar. Algunas decisiones aparentemente menores nos llevaron horas y hasta días de discusión. Por ejemplo, la ubicación de las secciones "internacional" y "economía y trabajo" o la conveniencia de que estas pá-

ginas económicas englobaron también la información laboral; o la ubicación de las páginas de opinión en un lugar en principio variable; o el llevar la cartelera y los anuncios por palabras al cuerpo central del periódico. Cada vez que avanzábamos más en la creación lógica del diseño de un prototipo, nos alejábamos más también de la concepción tradicional de los diarios españoles y de principios raramente discutidos, como el que de lo más interesante -en este caso sería la política nacional- debe ir forzosamente en las primeras páginas. Lo que nos guiaba a nosotros era un criterio esencialmente pragmático: localización inmediata y rápida de cualquier sección por parte del lector; identificación fácil de las secciones altamente especializadas... Y también un criterio globalizador: el deseo de hacer un periódico que se leyera entero, o que pudiera leerse entero.

A la hora del diseño puramente gráfico los principios del pragmatismo se sofisticaron al máximo. Muchas gentes han opinado que EL PAIS es un periódico "*muy bonito*". Esta es en la realidad la última de las motivaciones que nos llevó a adoptar su actual formato visual. Primero fue el tipo de letra elegido. El tamaño del cuerpo fue decidido exclusivamente pensando en la comodidad del ojo y la unificación del texto vino básicamente dada por motivos de fabricación industrial. Por otra parte, nos parecía que ya estaba bien de esa confección alucinante que algunos diarios tenían, a base de flechas, sumarios, tipos y cuerpos diferentes y que convertían las páginas de los periódicos en carreteras llenas de indicaciones de tráfico. Tenía que haber un sistema sencillo de valoración e identificación de las noticias sin necesidad de provocar ese caos tipográfico. Las exigencias de la fotocomposición quedarían además facilitadas si todo el periódico, absolutamente todo, estaba compuesto en principio en el mismo tipo de letras y con un ancho de columna *standard*. Eso nos permitió inmediatamente después reservar un tipo de letra diferenciado para la publicidad, de modo y manera que el lector distinguiera rápidamente qué era y qué no era el texto informativo. La decisión respecto a los titulares fue pareja. Buscamos una letra fuerte,

que manchara bien, y que facilitara el paseo de la vista por la página sin necesidad de detenerse mucho para saber lo que decía. Decidimos titular siempre con minúsculas porque la lectura es así mucho más clara que en versales. Elegimos la bandera de entrada porque comprobamos que el ojo trabajaba menos que si los titulares fueran centrados. Y decidimos en cambio que los artículos de opinión se titularan en cursiva y al centro a fin de diferenciarlos también rápidamente de las informaciones. Limitamos drásticamente el tamaño posible de los titulares y establecimos unos diseños *standard* de páginas que permitieran la mayor rapidez posible en el montaje. Ahora en EL PAIS muchas páginas son confeccionadas antes de ser escritas y los redactores realizan sus informaciones pensando exactamente no ya en lo que van a decir en ellas sino también en qué expresión gráfica adoptarán. Para deportes y para la cultura establecimos un tipo de letra distinto en los titulares, con lo cual se acentuaba el tratamiento diferenciado de estas secciones. Deportes admitiría además de inmediato un ancho mayor de columnas en las titulaciones y una expresión fotográfica más amplia y agresiva.

Algunas de estas cosas se cumplieron y otras no, pero lo importante de la experiencia no son los resultados sino el hecho de que fue una combinación de criterios industriales y periódicos, ajenos por completo a la estética, los que motivaron el diseño de EL PAIS. No tratábamos de hacer un periódico bonito, sino fácil de leer y de fabricar. Eso dió como resultado un periódico bello. Hay que decir enseguida que en la realización del prototipo contamos con la ayuda inestimable de un diseñador alemán que nos mostró como un periódico es un objeto que se somete a las mismas o parecidas reglas del diseño industrial con las que puede ser hecha una cafetera o una cristalería. Y yo creo sinceramente que una de las razones del éxito de EL PAIS está en esta adecuación real existente entre el contenido del mensaje informativo y el continente físico que lo envuelve.

Me he querido detener, quizás abusivamente, en este e-

jemplo porque me parecía una manera ilustrativa y sencilla de explicar la necesidad de establecer una relación de fondo entre el lenguaje escrito de un periódico y la imagen global que adopta y porque creo que ésta es una de las preocupaciones menos abordada por la prensa española.

Un estilo periodístico depurado que no encuentre una correlación de imágenes visuales en el periódico puede perder gran parte de su capacidad expresiva. Al mismo tiempo la utilización en el diario de un lenguaje que no cuente con las posibilidades plásticas de expresión del periódico y que se someta difícilmente o no se someta a las exigencias de diseño y de fabricación industrial sería una aberración. Los titulares de EL PAIS son largos entre otras cosas porque la fotocomposición no permite hacer titulares breves, sin perjuicio de la *masa de negro* que las cabezas tratan de constituir en el diseño de la página, para captar la atención del lector. Este es, pues, un ejemplo evidente del condicionamiento que cuestiones no lingüísticas ni expresivas ejercen sobre el lenguaje de las publicaciones. Igual podríamos decir sobre el tamaño de las informaciones, limitado de antemano por un diseño racional.

Un acoplamiento entre imagen y lenguaje y una observación atenta por parte del periodista escritor respecto a los elementos gráficos que posee el periódico sólo puede redundar, pues, en beneficio de todos. Esta de hoy ha pretendido ser sólo una primera y muy liviana reflexión sobre el tema que merecería la ampliación y el estudio de expertos más cualificados. Si con ello he contribuido a suscitar la atención necesaria y el interés previo a todo trabajo de investigación, creo poder darme por satisfecho.



FUNDACION JUAN MARCH
SERIE UNIVERSITARIA

Títulos Publicados:

- 1.— *Semántica del lenguaje religioso / A. Fierro*
(Teología. España, 1973)
- 2.— *Calculador en una operación de rectificación discontinua/A. Mulet*
(Química. Extranjero, 1974)
- 3.— *Skarns en el batolito de Santa Olalla/F. Velasco*
(Geología. España, 1974)
- 4.— *Combustión de compuestos oxigenados/J.M. Santiuste*
(Química. España, 1974)
- 5.— *Películas ferromagnéticas a baja temperatura/José Luis Vicent López*
(Física. España, 1974)
- 6.— *Flujo inestable de los polímeros fundidos/José Alemán Vega*
(Ingeniería. Extranjero, 1975)
- 7.— *Mantenimiento del hígado dador in vitro en cirugía experimental*
José Antonio Salva Lacombe (Medicina, Farmacia y Veterinaria. España, 1973)
- 8.— *Estructuras algebraicas de los sistemas lógicos deductivos/José Plá Carrera*
(Matemáticas. España, 1974)
- 9.— *El fenómeno de inercia en la renovación de la estructura urbana.*
Francisco Fernández-Longoria Pinazo (Urbanización del Plan Europa 2.000
a través de la Fundación Europea de la Cultura)
- 10.— *El teatro español en Francia (1935–1973) / F. Torres Monreal*
(Literatura y Filología. Extranjero, 1971)
- 11.— *Simulación electrónica del aparato vestibular/J.M. Drake Moyano*
(Métodos Físicos aplicados a la Biología. España, 1974)
- 12.— *Estructura de los libros españoles de caballerías en el siglo XVI.*
Federico Francisco Curto Herrero (Literatura y Filología. España, 1972)
- 13.— *Estudio geomorfológico del Macizo Central de Gredos*
M. Paloma Fernández García (Geología. España, 1975)
- 14.— *La obra gramatical de Abraham Ibn ^c Ezra/Carlos del Valle Rodríguez*
(Literatura y Filología. Extranjero, 1970)

15. – *Evaluación de Proyectos de Inversión en una Empresa de producción y distribución de Energía Eléctrica.*
Felipe Ruíz López (Ingeniería. Extranjero, 1974)
16. – *El significado teórico de los términos descriptivos/Carlos Solís Santos*
(Filosofía. España, 1973)
17. – *Encaje de los modelos econométricos en el enfoque objetivos-instrumentos relativos de política económica./ Gumersindo Ruíz Bravo*
(Sociología. España, 1971)
18. – *La imaginación natural (estudio sobre la literatura fantástica norteamericana).* / Pedro García Montalvo
(Literatura y Filología. Extranjero, 1974)
19. – *Estudio sobre la hormona Natriurética.* / Andrés Purroy Unanua
(Medicina, Farmacia y Veterinaria. Extranjero, 1973)
20. – *Análisis farmacológico de las acciones miocárdicas de bloqueantes Beta-Adrenérgicos./ José Salvador Serrano Molina*
(Medicina, Farmacia y Veterinaria. España, 1970)
21. – *El hombre y el diseño industrial./Miguel Durán-Lóriga*
(Artes Plásticas. España, 1974)
22. – *Algunos tópicos sobre teoría de la información./ Antonio Pascual Acosta*
(Matemáticas. España, 1975)
23. – *Un modelo simple estático. Aplicación a Santiago de Chile*
Manuel Bastarache Alfaro (Arquitectura y Urbanismo. Extranjero, 1973)
24. – *Moderna teoría de control: método adaptativo-predictivo*
Teoría y realizaciones. /Juan Manuel Martín Sánchez
(Ingeniería. España, 1973)
25. – *Neurobiología (I Semana de Biología. Conferencias-coloquio sobre Investigaciones biológicas 1977)*
26. – *Genética (I Semana de Biología. Conferencias-coloquio sobre Investigaciones biológicas 1977)*
27. – *Genética (I Semana de Biología. Conferencias-coloquio sobre Investigaciones biológicas 1977)*
28. – *Investigación y desarrollo de un analizador diferencial digital (A.D.D.) para control en tiempo real.* /Vicente Zugasti Arbizu
(Física. España, 1975)
29. – *Transferencia de carga en aleaciones binarias./ Julio A. Alonso*
(Física. Extranjero, 1975)
30. – *Estabilidad de osciladores no sinusoidales en el rango de microondas.* / José Luis Sebastian Franco.
(Física. Extranjero, 1974)

- 31.– *Estudio de los transistores FET de microondas en puerta común.*
Juan Zapata Ferrer. (Ingeniería. Extranjero, 1975).
- 32.– *Estudio sobre la moral de Epicuro y el Aristóteles esotérico.*
Eduardo Acosta Mendez (Filosofía. España, 1973)
- 33.– *Las Bauxitas Españolas como mena de aluminio.*
Salvador Ordoñez Delgado (Geología. España, 1975).
- 34 *Los grupos profesionales en la prestación de trabajo: obrero y empleados.*
Federico Durán López (Derecho. España, 1975)
- 35.– *Obtención de Series aneuploides (monosómicas y ditelosómicas) en variedades españolas de trigo común.*
Nicolás Jouve de la Barreda. (Ciencias Agrarias. España, 1975).
- 36.– *Efectos dinámicos aleatorios en túneles y obras subterráneas.*
Enrique Alarcón Alvarez. (Ingeniería. España, 1975)

